

Alfonso Aguiló

TU HIJO DE 10 A 12 AÑOS



Cómo es tu hijo y cómo educarlo
Autoridad - Libertad - Confianza
Colegio - Estudio - Tiempo libre
Educación la afectividad y la sexualidad

HACER FAMILIA
educar por edades

9ª EDICIÓN

Colección: Hacer Familia
Director de la colección: Fernando Corominas

© Alfonso Aguiló Pastrana, 1992
© Ediciones Palabra, S.A., 2010
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

Diseño de cubierta: Marta Tapias
Fotografía de portada: PurestockX
ISBN: 978-84-9840-740-2
EPUB: [CrearLibrosDigitales](#)

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Introducción

*Nunca alcanzarás una meta
más elevada
que la que te hayas propuesto.*

E. G. White

Es frecuente que con la llegada de la adolescencia se produzcan unos signos de alarma en la educación de los hijos que preocupan enormemente a sus padres. El problema es que entonces muchas veces ya es un poco tarde para aplicar remedios eficaces.

Se habla y se escribe mucho sobre las diversas soluciones para las crisis del adolescente, pero todas valen de poco si su tratamiento no comenzó desde mucho antes. Serían catorce o quince años de educación difíciles de rectificar de la noche a la mañana.

Cuando se busca qué tienen en común las familias que han tenido éxito en la tarea de educar, casi siempre aparece un factor que se repite:

*Establecieron un plan claro de educación de sus
hijos desde muy pequeños*

La mayor parte de los problemas que se van a presentar podrán detectarse antes de que lleguen a serlo realmente: es cuestión de actuar a tiempo.

—Pues escucha; yo a veces pienso que cada uno es como es, desde su nacimiento. Todos mis hijos, por ejemplo, que son aún pequeños, se han educado en el mismo ambiente, y sin embargo son muy distintos unos de otros. Eso demuestra que esto de la educación es algo bastante relativo.

No te digo que no. Es verdad que cada uno es como es. Pero me imagino que no querrás abandonar a la ventura su educación con esa excusa. Un chico de diez o doce años es todavía un interrogante abierto, está aún muy *por hacer*, y de la educación que reciba dependerá en mucho su futuro.

Ciertamente hay mucho impreso en él ya desde su nacimiento, pero coincidirás conmigo en que vale la pena esforzarse por educarle, y que ese esfuerzo aporta más que la simple herencia genética.

—En eso estamos de acuerdo; si no, no estaría leyendo este libro. Lo que te pido por favor es que no me vengas con fórmulas mágicas, porque si las hubiera ni se leerían estos libros ni estarían las cosas como están.

Descuida. No lo haré. No hay recetas mágicas; o, si las hay, por lo menos no existen formas fáciles de llevarlas a la práctica. Sería como preguntar a un campeón de ajedrez o a un gran futbolista cuál es la clave de su éxito. Lo normal es que no obedezca a una buena jugada como tal, sino a un conjunto de ideas que ha sabido conjugar acertadamente.

Hay que lograr combinar, pues, cada uno a su manera, las diversas premisas básicas en educación. Como sucede con el pintor, que casi nunca emplea colores netos, sino que los mezcla en la paleta hasta lograr un resultado final lleno de personalidad.

—Y sé positivo también, por favor.

También procuraré serlo, porque la educación ha de estar siempre presidida por el optimismo acerca de la capacidad de cambiar que tiene el hombre.

Educar ha de ser una labor creadora y positiva, pues —como ha escrito C. S. Lewis—, el objetivo del educador no puede ser *talear bosques, sino fertilizar desiertos*. Y este es el tono que desde el principio quiere tener este libro.

La calidad de vida de una persona depende en mucho de su educación. Es algo fundamental para el bienestar individual y colectivo. El chico será feliz y estará preparado para el futuro —eso es lo que pretendemos— si quienes estamos comprometidos en su formación logramos inculcar en él ideas sanas, criterios sensatos y valores adecuados. La gente más feliz no es la que más dinero tiene, ni la más dotada por la naturaleza, ni la que disfruta de más comodidades. A veces, incluso esos son los más insatisfechos.

Aprender a ser feliz requiere toda una capacitación, una educación de la interioridad personal. Su felicidad dependerá en gran medida de cómo se desenvuelva más tarde en un ambiente que muchas veces será permisivo y difícil. Y la preparación para esa etapa ha de empezar mucho antes de la pubertad: así lo han comprobado en su propia carne muchos padres, después de llevarse un buen disgusto.

—Oye, y si tanto depende de cómo se educa, ¿por qué hay padres fenomenales con hijos que son un desastre, y padres caóticos con hijos encantadores?

Aunque esos casos parezcan muy numerosos, son proporcionalmente pocos. Lo normal es que los hijos *salgan* a sus padres: *de tal palo, tal astilla*.

Lo que es una lástima —y sí es más frecuente—, es encontrarse con padres que son buenos y ejemplares, pero que no se han esforzado por aprender la ciencia y el arte de educar, y no les ha ido nada bien.

El esfuerzo por educar siempre tiene su premio. Además, su primera consecuencia es que hace mejorar al educador como persona. Solo por eso ya merece la pena tomárselo muy en serio.

Varios matrimonios amigos me han ayudado a repasar el borrador de este libro y quiero hacer constar mi gratitud por ello. Algunos me decían —y aprovecho para hacer

esta aclaración– que en estas páginas se hablaba poco de las niñas. El motivo es sencillo: ya existen en esta colección otros libros espléndidos titulados *Tu hija de 10 a 11 años* (nº 28) y *Tu hija de 12 años* (nº 30), que tratan sobre la educación de las chicas de esas edades. Y bien saben los padres que los problemas que se plantean con ellas son a veces bastante distintos a los de los chicos. Se ha tratado en libros diferentes para centrar mejor el tema en cada caso, aunque hay muchos aspectos comunes que podrán interesarte.

PARTE PRIMERA “A”

*Todos los hombres
son superiores a nosotros en algún aspecto
y en eso podemos aprender de ellos.*

Ralph Waldo Emerson

ANTES DE LANZARTE A HABLAR

CAPÍTULO 1

*Hay mucho que saber,
y es poco el vivir,
y no se vive si no se sabe.*

Baltasar Gracián

Lo propio de la edad

Todo lo que digamos sobre las características generales de un chico de diez o doce años serán..., eso, generalidades. Pero es útil pararse a analizarlas, introducirse en la profundidad y riqueza de su carácter, lograr *sintonizar* con la *frecuencia* de su efervescente personalidad, porque es algo clave para acertar en su educación.

Ciertamente, las circunstancias en que se ha desarrollado la vida de cada niño condicionan bastante su forma de ser y su carácter, pero hay todo un conjunto de rasgos que son comunes a esta edad. Tratemos de describirlos.

Rasgos de su carácter

El carácter de un chico a los diez u once años ha alcanzado ya normalmente un considerable grado de equilibrio, como si se tratara de una madurez de su etapa infantil. El antes complaciente niño de ocho o nueve años presenta ahora rasgos más definidos de afirmación de su personalidad, de curiosidad y de sociabilidad.

Es inquieto, investigador, movido. No puede estar parado. Habla con desparpajo y con un ingenio que suele hacer gracia a los mayores. Se pregunta de continuo el porqué de cada cosa. Observa a los adultos, los estudia con mirada penetrante, hace radiografías de cada gesto, de cada reacción, de cada modo de hablar.

Le gusta explorar, curiosear, descubrir, entrometerse. Tiene una ruidosa espontaneidad sin mucho criterio que le hace alternar fácilmente lo ocurrente y simpático con lo inoportuno o grosero.

Su vida emocional presenta frecuentes contrastes. En poco tiempo puede pasar de un espectacular enfado a una explosión de risa. Es voluble en su estado de ánimo. Puede estar gruñón e insoportable por la mañana y alegre y expansivo por la tarde. Otras veces alternará días buenos con días sombríos. Su mal humor puede aparecer en cualquier momento, aunque no suele durar mucho: no es hombre de resentimientos.

Necesita hacerse oír. Es fácil verle alzar la voz o buscar con ansiedad el protagonismo. Tiene, por naturaleza, el deseo de atraer la atención sobre sí. No conviene ser cómplices de esa tendencia mostrando excesivo interés por él en detrimento de los demás.

Es travieso e incansable. La actitud de los padres ante sus trastadas deja enseguida su huella en el carácter del chico. Cuando le hacen frente con demasiada rigidez, se suceden continuos episodios de irritación familiar. Y si lo dejan pasar, acabará por ser de carácter molesto y prepotente. Acertar con un juicioso término medio entre ambas actitudes extremas es un continuo reto en su educación.

Manifiesta exuberancia, curiosidad, talante extrovertido y hablador, incluso una cierta ansiedad. Le falta aún bastante sentido de la medida y de los matices. A veces no comprende bien el alcance de lo que hace; cuando alguien bromea con él, es fácil que el chico acabe por faltarle al respeto.

El hecho de que por lo general se porte mejor fuera de casa, no debe extrañar a los padres. Puede y debe verse como algo positivo: cuando quiere, sabe comportarse bien.

Es una actitud bastante común en esta edad.

Es fácil contemplarle en rebeldía, y oírle decir que hace lo que le da la gana, que no tiene por qué obedecer en todo a sus padres, que ya es demasiado mayor para hacer siempre lo que ellos quieran...; pero nada le gusta más que sentir la protección del padre o de la madre a la primera dificultad.

No suele buscar el aislamiento. Si tiene habitación individual, no acostumbra a permanecer encerrado en ella. Le gusta gravitar en torno a los demás, estar con todos, aunque a veces manifieste deseos de independencia. Interrumpe y molesta, pero también tiene una capacidad desusada para la alegría y la risa. Es la alegría de la casa.

Prefiere contradecir a responder. Con el tiempo aprenderá a poner equilibrio en esos impulsos. No es malicia premeditada ni simple obstinación, es parte de esa crisis de consolidación de su carácter. Otras veces le gusta establecer cordiales intercambios de opiniones, casi siempre fuera de casa, y le encanta profundizar en el conocimiento de todo.

A esta edad empieza ya a ver a los adultos con otros ojos, de menor admiración y mayor sentido crítico. Censura su comportamiento y sus palabras. No es que disminuya su cariño, pero hay quizá un exceso de suspicacia para encontrar defectos, cierto ánimo discutidor, cierta inclinación a insultar, a gritar, o a contestar de forma insolente. Pese a ello, el chico sigue conservando un fuerte sentimiento de lealtad y apego hacia su hogar. Su turbulencia no proviene de un antagonismo con la vida familiar.

Habitualmente procura decir la verdad, pero si se le hace demasiado difícil puede acostumbrarse a mentir. Está en una etapa importante para consolidar su educación en la veracidad y necesita apoyo. Resultará negativo que una excesiva severidad le dificulte ser sincero.

En contraste con lo que sucede a las chicas de la misma edad, normalmente, a los diez u once años el interés del varón por el sexo opuesto aún es bajo, y puede incluso afirmar que las niñas no le importan, o que son tontas y aburridas. Es fácil, por ejemplo, verles jugar en el colegio o en la urbanización en grupos separados de chicos y de chicas.

No es extraño que, cuando salen en grupo, tiendan a un cierto gamberrismo de poca malicia contra el otro sexo. La conducta colectiva tiene mucha fuerza y la conciencia de grupo les lleva a hacer cosas que quizá no harían solos.

A los doce años, en muchos casos, las cosas pueden haber cambiado y ese interés puede surgir con una fuerza hasta entonces desconocida. Son los primeros albores de la adolescencia. Esa atención por las chicas quizá se torne de nuevo en cierta indiferencia a los trece, pero, desde luego, ha llegado ya a un nivel cronológico de interés claro por el sexo opuesto.

Con el paso del tiempo empieza a reivindicar para sí el derecho a tomar determinadas decisiones por sí solo, y disfruta con ello. Esto constituye un saludable síntoma de crecimiento mental. Comienza a experimentar en su interior con especial fuerza la nueva libertad de la elección responsable.

No se puede perder tiempo

En algunos casos pueden aflorar ya rasgos característicos de la pubertad. A lo mejor no le gusta ir por la calle con su madre. O todo quiere hacerlo con sus amigos. O, no sabe por qué, pero se siente tiranizado por los padres y presenta ingenuas muestras de independencia. O no cuenta casi nada y da respuestas cortantes y lacónicas.

Son pequeñas afirmaciones de su personalidad, ante las que unos padres prevenidos y sensatos saben aflojar la cuerda prudentemente. Ya volverán las aguas a su cauce en poco tiempo. Unos padres ingenuos y asustadizos pretenderán introducirse entonces en la intimidad del chico, precisamente ahora que él trata de cerrarse.

Son momentos en los que se advierte con diáfana claridad que se ha perdido terreno, y que quizá incluso se ha llegado ya un poco tarde. En vez de lamentarse por haber dejado pasar tantas oportunidades de ganar en confianza con el chico cuando este lo ponía más fácil, se trata ahora de aprovechar mejor las ocasiones que se presenten en el futuro.

Estamos casi en la última etapa en la que aún es fácil para los padres trabar una relación profunda con la psicología del chico. No hay tiempo que perder.

La candidez, el ardor y la simpatía se combinan en un confuso proceso de crecimiento. Quizá es ahora menos insistente y más razonable, más compañero de los suyos. Hace gala de un mayor discernimiento y discreción. Recurre más a ganarse la aprobación de los demás que a las anteriores presiones y desafíos. Ya no muestra un egocentrismo tan ingenuo, y es capaz de considerar a sus mayores, e incluso a sí mismo, con cierta objetividad.

Trata de parecer mayor. Quizá afirma con facilidad que ya no es un niño y que no debe considerársele como tal. Este proceso de madurez no es uniforme ni constante, y desconcierta muchas veces al adulto por sus fluctuaciones y su inestabilidad.

Todas sus actitudes encierran un gran potencial para el bien, pero que puede ser mal encauzado en un hogar desordenado, un colegio inadecuado o un ambiente adverso.

La etapa de los diez a doce años es un período clave en la formación de la personalidad

Es una etapa clave, y sobre todo en aspectos como la razonabilidad, la comprensión y el buen humor. Hay que estar atentos para que esas cualidades cristalicen en rasgos firmes de su carácter.

Algunos autores señalan su expansivo entusiasmo como el rasgo principal de esta edad. Se apasiona por una comida que le apetece, por un amigo que le ha caído bien, por una película o por un capricho. Se zambulle en lo que le interesa. Le deleita el debate y la discusión. Le gusta ejercer sus capacidades intelectuales y hacer demostraciones de memoria o ingenio. Cualquier concurso en el que haya puntos, competencia, dinero de ficción o posibilidad de ser elogiado, tendrá con él un éxito seguro.

Es una edad estupenda para fomentar su afición a la buena lectura y sus deseos de saber. Suelen interesarle los cuentos, relatos, biografías o novelas sencillas, cuyo argumento capte su atención. No suelen gustarle, por el contrario, los libros o películas

de carácter romántico o sentimental, y aún no entiende bien cómo pueden tener tanto atractivo para los adultos.

También es edad de asombrosas iniciativas, de actitud expeditiva y aires de ejecutivo. Exigirá realización inmediata para sus buenas ideas, pues su confianza y seguridad en sí mismo suelen ser arrolladoras.

Es poco permeable a las abstracciones. Las ideas no suelen interesarle si no van envueltas en una imagen o, mejor aún, en una acción. Por eso es tan importante hablarle con un lenguaje concreto, emplear imágenes y comparaciones claras, y mostrar con ejemplos lo que se le quiere decir.

En estos años el chico es ya más hábil para descifrar las expresiones emocionales de los demás y ser sensible a los sentimientos ajenos. Tiene curiosidad por saber cómo son los demás niños. Se plantea con frecuencia si él es raro por sus sentimientos o inquietudes, y se pregunta por los intereses ajenos.

Es bastante sensible a la intranquilidad y al nerviosismo. La agitación le desconcierta. Ver en sus padres una cara de desánimo o de fatiga mal disimulada le contagia y tiene en él un reflejo inmediato.

*Espera de los adultos seguridad y coherencia,
decisiones sabias y maduras.*

Suele enorgullecerle saber soportar el dolor físico sin quejarse, o ser capaz de resistir el frío o el calor, o cualquier cosa que se plantee como prueba de madurez. Es una buena edad para inculcar la paciencia y la reciedumbre. Por lo general logra reprimir mejor las lágrimas y la violencia. Acepta la autoridad y disciplina justas, y a veces busca, incluso, la autodisciplina.

Encierra ya modos de pensar, de sentir y de actuar que prefiguran nítidamente su carácter futuro. Es extraordinario que estos indicios de madurez adulta se presenten tan temprano en el ciclo del desarrollo adolescente, como si la naturaleza quisiera desde muy pronto proporcionarnos una visión general de sus mecanismos secretos y de sus reservas latentes.

Actitudes e intereses: una época de contrastes

A los diez o doce años quizá se encuentre menos seguro que antes sobre su futuro. A lo mejor sueña con ser un gran futbolista, un cantante famoso, o simplemente con tener un caballo o un coche de lujo. Es frecuente que todavía se encuentre bajo la influencia de las profesiones de sus padres, pero puede tener ya sus ideas propias, aunque más confusas de lo que aparenta.

Le hace particularmente feliz el éxito en su trabajo escolar. Al tiempo, le puede hacer perder su buen ánimo una acumulación de tareas para el fin de semana o el día antes de un examen.

En general no se muestra ahora tan temeroso como antes, pero echa bastante de menos la presencia del adulto. A menudo no le hace ninguna gracia, por ejemplo, quedarse solo en la oscuridad. A lo mejor mira debajo de la cama antes de acostarse. O quizá oye

ruidos cuyo origen ignora y teme la presencia de un intruso. Puede haberle afectado una película de excesivo terror o *suspense*, y desde entonces alberga nuevos temores.

Contrasta sin embargo su ánimo decidido y resuelto para muchas otras cosas. No suele tener miedo a la velocidad ni al riesgo físico, normalmente por una falta de experiencia que le lleva a hacerse poco cargo del peligro en general, salvo que la memoria de un accidente le haga ser más prudente.

Se ha tornado mucho más consciente de su aspecto físico. Tiene una clara noción de lo que viste la mayoría de la gente y es raro que vaya en contra de esas corrientes. Empieza ya a preocuparse de que las prendas hagan juego y de combinar los colores. Para desesperación de los padres, esta exigente atención a la elección de la ropa no suele extenderse a su conservación y cuidado. Le gusta dejar que se amontone y que sea mamá quien tenga que insistir para que quede bien doblada o para echarla a lavar o a planchar. Una excesiva transigencia con esa conducta malogrará hábitos tan propios de esta edad como son el preocuparse por sus cosas y tener ordenados su armario y su habitación.

Poco a poco va perdiendo su resistencia a trabajar mostrada en épocas anteriores. Reconoce cuales son sus deberes y no suele oponerse a cumplir con sus obligaciones. Puede no hacerlo por propia iniciativa y sigue siendo necesario recordárselo, pero de tanto en tanto llega a dar pruebas de verdadera buena voluntad. Tiende a querer hacer todo en un minuto. Por lo general es más responsable cuando los padres están ausentes o no muy pendientes de él.

Hay que brindarle posibilidades de ejercitar su responsabilidad personal.

La mayor parte de sus actos no están determinados por la premeditación, sino por la postmeditación, una vez que sus padres o profesores le han recordado sus obligaciones. Sabe de antemano que al final tendrá que hacer las cosas, pero todavía necesita con frecuencia el impulso inicial para decidirse.

Sabe que después de una larga conversación con su madre acabará por tener que ordenar la habitación o bajar a hacer ese recado, o que unos cuantos comentarios paternos censurando su pérdida de tiempo a lo largo de la tarde le harán sentirse lo bastante culpable como para ponerse a estudiar.

A esta edad, los varones resultan a veces menos *diplomáticos* con su padre. Las niñas de esta misma edad suelen mostrarse mucho más *zalameras* con él, y a menudo –según dicen las madres– son las que mejor lo manejan en la familia. Ellas aprenden mucho antes a reconocer los sentimientos ajenos, y saben elegir con acierto el momento más adecuado para plantear en casa una petición o conseguir un permiso.

Puede surgir en el chico de esta edad una ilusión grande por cuidar y casi criar a sus hermanos pequeños, de los que quizá apenas sienta ya celos. Sabe cómo jugar con ellos y entretenerlos, y si los padres lo facilitan les tomará un gran cariño.

No es edad de fuertes sentimientos de envidia. Si siente celos de la mayor atención a un hermanito suele ser más bien por la idea de injusticia comparativa o por su preocupación de que mimen al pequeño. Le irritan las actitudes de sus padres que lleven

a malcriarlo, y protestará con energía diciendo cosas como que «si le mimas así, luego no te quejes de que sea tan insoportable...», o frases parecidas.

También puede admirar o incluso idealizar a un hermano o hermana mayores. Es fácil que confíe más en ese hermano de quince o de dieciocho años que sabe mostrarse atento y comprensivo con él, que en sus propios padres. El hermano mayor puede jugar así un papel importante en su formación. Es ciertamente una labor educativa –muy natural en las familias numerosas– en la que los más mayores educan a los más pequeños, usando de la sabiduría que han adquirido, casi sin darse cuenta, observando a sus padres.

Vida escolar

Aunque a veces manifieste con intensidad su desagrado hacia algo del colegio, la realidad es que suele ser un alumno dispuesto, entusiasta y deseoso de cooperar. Suele exigir en sus profesores o maestros capacidad de liderazgo, autoridad, justicia y comprensión.

Ahora, el grupo le resulta de suma importancia, hasta el punto de perder un poco su propia identidad dentro de él. Es probable que se una a las faltas de respeto hacia el profesor poco prestigioso, o a las bromas a otro alumno menos aventajado. Acostumbra a plegarse a la decisión colectiva. Intenta no dar apariencias de chico buenecito –suele decir– «porque si no se ríen de uno y le toman por tonto».

Si en la clase ven a su profesor poco seguro, o blando, y que no logra mantener la disciplina, no dejarán pasar la oportunidad de arrojar pelotitas de papel, gritar a coro con los demás compañeros o golpear por debajo el pupitre ruidosamente. Contrasta esto con su formalidad ante un profesor que sepa dirigir bien el grupo.

No siente predisposición contra sus profesores. Le gusta que le enseñen, y suele tener admiración hacia los que se muestran enérgicos, saben mucho, destacan en el deporte o son capaces de llevar la clase a un tiempo con autoridad y sentido del humor. La lealtad colectiva hacia sus compañeros no suele volverse contra el profesor, al que más bien tienen tendencia a admirar si presenta algunas buenas cualidades.

Sus mayores preocupaciones pueden perfectamente ser el colegio, los exámenes, el boletín de notas o la posibilidad de suspender, o que el profesor haga llegar una queja a sus padres. El fracaso escolar puede repercutir con fuerza en toda su vida de relación con los demás, hacerle mostrarse agresivo o triste, o incluso provocar que un buen día no quiera ir a clase y llore en casa desconsoladamente.

Es importante conocer las causas de esas posibles angustias para poner remedio, cosa que no es difícil si se está en contacto con su tutor o sus profesores. A veces, ante esos resultados negativos, le faltará aprender a controlar sus emociones y superar esos contratiempos.

No será raro que le guste llegar al colegio un rato antes de la hora de entrada, para reunirse con sus amigos y charlar. Puede ser el momento de comentar el partido de fútbol o la película que han visto, o de finalizar una tarea –quizá copiándola de un compañero– que el día anterior dejó sin concluir.

A esta edad los niños ya no se aglomeran tanto en torno a su profesor, aunque siguen dándole entrada en sus conversaciones y actividades, y se preocupan bastante de su imagen ante él.

Puede existir un considerable intercambio profesor-alumno, pero ya no le gusta parecer que va detrás de él, o que le ríe todas las gracias o está demasiado atento a lo que dice.

Revela una gran diversidad de intereses en su trabajo escolar, aunque sigue prefiriendo los deportes. Puede encontrar una facilidad grande para las matemáticas, o deleitarse comprobando su facilidad para retener datos e ideas.

Es época de consolidar y desarrollar facultades como la memoria –tan erróneamente desprestigiada en algún tipo de enseñanza–, la capacidad de cálculo aritmético, la visión espacial, el sentido del ritmo y de la armonía, la sensibilidad artística, etc.

Es fácil encontrarle en clase deliciosamente abierto y falto de inhibiciones, igual que en el hogar. Es franco respecto a las cosas que le desagradan. Se ha dicho que el niño paga siempre «al contado», con su aprobación o su rechazo. Cualquier acción positiva suscita de inmediato su adhesión, igual que cualquier atropello provocará su más enérgica protesta.

Si siente vulnerados sus derechos no tiene ningún reparo en decirlo. Le parecerá muy injusto, por ejemplo, que un profesor les retenga en el aula después de la hora en que comienza el recreo o el deporte.

Todavía en clase se suceden episodios que tardará en considerar infantiles. Es fácil ver cómo se pelean, se persiguen, se esconden carteras, pasan furtivamente libros de un compañero por toda el aula o se lanzan cualquier tipo de objetos..., y disfrutan con ello de una forma sorprendentemente pueril para el observador adulto.

Las entrevistas con su preceptor o tutor en el colegio empiezan ya a ser más normales. A los ocho o nueve años era casi imposible dialogar con él de modo un poco estable: no fijaba la atención, se distraía con todo, jugaba, no había forma de mantener una conversación por mucho tiempo. Ahora, es ya un hombrecito que muchas veces hace gracia por su agudeza y su amenidad.

Se muestra cortésmente amistoso, sincero, *seriecito* y *objetivo*. Da rienda suelta a su irrefrenable curiosidad. Su atento examen visual de todo le da un sociable espíritu inquisitivo. La conversación suele ser agradable para ambos.

Suele hacer comentarios o formular preguntas sobre cualquier cosa que se presente a su vista o irrumpa en su imaginación. Aunque responde con rapidez, se muestra más reflexivo. Sus frases son claras, espontáneas e interesantes. Cuando se capta su atención, escucha totalmente estático y con los ojos muy abiertos.

Su franqueza y su comunicatividad son tan grandes que basta con escucharle con interés para que cuente todo lo que pasa por su cabeza. Si se logra esa confianza, es fácil conocerle y poder así orientarle bien.

¿Echa una mirada a tu vida?

La importancia del ejemplo

Si es doloroso ver cómo se pierde un chico por una mala compañía, quizá lo sea aún más ver cómo se deteriora –de forma lenta y sutil, pero igualmente destructora– cuando sus padres no pueden servirle de guía por carecer de virtudes, puesto que *nadie da lo que no tiene*.

Nada es más triste que un padre o una madre que, cuando pretende enseñar, tiene que decir que no se fijen en la vida de quien habla.

El niño tiende enormemente a la imitación, también en esta edad. Imita la forma de hablar de su padre, la forma de escribir del profesor en la pizarra, el modo de vestirse de un compañero, las reacciones de su hermano mayor ante algo que le ha contrariado, los gestos y expresiones de un cantante famoso en la televisión..., todo.

Atribuirá a las cosas el valor y la importancia que les den las personas a quienes más aprecia, que son el modelo en que se mira: normalmente, su familia. Es cierto que sobre el chico recaen también otras muy poderosas influencias, pero los padres cuentan desde el principio con un gran prestigio y un mayor ascendiente, porque son el modelo natural más cercano y querido que tienen.

Algunos padres deberían fiar más en el ejemplo y menos en sus palabras. Recurrir menos a esos manidos *discursos* sobre cómo se hacían las cosas «cuando yo tenía tu edad». Son las *dichosas experiencias* de los padres *sabelotodo* que tanto cansan a los chicos. Padres que hablan demasiado, que agotan a sus hijos con reflexiones trasnochadas, pero que difícilmente pueden mostrar un ejemplo de su vida actual que arrastre a nadie. La educación no entra a voces en las personas, sino –como la semilla– sin hacer ruido al caer en tierra.

Cuando se trata de formar, lo que vale es lo que somos, y lo que nos esforzamos en ser, más que lo que decimos. Importa mucho el ejemplo de esforzarse por mejorar.

Pero... ¿basta con el ejemplo?

El caso de Óscar

—Con lo que dices, parece que el ejemplo lo es todo, y ya no hace falta hacer más.

El ejemplo no lo es todo. Es de gran importancia, pero no basta con el ejemplo solo. Recuerdo una anécdota que viene muy al caso.

Óscar era un chico de doce años, inteligente y buen muchacho, a quien tuve oportunidad de tratar más de cerca en un campamento, durante las vacaciones escolares. En este régimen de vida queda muy de manifiesto la forma de ser de cada uno. Y Óscar se reveló enseguida como un personaje caprichoso, que se enfadaba continuamente en el deporte y en los juegos, no quería ayudar a recoger las mesas, resultaba antipático a sus compañeros, se las arreglaba para hacer siempre lo menos posible...; en fin, un desastre.

En contra de lo que pudiera pensarse, sus padres eran excelentes personas. Un auténtico contraejemplo de la premisa básica que acabamos de enunciar sobre el valor ejemplar de la figura de los padres.

Hablé con ellos. Me decían: «Mira, Óscar es un chico excelente, con muy buenos sentimientos, está lleno de valores positivos por dentro. Por el corazón te lo ganas siempre que quieras...».

La glosa sobre su carácter era quizá algo optimista para lo que yo había podido ver, pero no quise interrumpirles. Sus palabras discurrían en un tono sorprendentemente alabador.

Al hablarles, con enorme delicadeza, de lo que en el campamento se había visto, se mostraron contrariados y apenas admitían que tuviera ninguno de esos defectos que tan patentes resultaban. La defensa que hacían de sus supuestas virtudes era demasiado vehemente. Ver lo positivo de un hijo es algo natural, y bueno, pero se trataba de encontrar el modo de ayudarlo, y estaban poco abiertos a admitir nada distinto de lo que ellos pensaban.

Al final bajamos al detalle de cómo actuaba en casa. Fueron saliendo cuestiones concretas muy reveladoras. Por ejemplo:

- Habitualmente era papá quien ponía la mesa mientras Óscar veía la televisión.
- Era mamá quien dejaba la plancha para acercarse a abrir la puerta porque el chico estaba muy atareado con sus juegos en el ordenador.
- Suspendía habitualmente varias asignaturas, pero achacaban esos resultados a injusticias de los profesores y a la mala suerte.
- Comía a su capricho, con pocas excepciones.
- Cuando llegaba a casa dejaba todo tirado. Para recogerlo estaba la atenta solicitud materna.
- Ellos casi siempre cedían sin apenas resistencia.
- Tanto papá como mamá le hacían frecuentes consideraciones sobre su reprobable actitud, pero –insistían– «no podemos forzar al chico, tiene que salir de él».

Hablando sobre la posibilidad de ser algo más firmes, a la vista del fracaso del sistema, su padre me decía: «Mira, yo soy jefe del departamento de atención al cliente de mi empresa; tengo mucha experiencia sobre cómo hay que tratar a la gente. Si el chico hiciera las cosas forzado, crecería con un espíritu retorcido, resentido, y así no se consigue nada. Nuestro sistema va dando sus frutos. De vez en cuando tiene unos detalles que compensan con creces lo otro».

Sus palabras contenían toda una filosofía muy razonable, pero mal llevada a la práctica. Ciertamente eran unos padres sacrificados, daban un buen ejemplo continuo a su hijo y estaban preocupados por hacer nacer en él ideas positivas y motivarle. Pero su excesiva permisividad era un error grave, casi tan grande como su ingenuidad.

Es preciso dar ejemplo a los chicos, motivarles y hacer nacer en ellos ideas positivas, sí. Pero eso no equivale a consentirles todo mientras se espera la llegada de esas iniciativas. No se trata de introducir en la casa una disciplina militar, pero no es formativo que de modo habitual no ayude en nada, que nunca pueda hacer pequeños recados, o darle siempre la razón, o permitir que haga siempre lo que le dé la gana.

*Tan equivocado es ser excesivamente severos como
excesivamente indulgentes.*

Es mejor plantear esa batalla en términos positivos: que sea él mismo –que bien puede ya a esta edad– quien se haga la cama, se cepille los zapatos, ayude a poner o quitar la mesa, pase el aspirador por su habitación, ordene su armario, o trabajos por el estilo. Son cosas que influyen mucho en la consolidación de un buen carácter y que repercuten siempre de modo favorable en el ambiente familiar.

Es verdad que quien no vive lo que enseña, no enseña nada. Y que hay que esforzarse en la mejora personal para así servirles de modelo, pero también hay que aprender cómo actuar para educarlos bien.

*Es cierto que educamos por lo que somos, pero
también por lo que hacemos.*

¿Recuerdas cómo eras a los 12 años?

Para educar, es decisivo conocer muy bien. Y conocer de verdad a una persona es entender de verdad a esa persona.

A veces tenemos una capacidad sorprendente para olvidarnos de la propia infancia y borrar de un plumazo de nuestra memoria toda la rebeldía ante nuestros padres, lo poco que nos gustaba estudiar o lo que nos molestaba tal o cual actitud en los mayores.

*Resulta muy útil recordar cómo éramos nosotros a
su edad.*

Suele ser muy ilustrativo repasar un poco todos esos recuerdos infantiles para dar una cierta *perspectiva histórica* a nuestras ideas. Recordar cuáles eran nuestras reacciones, qué pensábamos en situaciones análogas o qué sentíamos cuando nos decían algo parecido.

Llegar a tiempo

Aníbal, aquel gran caudillo cartaginés, allá por el siglo III antes de Cristo, se decidió a atacar a los romanos en su misma tierra. Preparó la expedición a Italia con cuidado. Atravesó los Pirineos y la cordillera de los Alpes, a costa de grandes esfuerzos. Esta última travesía le llevó alrededor de un mes, y supuso la pérdida de numerosos medios, sobre todo caballos y elefantes.

A partir de ese momento, fue ya de victoria en victoria. En la batalla de Cannas (216 antes de Cristo), produjo unas setenta mil bajas a los romanos. Pero entonces, en vez de ir directamente contra Roma, se retiró a Capua, donde se le atribuye, a él y a su ejército, una vida de ocio y desenfreno (las famosas «delicias de Capua»).

Esto dio tiempo a los romanos para reorganizarse y acabar venciendo a Aníbal. Cuentan que el famoso general, ante su inminente derrota, se lamentaba con amargura de su retraso en atacar la capital de Imperio: «¡Cuando podía, no quise. Y ahora que querría, no puedo!».

—**¿Y qué quieres decir con esto de Aníbal?**

Pues que con la educación del chico puede repetirse la historia de Aníbal.

Cuando más se podría hacer, se le consiente todo, enternecidos por su encantadora sencillez y su infantil simpatía, y no se actúa. Y cuando por fin se quiere actuar, resulta que ya es tarde.

Muchos padres son poco conscientes de la envergadura y magnitud de las fuerzas que dificultarán dentro de poco la educación de sus hijos durante la adolescencia. Si lo fueran, no perderían el tiempo precioso que aún les queda.

Hace poco leí que si un avión de cada cuatro en vuelo se estrellara, nadie tomaría un avión. Y que si un automóvil de cada cuatro vendidos tuviera la dirección estropeada, las fábricas de automóviles tendrían que cerrar. Y que, sin embargo, en el sistema educativo, que se dedica a algo mucho más importante que fabricar automóviles o aviones, fracasan uno de cada cuatro chicos...

—**Oye, me estás poniendo negro el horizonte...**

Bueno, no se trata aquí de presentar panoramas desoladores. Simplemente, es que casi todos los actuales jóvenes problematizados de 17, 20 ó 25 años, fueron antes uno de esos niños activos y despreocupados que jugaban felices en el patio del colegio. Pero la raíz del problema ya estaba presente entonces.

Lo que se hace o deja de hacerse en la infancia influye directamente en la mayor o menor resistencia de los chicos al ataque de todos los agentes negativos que en el futuro va a tener que soportar.

Ya hemos hablado de cómo muchos padres solo empiezan a preocuparse ante los signos de alarma de los catorce o dieciséis años, e infravaloran la educación del niño de menos edad. Les parece, quizá, que su hijo no dará muchos problemas porque le ven con diez o doce años, aún *maneable* y en apariencia desproblematizado. Pero las crisis tienen su historia y su prehistoria.

Siempre es mejor formar en la infancia que resolver problemas en la adolescencia.

Quizá ven a su hijo, pero no le observan en profundidad. No caen en la cuenta de la trascendencia de un detalle y otro, y se les pasan así los mejores años, casi sin darse cuenta. A lo mejor piensan que es aún una criatura sin problemas y que la etapa educativa importante vendrá después, con las «edades difíciles». No es así.

Para educar con una mínima garantía de acierto hay que aprovechar muy bien los primeros años.

Y si las cosas no han ido muy bien, la edad de los diez o doce años es casi la última oportunidad de recuperar el terreno perdido con todavía bastantes posibilidades de éxito. Más adelante, el chico disminuye drásticamente su receptividad ante los padres y es bastante más difícil reconducir entonces una educación deficiente.

No quiere decir esto que más tarde no tenga remedio. Simplemente sucede que, como con tantas otras capacidades –nadar, montar en bicicleta, jugar al fútbol, mantener el equilibrio sobre un monopatín, aprender idiomas, música, o tantas otras cosas–, o se adquieren muy al principio, durante su correspondiente período sensitivo, o luego no es fácil llegar a desarrollarlas bien.

El chico debe ahora salir de una etapa fuertemente influenciada por el egocentrismo. Si no se le forma bien, puede acabar dominado por un egoísmo invasor que busca la satisfacción de sus caprichos e imponer su deseo a quienes le rodean. No pensemos que el simple transcurso del tiempo resolverá este problema, porque si no se actúa, su falta de *defensas* le llevará a un progresivo deterioro personal

CAPÍTULO 3

*A pesar de que ya soy mayor,
sigo aprendiendo de mis discípulos.*

Cicerón

Tu actitud

Educación exige tiempo

W. Amadeus Mozart, a los siete años, escribía sonatas; y a los doce, óperas. Parece increíble, pero alguien lo hizo posible: su padre, Leopoldo Mozart, un gran músico que sacrificó sus muchas posibilidades de éxito para dedicarse por entero a la educación del pequeño genio.

Robert Browning, cuando contaba apenas cinco años, cierto día vio a su padre leyendo un libro. «¿Qué lees, papá?». El padre levanta su mirada y contesta: «El sitio de Troya». «¿Qué es Troya, papá?», pregunta el niño. La respuesta no fue: «Troya es una ciudad de la antigua Grecia. Ahora vete a jugar». Sino que allí mismo, en el cuarto de estar, el padre de Robert hizo con asientos y mesas una especie de ciudad. Una silla de brazos hizo de trono y en él puso al pequeño Robert.

«Aquí tienes a Troya, y tú eres el rey Príamo. Ahí está Helena de Troya, bella y zalamera (señaló a la gata bajo una banqueta). Allá fuera, en el patio, ¿ves unos perros grandes que tratan siempre de entrar en la casa? Son los aguerridos reyes Agamenón y Menelao que están poniendo sitio a Troya para apoderarse de Helena...».

A los siete años, Robert leía ya la Iliada y había entrado con toda naturalidad, gracias al ingenio de su padre, en el mundo de la gran poesía. Años más tarde sería el más importante poeta inglés de la época victoriana.

—Lo malo es que ni mi hijo es un niño prodigio, ni yo tengo el talento musical de Leopoldo Mozart, y mucho menos el ingenio de Mr. Browning.

Yo tampoco, pero lo que buscamos no es que los chicos lleguen a ser grandes genios, sino simplemente educarlos bien. Y esto es más asequible. Ocupate de despertar su interés, métete en su mundo, motívale.

Las conversaciones con los hijos no pueden ser aisladas, ni habitualmente tirantes, o con prisas, o a lo mejor únicamente cuando hay que dirimir una diferencia familiar, o hablar de dinero, o de las notas.

Los padres deben salir al paso de este peligro facilitando que haya frecuentes tertulias de familia. No es entonces la hora de preguntar la lección. Son ratos en los que todos exponen los incidentes y las pequeñas aventuras de la jornada. Donde el padre y la madre cuentan cosas que despiertan el interés de los hijos. Donde todos aprenden a vivir en familia.

Viene al caso comentar aquí el estudio realizado por la agencia norteamericana Leo Burnett acerca de los gustos y tendencias de la última generación de padres. Tienen poco más de treinta años, y ellos han sido los primeros en experimentar lo que es tener dos padres que trabajan, en un clima profesional de gran competencia y que exigía a ambos una prolongada ausencia del hogar.

Con dos sueldos en casa, no han sufrido muchas privaciones. Lo que han echado en falta ha sido que sus padres les dedicaran tiempo. «No quiero que mis hijos pasen lo que mis padres me han hecho pasar a mí», es la protesta mayoritaria de este segmento

generacional que incluye a 48 millones de jóvenes en Estados Unidos. No se quejan de que les hayan impuesto nada, ni de que les hayan privado de comodidades. Lo que lamentan es que sus padres no les hayan dedicado tiempo, algo que no puede ser sustituido por regalos ni por bienestar material. La adicción al trabajo de que dieron prueba sus predecesores yuppies es a sus ojos una insensatez. No es que desprecien el dinero, pero tampoco consideran que lo decisivo de un empleo sea ganar más.

El tópico de dar a los hijos las comodidades que ellos no pudieron tener, propio de la anterior generación, ha dejado paso a la preocupación de dedicarles el tiempo que a ellos no les dedicaron.

Sin esperar a circunstancias que nunca llegan

«Siento una especie de vacío que me hiere, un anhelo nunca satisfecho... Para mí todo es frío, frío como el hielo...».

Son palabras escritas por Mozart, que vuelven a servirnos de ejemplo, esta vez como reflexión para quienes se quejan de no poder hacer nada «porque se encuentran mal». Quizá no sepan que la mayoría de las grandes obras de la humanidad han estado realizadas por personas «que se encontraban muy mal».

Fueron multitud los sucesos dolorosos que acosaron a lo largo de su vida a este genio de la música. Desgracias y sufrimientos de todo tipo que se presentaban envueltos en un duro vacío sentimental en su vida de hogar, mucho más duro y entorpecedor que las dolencias corporales.

«Conviene que consideren esto –apunta Vallejo-Nájera–, los que insisten en la idea simplista de que la carga pasional de las obras de arte dimana del volcán interno del alma del artista. Mozart, saltando sobre el abismo del vacío afectivo interior, es capaz de crear páginas de máxima irradiación sentimental.

»Durante el último año de su vida se encuentra físicamente muy mal, con frecuentes dolores de cabeza y de muelas, astenia e hinchazón de manos y pies, con acentuaciones frecuentes de un intenso malestar general. Por ninguno de esos síntomas interrumpirá el trabajo ni su ritmo. Aún en el lecho de muerte seguirá componiendo.

»«¡Cómo van a pretender que un artista actúe condicionado!». Este tópico, que se oye hoy mucho entre artistas mediocres para justificarse, contrasta notablemente con la situación en que se encontraba Mozart. No creo que se hayan acumulado nunca mayor número de *condicionamientos*».

De manera semejante, en la educación de los hijos nadie puede quedarse tranquilo esperando ingenuamente a que lleguen circunstancias más favorables.

En vez de lamentarte, que realmente sirve de poco, procura objetivar el problema y allanar los obstáculos con los medios que tengas a tu alcance. Trabajamos condicionados, sí, pero a nadie consuelan esos *condicionamientos* a la hora del fracaso. Todavía se puede hacer tanto... y –en frase de Edmund Burke– *qué pena no hacer nada, porque solo se puede hacer un poco.*

*Las batallas las ganan los soldados cansados.
Superar las dificultades y la fatiga es necesidad
habitual para cualquier tarea, también para educar.*

Que noten que les quieres. Ganarse a los hijos

Los chicos se dan a la persona que les quiere. Son muy sensibles al cariño. Los padres suelen querer mucho a sus hijos y están dispuestos a sacrificarse lo indecible por ellos. Pero el problema es que a veces los chicos no lo notan, y piensan que se les quiere solo en teoría.

Hay que pasar a la práctica. Lo que más notan del cariño probablemente sea la comprensión, en sus diversas facetas. El cariño y la paciencia resuelven casos difíciles.

Hay que interesarse por lo que le interesa al niño. Y como su mundo suele ser muy atractivo, el buen educador disfruta con ese descubrimiento.

*Ganando su corazón tendrán fuerza nuestros
consejos. No basta con el prestigio de padres ni con el
respeto y la disciplina: hay que saber atraerse la
simpatía y el afecto de los hijos.*

Nuestros consejos han de ser optimistas y alegres, que estimulen, que dejen un poso de comprensión y de ánimo. Debemos corregir y aconsejar con gracia, sin hacer tragedias, dejando entrever cariño aunque estemos serios.

Y cuando los hijos nos hagan manifestaciones o confidencias que son –al menos en su mundo– cosas de la propia intimidad, debemos guardar el secreto, sin defraudarlo aunque a nosotros nos parezca algo de poca importancia. Es importante comprender, y comprender que son niños.

Cuántas veces se nos olvida pensar que un niño a esta edad puede estar agobiado, por ejemplo, porque le parece que todos los de su clase son más fuertes o más listos que él. O porque piensa que cae mal a sus amigos, o que un profesor le tiene manía. O le preocupa que no tiene cosas que un amigo suyo sí tiene. Quizá ni se nos pasa por la cabeza que esos puedan ser pensamientos inquietantes en su interior.

Hace falta comprender. Y si ve que le comprendemos, nos contará, y le podremos ayudar. Ayudar no siempre será darle lo que manifiesta desear. Pero hablar las cosas en un ambiente de confianza le hará pensar con más profundidad, y perderá el miedo a darse a conocer, tan importante para educar. Verá que la sinceridad y la confianza arreglan todo con una facilidad admirable.

La discreción con las cosas de la intimidad del chico facilita mucho que se sienta comprendido. Sería una pena, por ejemplo, que lo hablado en confianza por los padres con el profesor o tutor acabe saliendo, fuera de un contexto adecuado y en alarde de impudor, en el momento más inoportuno.

Un ejemplo. Advierten en el colegio, a un padre o a una madre, sobre que su hijo, por ejemplo, está bajando el rendimiento escolar porque tiene problemas de integración en la clase y está por ello descentrado y no estudia bien. Y al llegar a casa, a lo mejor, ese

padre o esa madre, en un momento de enfado durante la comida, acaba echándose en cara en presencia de todos. «Ya está bien de tanto agobiarse pensando en si tienes amigos o no, y haz el favor de estudiar, y dejarte de historias...». Una escena de este tipo puede acabar por mucho tiempo con la confianza del chico en los padres y en el colegio.

Esta generación

Probablemente una de las cosas que más molesta a la nueva generación sean los tonos apocalípticos que algunos emplean al referirse a la sociedad presente y a la juventud *de ahora*. Como si en los tiempos modernos no hubiera otra cosa que ruina y depravación.

Sucede esto sobre todo en la etapa adolescente, pero también desagrada al chico de unos años menos. Unos padres sensatos deben hacer un esfuerzo por limitar al máximo:

- las amonestaciones sistemáticas contra las costumbres y las modas de la actual generación;
- esas trasnochadas y poco oportunas referencias a las ventajas del pasado;
- los sermones teóricos sobre la propia juventud;
- esos discursos sobre la excelencia del propio estilo de vida, que son tan poco elegantes.

Es evidente que una crisis moral y de valores afecta a nuestro tiempo. Pero también las anteriores generaciones pasaron sus crisis.

*Hay valores que han perdido fuerza y presencia hoy,
pero también hay otros que la han ganado.*

Podríamos quizá reseñar algunos de esos valores *emergentes*, muy propios de la juventud de nuestros días, que se recogían en un reciente documento:

- una fuerte sensibilidad en favor de la dignidad y los derechos de la persona;
- la afirmación de la libertad como cualidad inalienable del hombre y de su actividad;
- la estima de las libertades individuales y colectivas;
- la aspiración a la paz;
- el pluralismo y la tolerancia entendidos como respeto a la diversidad y a las convicciones ajenas;
- la repulsa de las desigualdades entre individuos, clases, razas o naciones;
- la atención a los derechos de la mujer y el respeto a su dignidad;
- la preocupación por los desequilibrios ecológicos; etc.

Merece la pena saber descubrir esos valores en la nueva generación, y otros muchos más que sin duda hay. Y si no nos gustan mucho, quizá sería oportuno reflexionar, sin demagogias, sobre aquello de que los jóvenes de hoy son, en buena medida, el producto de lo que hemos hecho los que ahora somos adultos.

Así que lo mejor es evitar esa cómoda tendencia a denunciar defectos sociales y de estructura: el ambiente, la calle, la droga, las perversiones de la sociedad de hoy..., porque muchas veces el principal problema –hemos de reconocerlo y ver cómo mejorar– está en la propia casa, o quizá en el propio educador.

Tengamos, por tanto, una actitud positiva y abierta ante las nuevas transformaciones de las estructuras sociales, de los modos de vida y de las formas de pensar. Procuremos transmitir una visión de las cosas que sepa descubrir y alentar lo positivo y, al mismo tiempo, corregir lo negativo, sin olvidar –como decíamos– echar antes una mirada de sana autocrítica a la propia vida.

CAPÍTULO 4

*La libertad es
la adecuada gestión de las ganas,
y unas veces habrá que seguirlas
y otras no.*

José Antonio Marina

Autoridad y libertad

La autoridad se conquista mereciéndola

La autoridad puede depender mucho del temperamento, de la forma de ser de cada uno. No obstante, puede adquirirse, mejorarse o perderse conforme a normas seguras que conviene conocer.

Cuando a un padre o a una madre, o a un profesor, no le obedecen –en condiciones normales, claro está–, la falta no está de ordinario en los chicos, sino en quien manda. Repetir órdenes sin resultado, intervenir constantemente, mostrar aire dubitativo o falta de convicción y seguridad en lo que se dice, son las causas más habituales de la pérdida de autoridad.

No ha de confundirse autoridad con autoritarismo. El autoritarismo requiere poco talento, pero ser autoritario no otorga autoridad. Hay quien piensa que el éxito está en que jamás le rechisten una orden. Pero eso es confundir la sumisión absoluta de los hijos con lo que es auténtica autoridad. Es no distinguir entre *poder* y *autoridad*.

El poder se recibe, la autoridad hay que ganarla en buena lid: se conquista mereciéndola.

Mandar es fácil. Conseguir ser obedecido, ya no tanto. Y lo que exige un auténtico arte es conseguir que los hijos obedezcan en un clima de libertad.

En edades tempranas era más fácil, pero con el tiempo las cosas se van haciendo difíciles, hay una mayor contestación, el chico se rebela con más fuerza ante lo que no entiende. Esto llega con la adolescencia, o antes; a veces, con motivo de la adolescencia de un hermano mayor; y, de ordinario, antes que en pasadas generaciones.

El chico tiene ahora diez o doce años. Ya no es una criatura que obedece «porque sí». Dentro de poco será un hombrecito psicológicamente muy independiente. Prepáralo para que entonces pueda elegir libremente lo mejor. No tengas miedo a la libertad. Enséñale a pensar y a decidir. Educar en la libertad es difícil, pero es lo más necesario.

Hay padres que, por afanes de libertad, no educan; y otros que, por afanes educativos, no respetan la libertad. Y ambos extremos son igualmente equivocados.

Aprender a mandar, enseñar a obedecer

En muchos casos, el éxito de la autoridad ante el chico de esta edad está más en *cómo* se manda que en *lo que* se manda.

El *modo de mandar* es lo que hace que el chico valore esa autoridad de los padres, más que la importancia de lo que dicen.

—**A ver, pon ejemplos.**

Al proponerle que haga algo, no puede darse la sensación de mandar por comodidad personal y, mucho menos, con aire de señor feudal sobre sus siervos. Es bueno que vea

que nos molestamos nosotros primero. Y como el ejemplo arrastra, aceptarán así mejor el mandato. Si ven que papá ayuda a mamá en las tareas domésticas, él entenderá que debe hacer lo mismo sin necesidad de que nadie se lo explique.

Lo que mandemos ha de ser razonable. Y si es posible, que también lo parezca. A esta edad suelen ser muy razonables, y un esfuerzo, un sacrificio notable incluso, será aceptado de buen grado si desde el principio se considera como una condición precisa para la buena marcha de algo (de la vida familiar, por ejemplo).

Otra regla básica del ejercicio de la autoridad es no multiplicar las órdenes o prohibiciones. Y más aún si se tratara de exigencias casi imposibles de cumplir. No se puede, por ejemplo, pedirle a esta edad que esté *callado y quietecito* un rato largo, o que no juegue cuando con ello no molesta a nadie, o que esté estudiando sin levantar la vista durante tres horas seguidas.

Hay que mandar lo que razonablemente se pueda exigir.

Y en esto debemos ser realistas, pues las personas necesitan de cierto entrenamiento, necesitan aprender, y eso requiere tiempo.

Piensa también que no debe hacerse promesa que no se piense cumplir, ni amenaza que no se quiera luego ejecutar.

«Nadie engaña impunemente a un niño», dice Courtois. Los padres que emplean la mentira se desautorizan.

La mentira, además de inmoral, es mala aliada e indica pobreza de recursos.

Si actuamos con rectitud, no será preciso mentir. Todo tendrá su explicación natural.

Aunque sean cosas de poca importancia, no sería nada formativo, por ejemplo, que los hijos vieran a su padre decir que *no está* cuando recibe una llamada telefónica inoportuna; o que no advierte al dependiente de un comercio que le ha devuelto dinero de más; o que comenta cómo ha engañado con una tontería al hermano pequeño que no quería tomarse el biberón; o muchas otras actuaciones semejantes.

El miedo a la libertad. Educación en la confianza

La autoridad ha de exhibirse lo menos posible. Cada vez que se emplea se expone a un riesgo y sufre un desgaste. Tan grave es no usar de la autoridad cuando es preciso hacerlo, como emplearla de manera tan reiterada que acabemos por perderla.

Esto supone aprender a *hacerse el despistado* de vez en cuando, exponerse a ser engañado en cosas de poca importancia –con una ingenuidad sólo aparente– antes que mantener ante los hijos una actitud de desconfianza o recriminación constantes.

Son precisamente las actitudes desconfiadas las que hacen al chico *adiestrarse* en la técnica de la mentira.

No es bueno manifestar incredulidad: la educación debe basarse en la confianza.

No prestes demasiado oído a la acusación. Desecha las sospechas injustas. La confianza ayuda a que al chico le duela sinceramente haberos defraudado. Esfuérzate por crear un ambiente de libertad en el que se sienta a *sus anchas* sin estar rodeado de controles, y el buen ejemplo rendirá sus frutos.

La libertad no está reñida con la autoridad y la disciplina. Mala cosa sería que el chico se acostumbrara a oír repetir a sus padres una determinada orden varias veces. Así, cada día tardará más en obedecer, y en muchas ocasiones ni siquiera llegará a hacerlo. No es nada educativo, por ejemplo, llamarle cinco veces para que se levante, la última con suficiente tiempo todavía para llegar holgadamente al colegio. Si el chico no es obediente, es mejor que le llames a la hora en que vas a exigirle que se levante. De lo contrario, desgastas tu autoridad, y cada día tendrás que ejercerla de forma más dura para lograr los mismos resultados. Y cada día será más difícil recuperar el terreno perdido.

A veces esas crisis de autoridad en la familia provienen de que se desautorizan mutuamente unos a otros ante el chico. Se echa la culpa al otro cónyuge, o a las condescendencias de la abuela, o al ausente, pero no se busca el acuerdo de todos para poner remedio.

La falta de acuerdo entre los esposos al educar a los hijos es la causa de muchos fracasos.

Es preciso ponerse de acuerdo para convenir una solución sobre el modo de actuar en cuestiones concretas. Hará falta, como siempre que intervienen dos o más personas en una decisión, que cada uno ceda en algo de su idea inicial para lograr un acuerdo sin imposiciones.

Tendencia a prejuzgar negativamente

En el fondo de todo chico hay una serie de buenos sentimientos que la naturaleza ha impreso en él, y a los que hay que saber sacar brillo. Debemos fomentar todo ese conjunto de valores positivos que irán configurando un carácter y una personalidad de la que broten, sin necesidad de órdenes, todas esas cosas que nos agradaría ver en él.

Para ello, primeramente hay que suponer en el chico las cualidades que se quieren ver en él.

Cuando se le acusa continuamente de tener un determinado defecto, acabará por pensar que es algo tan arraigado en él que es inútil luchar por corregirlo.

- En vez de agobiarle diciendo que es un perezoso y un inconstante, dile que estás seguro de que conseguirá sacar esas buenas calificaciones porque va a estudiar mucho.
- En vez de decirle que nunca ha tenido voluntad y que jamás termina lo que empieza, dile que esa es una buena ocasión para que demuestre que en realidad sí puede.
- Y en vez de insistir en que es una criatura sin corazón, o un egoísta, apuesta por sus buenos sentimientos, y no te defraudará.

Conviene apoyarse en ese sentimiento natural que tiene de agradar y de ser útil, de sentirse valorado. El chico da mucha importancia a lo que opinan de él y es muy sensible a los estímulos. Hay que saber apoyarse en esos sentimientos propios de la edad para ayudarles a superarse en su mejora personal.

Se trata, por decirlo de alguna manera, de poner a su amor propio del lado del bien.

Otro principio sabio es creer firmemente en las buenas intenciones de los chicos. Tenemos a veces una lamentable tendencia a pensar mal, a prejuizar negativamente. Una extraña manía que reduce a cenizas las mejores esperanzas de los chicos. El viejo aforismo de *piensa mal y acertarás* lo corrobora tristemente. Es preciso romper con ese modo de pensar o de actuar.

Conviene respetar este elemental principio jurídico: el bien debe ser supuesto, el mal debe ser probado.

A veces nos fijamos más en lo negativo que en lo positivo de las personas, y tenemos propensión a agrandar el mal con la medida de nuestra propia mezquindad, trivializando las razones de las cosas y buscando dobles intenciones donde no las hay.

Es mala política etiquetar al niño: si ha sido sorprendido en una mentira, no es por eso un mentiroso.

Y si ha cogido dinero del bolso una vez a mamá no es por eso un ladrón.

Las personas dominadas por esa tendencia al prejuicio negativo suelen enarbolar con sorprendente frecuencia quejas de este estilo:

- Siempre me hace lo mismo cuando llega a casa.
- Siempre igual.
- No hay manera de que haga nada bien.
- Siempre tiene una historia con la que excusarse.
- Ya verás como en cuanto aparezca nos dirá aquello y no querrá hacer ese recado.
- Jamás tiene un detalle, y ya verás como dice que no.
- Es un comodón y no creo que lo consiga, como siempre.
- No toca un libro.
- Nunca presta nada de lo suyo; es mejor que no se lo pidas.
- Nos estropeará el verano, porque suspenderá, como siempre; y luego se pasará las vacaciones haciendo el vago...

Estas afirmaciones tajantes y malpensadas con que algunos se adelantan a prejuizar negativamente, acaban con la esperanza de cualquiera. Es una hostilidad impertinente que llena de conflictos la familia y enfría el calor del hogar.

—**O sea, que se trata de pensarlo bien antes de decir algo negativo.**

Sí, pero no suele bastar con pensar mal y no decirlo.

Cuando se tiende a pensar mal de los demás, esos pensamientos críticos van gestando una actitud negativa, y esa actitud acaba fraguando en comentarios y conductas también negativas.

Por eso es mejor juzgar positivamente también de pensamiento. Se trata de evitar esa actitud que refleja aquel conocido chiste, del automovilista que sufre un pinchazo en plena noche en una carretera desierta y se da cuenta de que no lleva gato para cambiar la rueda.

Ve a lo lejos la luz de una casa de campo. «Me acercaré y les pediré un gato», se dice. Se dirige hacia la casa y va pensando por el camino: «Mira que si tienen gato pero no me lo quieren dejar...». Y continúa debatiéndose en ese pensamiento todo el trecho que le separa de aquella casa, hasta el punto de obsesionarse.

«Mira que como no me lo dejen, no sé que les digo...». Llega a la casa y llama al timbre, ya notablemente enfadado. Una señora le abre la puerta y el caminante le dice sin más preámbulos: «¿Sabe lo que le digo? ¡Que si tienen gato, que no lo quiero, que se lo coman!».

La reprensión

Es llamativa la autoridad natural de quien rara vez se enfada. Suelen ser personas con una serenidad y un dominio de sí mismos que resultan atractivos e infunden respeto.

Lo normal es que una reprensión se pueda hacer estando *de buenas*, y en ello va gran parte de su eficacia. Hay que tener sensibilidad para:

- escoger el momento adecuado;
- buscar unas circunstancias que no humillen;
- hablar a solas y estando de buen humor;
- ponerse en su lugar;
- dejarle una salida airosa;
- saber intercalar unas palabras de afecto que alejen cualquier impresión de que se corrige por disgusto personal;
- mostrar la convicción de que va a mejorar y corregirá la conducta inadecuada.

La inoportunidad y la falta de tacto son errores graves. Nada conseguirá un padre o una madre que reprenda a sus hijos a gritos, dejándose llevar por el mal genio, amedrentando, imponiendo castigos precipitados, haciendo descalificaciones personales o *enmiendas a la totalidad*, o sacando trapos sucios y antiguas listas de agravios.

Si no somos educados al corregir, no estamos educando.

Recuerdo el caso de un muchacho al que el miedo aterrador a sus padres llevó a una fabulosa sucesión de mentiras, tejiendo un verdadero castillo de naipes que acabó finalmente por caer, con un elevado coste familiar. El caso es que los motivos que el muchacho daba para haber hecho todo eso eran quizá injustificados, pero comprensibles.

El mal genio de sus padres, los castigos irreflexivos y desproporcionados, y los repetidos disgustos familiares que cualquier tontería provocaban, acabaron por retraerle con un miedo que –para él, a esa edad– resultaba insuperable.

La versión de los padres era sobrecogedora y sin margen alguno para reconocer su propio error. Toda su existencia había sido un continuo querer llevar siempre la razón, un dejarse arrastrar por el mal genio y la amenaza, y en absoluto querían ahora esforzarse por comprender a su hijo.

No estaban acostumbrados a atenerse a razones y tuvo que encargarse el paso del tiempo –bastante tiempo– de hacérselo ver.

La vida les hizo sacar experiencia de lo conveniente que es facilitar la sinceridad si se quiere sinceridad, y de no escandalizarse tontamente por lo que ellos mismos habían propiciado.

La precipitación al castigar produce injusticias que a los chicos les parecen tremendas. Es mejor tomarse el tiempo necesario para oír las dos campanas (o más, si es el caso). Tiempo para conocer la fiabilidad de cada versión, para cerciorarse de la culpabilidad de cada uno, y entonces, ya serenos y con elementos de juicio, decidir lo más oportuno.

Hay otro elemental principio jurídico, que ya recogía el Derecho Romano y bien puede aplicable al entorno familiar:

No se puede juzgar a nadie sin haberle antes escuchado.

Es una pena que, a pesar de lo evidente que resulta y de lo antiguo de su origen, se olvide con tanta frecuencia.

Comprender. Facilitar la sinceridad

Si el niño se siente frecuentemente reprendido, y, por el contrario, casi nunca reconocidos o recompensados sus actos meritorios (aunque a los padres les parezcan insignificantes comparados con los dignos de castigo), ante esa insensibilidad de los padres, irán desapareciendo poco a poco en él los deseos de hacer cualquier cosa positiva.

Llevado a su extremo este torpe planteamiento, el chico puede llegar a pensar que lo mejor es no hacer nada, porque haciendo cualquier cosa lo único que logra es exponerse a recibir una nueva bronca.

Si cuando el niño reconoce la culpabilidad de una determinada falta, esto no supone apenas mejora en el castigo aplicado, cada vez le costará más ser sincero.

Aun a costa de arriesgarse a dejar impunes algunas faltas, los chicos han de saber que una falta declarada es una falta casi perdonada.

Hay que apoyar con los hechos nuestro deseo de facilitar la sinceridad. Saber ser a un tiempo exigente e indulgente. Esos padres que después de exigir sinceridad se enfadan o

se asustan ante ella, obtienen como premio una merecida desconfianza por parte de sus hijos. Los padres deben enseñar al chico a:

- Que diga siempre la verdad, aunque le cueste. Debe saber que siempre será perdonado y, además, que cuando es sincero será raro que le castiguen.
- Que cuente con confianza a sus padres las preocupaciones que tenga. Al hacerlo, debe encontrar en ellos afecto e interés, aunque les parezcan cosas sin importancia.
- Que sepa que no se miente, ni con la excusa –que será falsa– de conseguir algo bueno. Tampoco en los juegos: que no sea tramposo.
- Que comprenda que la sinceridad –en la familia, en el colegio o entre los amigos– contribuye a crear un ambiente de alegría y libertad.

La reprobación exige estar *a solas*, aunque eso suponga esperar. Es difícil que el chico reconozca su mala actitud o sus errores si lleva aparejada una confesión casi pública. Pretender un reconocimiento público de su culpa es facilitar que añada nuevas mentiras, y un enfado casi seguro. La reprimenda pública suele ir acompañada de humillación, y él tiene un fuerte sentido del ridículo. Luego hablará del broncazo que me echaron «delante de mi hermana», o «ese día que estaban los tíos en casa», y es algo que le costará sin duda digerir.

A esta edad son muy finos observadores, y advierten cuándo en sus padres hay celos, envidia, soberbia, afán de imponerse o de figurar, y entonces la posibilidad de influir positivamente sobre ellos baja enormemente. Tendremos tanta más autoridad e influencia beneficiosas sobre los chicos –dice Courtois– cuanto menos busquemos la visible satisfacción de nuestro amor propio.

Para que la palabra de los padres tenga prestigio y obtenga el efecto deseado es necesario esforzarse por arrinconar el propio orgullo.

La falta de interés también les entristece mucho. «Mis padres no me entienden. Fíjese, ayer, llegué todo contento a casa porque me había salido muy bien el examen, y no me hicieron ni caso; seguramente tendrían cosas más importantes de las que preocuparse que de mí».

El sentido crítico y la característica sagacidad infantil para definir con cuatro rasgos los defectos de cualquiera, suelen llevar a descripciones demoledoras. «Y el otro día, que quise hacer algo bien y me puse a poner la mesa, se me cayó un vaso y se rompió. Y fue porque me había empujado mi hermano. Y llegó mi padre en ese momento y, sin preguntar más, me dio un tortazo. Encima. Eso me pasa por querer ayudar. Y mi hermano, que no hace nada, ¿qué...? Se ve que lo mejor en casa es pasar inadvertido y desaparecer cuanto antes, y no hacer nada, ni bueno ni malo».

«Y si quiero comprarme algo, siempre es un capricho, y en cambio para otras cosas... Que si el coche nuevo, que si la moda de primavera... Y además siempre, en cuanto se enfadan, sacan la lista de todas las cosas que he hecho mal toda la vida... Como si ellos no se hubieran equivocado nunca. Estoy harto de oírla. Creo que nunca me han dicho nada bueno».

Descubre a tu hijo haciendo algo bien y elógialo.

**PARA PENSAR
PARA ACTUAR...**

Para recordar...

Siempre es mejor
formar en la infancia
que resolver problemas
en la adolescencia.

Antes de lanzarte a hablar,
echa una mirada a tu vida:
seguro que encuentras
mucho que cambiar en ella..

Para pensar...

Quien no vive lo que enseña,
no enseña casi nada.

Es cierto que
educamos por lo que somos,
pero también por lo que hacemos.

Hay que suponer en el chico
las cualidades
que se quieren ver en él.

Para ver...

The Kid (Jon Turteltaub).

Ana y el rey (Andy Tennant).

La fortuna de vivir (Jean Becker).

Para leer...

Trinidad Carrascosa, *Tu hija de 10 a 11 años*, Col. Hacer Familia, nº 28. Ed. Palabra.

Candi del Cueto y Piedad García, *Tu hija de 12 años*, Col. Hacer Familia, nº 30. Ed. Palabra.

Antonio Vázquez, *Matrimonio para un tiempo nuevo*, Col. Hacer Familia, nº 38. Ed. Palabra.

Para hablar...

Plantear una conversación entre los padres sobre cómo lograr motivar más en vez de castigar, cómo corregir con acierto, premiar la sinceridad, etc.

Ver el modo de plantear una conversación periódica confiada con cada uno de los hijos para conocerles y comprenderles mejor, y así ayudarles más.

Para actuar...

SITUACIÓN:

Ignacio y Silvia tienen tres hijos, de ocho, diez y doce años. Están preocupados. Siempre han sido unos padres bastante exigentes, pues no quieren caer en los errores que ven en algunas familias amigas, cuyos hijos están muy consentidos y son un auténtico desastre. Sin embargo, ellos tampoco están muy satisfechos de cómo les van las cosas. Se han dado cuenta de que su exigencia es bastante negativa. Así se lo ha hecho ver el tutor de sus hijos esa misma tarde en el colegio. Sus hijos son tímidos, poco comunicativos, se valoran poco a sí mismos. Según parece, les pesa mucho que, hagan lo que hagan, sus logros siempre son insuficientes a los ojos de sus padres. Aquella noche Ignacio y Silvia lo comentan con preocupación. «Es verdad –dice Silvia–, ahora lo veo todo bastante claro. Si se recrimina demasiado un defecto, el chico acaba pensando que está tan arraigado en él que es inútil luchar por corregirlo. Si confías poco en él, se le quitan las ganas de esforzarse». Ignacio está pensativo: «¿Y qué quieres que hagamos...? Hace cosas mal, y no podemos dejarlo pasar, ni aplaudirlo...».

OBJETIVO:

Crear un ambiente de exigencia positivo.

MEDIOS:

Procurar cambiar los castigos y reprensiones por estímulos positivos.

MOTIVACIÓN:

Silvia supo llevar a buen puerto aquella conversación con su marido. Le convenció para cambiar un poco la estrategia: «Vamos a probar de esa otra manera, Ignacio. Seguro que nos va mejor. Tenemos que intentar hacer ver a los chicos que estamos seguros de que harán las cosas sin que estemos constantemente exigiéndoles, regañando o castigando. Tenemos que apoyarnos más en su deseo natural de hacer las cosas bien, y fomentarlo».

HISTORIA:

Procuraron poner en práctica lo que habían acordado. Se esforzaron en no enfadarse, no querer corregir cada detalle, procurar alabar lo que hicieran bien, y darles más confianza. Al principio fue bien, pero Ignacio perdía la paciencia de vez en cuando, y salía con alguna de sus clásicas referencias a «la juventud de ahora», y a que «cuando yo tenía tu edad...».

Silvia no decía nada, pero luego hablaban a solas con mucha claridad: «Ignacio, tenemos que dar ejemplo nosotros primero. Si hemos quedado en no enfadarnos y no ser

aguafiestas, tenemos que cumplirlo. No me digas que te lo propones y no lo consigues, porque esa razón no se la admities a tus hijos».

RESULTADO:

Fueron firmes en su propósito y a las pocas semanas llegaron los frutos. Al cambiar un estilo autoritario por otro de más cercanía y confianza, el nivel de exigencia en la familia no se debilitó, sino que se fortaleció y se hizo más amable. Empezó a haber en la familia un clima de más confianza, y fue entonces cuando se dieron cuenta de lo mucho que habían sufrido ellos y sus hijos por no escucharse más, por no hablar las cosas, por no sacar más partido a ese sentimiento natural que todos tenemos de desear agradar, de ser útiles, de sentirnos valorados.

Ignacio y Silvia supieron aceptar las observaciones del tutor de su hijo, y gracias a eso pusieron el acento en los estímulos positivos, que son los más eficaces en el camino de la mejora personal.

PARTE SEGUNDA “B”

*Solamente haciendo el bien.
se puede realmente ser feliz».*

Aristóteles

EDUCAR EN VALORES EN LA FAMILIA

CAPÍTULO 5

*¿Qué cosa hay más grande
que tener a alguien
con quien te atrevas a hablar
como contigo mismo?*

Cicerón

El ambiente familiar

Diálogo y naturalidad. Virtudes familiares

Es mejor no comenzar una conversación –recomienda Lluís Cassany– si no nos sentimos con capacidad de acabarla con serenidad, pase lo que pase, diga lo que diga. Baja la guardia. No le respondas «porque sí», ni «porque soy tu padre», ni «mientras estés en esta casa».

Razona tu orden, aunque él no lo acepte. Hazle reflexionar sobre el porqué de sus ideas. No seas paternalista ni autoritario.

No grites y no permitas que él grite. Si gritas, permite que él grite.

En las ideas no cabe la imposición. Hay que saber suscitarlas en él sin avasallar. Debemos aprender a dialogar sin pretender rebatir de forma contundente al interlocutor, sin pretender sentar cátedra, porque puede echarse todo a perder por culpa de ese tonto deseo de concluir triunfadoramente.

Es mejor que no haya vencedor ni vencido, sino que, en un intercambio de impresiones positivo, huyendo desde el principio de planteamientos de debate dialéctico, se llegue de la mano a conclusiones útiles. Se trata de charlar y enriquecerse mutuamente con ideas y puntos de vista distintos a los nuestros.

—Oye, que en mi familia no son todo peleas...

Ya me imagino, pero a veces son unas pocas peleas las que deterioran el ambiente familiar, y hay que saber evitarlas. Y esos temas más conflictivos, que separan, habrá que tratarlos alguna vez, pero con prudencia y sin abusar, que normalmente ya suelen salir bastante sin necesidad de buscarlos.

Si no se ha comenzado antes, es la hora de dedicar tiempo a cada hijo en particular. Recuerdo una madre muy sensata que se había impuesto a sí misma como norma no dejar pasar ni un día sin haber tenido al menos un momento de conversación personal confiada con cada uno de sus hijos.

Naturalidad. Sencillez. Ausencia de afectación. Espontaneidad. Llaneza. La naturalidad llevará a que los hijos estén relajados y distendidos en nuestra presencia.

Franqueza y no querer aparentar son claves para la confianza y la cordialidad familiar.

Para lograr ese clima, es necesario que los padres:

- Encuentren tiempo para estar y hablar con los hijos, que son más importantes que los amigos, que el trabajo, que el descanso.
- Les escuchen con atención. Para ello es buena medida, por ejemplo, que se propongan comer y cenar toda la familia juntos y con la televisión apagada.
- Se esfuercen por comprenderlos, poniéndose en su lugar.

- Sepan reconocer la parte de verdad –o la verdad entera– que pueda haber en alguna de sus rebeldías.

- Aprendan a decirles *que no*, sin herir, ni producir dramas.

- Les enseñen a razonar y a tener criterio.

- No les impongan sistemáticamente una conducta, sino que muestren los motivos que la aconsejan.

- Respeten su libertad, pues no hay verdadera educación sin responsabilidad personal, ni responsabilidad sin libertad.

Y para ello, también es importante que los hijos puedan observar esa misma armonía en sus padres, porque vean que:

- Hay un diálogo fluido entre los cónyuges que evita los enfados y resuelve con buena voluntad las naturales diferencias.

- No se presenta ese infantil intento de supremacía ante el marido o la mujer, ni se desautorizan el uno al otro.

- No usan de palabras fuertes o autoritarias entre ellos.

Sin embargo, a veces no quedará más remedio que pasar un mal rato para resolver una situación cuya solución no debe ya aplazarse. Y habrá entonces que agotar la verdad, y entrar a fondo. Será un mal rato para ambos, pero para los dos igualmente necesario.

Otra preocupación que han de tener los padres es la de luchar contra la excesiva monotonía familiar. Tener ideas que hagan que los hijos se diviertan en casa, iniciativas que rompan la rutina y faciliten el descanso:

- una salida al campo,

- una visita cultural,

- un extraordinario en la comida,

- un juego divertido,

- una buena película,

- o lo que sea.

Los padres han de buscar con ingenio y tenacidad que haya en la casa:

- gratificaciones recíprocas;

- respeto a todos, buenos modales y deseos de agradar;

- delicadeza en el trato, sin permitir discusiones tontas, peleas, groserías o palabras inadecuadas;

- detalles de servicio a los demás;

- cuidado de la limpieza y la urbanidad;

- ideas y recursos para animar y estimular a todos.

Es además buena forma de hacer que no busquen fuera lo que deben encontrar en casa.

Alegría, optimismo y buen humor. El caso de Raúl

Nada entristece tanto a un hijo como la frialdad de sus padres, el talante hastiado o desagradable.

Estar de buen humor no cuesta tanto, y además es muy gratificante para todos. Hay que esforzarse por sonreír, aunque a veces se haga difícil. Así acabará por enraizarse en el carácter un profundo y estable sentido del humor.

La tristeza no es *productiva*, no libera en nada de los problemas, y en muchas ocasiones hace *pagar la factura* a quienes conviven con nosotros, que no tienen culpa ninguna.

La falta de optimismo suele ser defecto del carácter que va unido a una falta de realismo que impide captar lo positivo de las personas y las situaciones.

El chico necesita verte de buen humor. «Mi padre me grita por nada». «Mi madre siempre está de mal humor».

No seas de esos padres trágicos, insoportables, que ni conocen ni dejan conocer la alegría en el hogar.

Ni de esos padres tristes, irascibles, para quienes todo es objeto de bronca.

Ni de aquellos otros, envarados y fríos, secos, demasiado autoritarios, a quienes los hijos jamás les hablan de sus pequeños problemas, no les cuentan nada.

Ni como aquellos cuyos hijos interrumpen sus juegos y bajan la voz cuando les oyen llegar a casa, porque les tienen miedo, porque saben que llegará con la misma mala cara de siempre, y se esconderá detrás del periódico, o quedará absorto ante la televisión, y saben que le molesta el más pequeño ruido.

Son padres que así viven «tranquilos», a quienes nadie chista en su mesa, que hablan y todos les escuchan, que siempre se acatan sus órdenes..., pero que nunca se ganarán el afecto de sus hijos ni lograrán que crezcan con un carácter enérgico.

—Creo que estas hablando de padres de otra generación. Ahora quedan pocos así.

Tienes razón, pero lo digo porque creo que aún quedan demasiados, más de lo que parece, y que con esa actitud arruinan su vida y la de su familia.

El sentido del humor es una postura ante la vida gracias a la cual se cuenta con recursos para sobreponerse ante los problemas, contrariedades y disgustos que nos sobrevengan.

El optimismo es un multiplicador de nuestra fuerza interior. Cuando falta, todo se ve oscuro y difícil, envuelto por el desaliento. Hay que aprender —nosotros primero, y, luego, enseñar a los hijos— a disfrutar de la vida, no a base de frivolidad, sino sabiendo valorar tantas cosas positivas que nos vienen cada día y por las que deberíamos estar alegres.

Tener ese sentido del humor supone poseer señorío sobre los acontecimientos, un dominio sobre uno mismo que hace posible mantenerse firme ante las adversidades, con elegancia, en la vida cotidiana.

Recuerdo una ocasión en que hablé con un matrimonio que venía al colegio preocupado por la falta de rendimiento escolar de su hijo. Raúl —así se llamaba— estaba triste y sin ilusión, se había vuelto bastante introvertido y a veces incluso agresivo. Y él no era así antes.

Tras una breve conversación, quedó claro el problema. Había una causa, como siempre sucede, y en este caso era sencilla y directa. Surgió enseguida en la conversación, porque necesitaban un desahogo. La madre explicó que su padre había fallecido hacía unos meses, y les había afectado mucho esa pérdida, pues vivía en su casa y estaban muy unidos a él.

A esto se había añadido el disgusto del reciente matrimonio de su hija mayor con una persona que no era de su agrado. El ambiente de la casa se había ido enrareciendo. Apenas discutían antes, y ahora era cosa frecuente. Cualquier tontería era causa de tensiones.

Eran conscientes de que la situación no conducía a nada, pero se les había venido encima casi sin darse cuenta. Raúl se había resentido enseguida, en el carácter y en los estudios.

Estaban todos muy tristes y no sentían nada que les llevara a estar alegres. «Así –decían–, no vamos a conseguir nada, pero tampoco vamos a ponernos a dar saltos de alegría. Sería algo antinatural, un poco hipócrita».

Enseguida comprendieron que esa última conclusión era equivocada. Si no iban a conseguir nada por la vía del pesimismo y la amargura, lo mejor era que se plantearan positivamente cambiar el ambiente de la casa.

Como suele suceder, el hecho de hablar con confianza hace que las cosas se vean con más perspectiva y casi se arreglen solas. Ellos mismos se plantearon la cuestión, y resolvieron aplicarse una sencilla *terapia de buen humor* para combatir esa inercia de dejarse envolver por la tristeza, que amenazaba arruinar el ambiente familiar.

Con un planteamiento un poco más trascendente y sobrenatural de la muerte, un esfuerzo por aceptar las decisiones libres de su hija ya mayor, y por afrontar el futuro con alegría, pese a las contrariedades, las cosas mejoraron bastante en poco tiempo, y en Raúl se notó enseguida y volvió a su buen rendimiento habitual.

Felicidad y egoísmo. Educación en la generosidad

Muchos expertos en educación señalan la edad de diez o doce años como el principio de las relaciones de amistad realmente desinteresadas. Hasta entonces, más que amigos, tenía compañeros de juegos.

Ahora empieza ya a entender la amistad de otra manera, y descubre con mucha mayor profundidad lo gratificante de pensar en los demás. Hay que ayudarles en este camino de salida del egocentrismo infantil.

Es preciso enseñarles de modo práctico a que comprendan que los grandes enemigos de la felicidad son el egoísmo y la soberbia

Porque los chicos a veces tienen unas manifestaciones de egoísmo asombrosas. A lo mejor les molesta que otros disfruten más que ellos, o les cuesta prestar, o compartir, o ayudar, o preocuparse de los demás. Hay que hacerles ver lo equivocado de esos sentimientos, y que comprendan que todos, con nuestra capacidad de hacer el bien a los

que nos rodean, tenemos un tesoro que repartir; y que si no lo entregamos se pierde, para nosotros y para los demás.

Que sepan buscar la felicidad de los demás, que además es uno de los caminos más directos para lograr la propia.

Al oír la descripción del egoísta, a todos nos repugna, o le compadecemos, o sentimos una mezcla de las dos cosas. Pero lo malo es que, a pesar de eso, todos tendemos al egoísmo.

Deberíamos preguntarnos con frecuencia, por ejemplo, si reparamos en los sufrimientos de los demás. Y preguntarnos inmediatamente si el chico lo hace también, porque ese es uno de los grandes secretos de la felicidad: descubrir al prójimo, salir de uno mismo, darnos cuenta de que hay a nuestro alrededor hombres que sufren, siquiera un poco, pero a los que podemos ayudar mucho.

Cualquiera de nosotros que no encontrase en su camino hombres que sufren, debería pensar si no será un egoísta encerrado en sí mismo. Porque la vida está llena de gente falta de compañía, de afecto, de verdad; de gente herida por la soledad, por su propio difícil corazón.

A nuestro alrededor, y alrededor del chico, hay personas que necesitan ayuda, y sería interesante que cada uno de nosotros viese si no se ha acostumbrado tanto a disculparse, a estar atento solo a sus propias heridas, que tiene tan arraigado ya el hábito de dar un rodeo y pasar de largo que le parece que a su alrededor no hay nadie necesitado.

A veces sorprende en los chicos su indiferencia ante el dolor ajeno, y casi siempre es porque no se les ha sabido despertar esa sensibilidad. Hay que lograr que no viva cerrado sobre sí mismo. Que, además de hablar y contar lo que le gusta, aprenda a escuchar lo que les gusta contar a los demás. Que se interese sinceramente por lo ajeno.

—Y si no siente un interés sincero, ¿tiene entonces que aparentar que lo siente? ¿No es eso un poco hipócrita?

Ser educado o pensar en los demás no es hacer el hipócrita. Es esforzarse por tomar las riendas del propio carácter, para llegar a ser lo que entendemos que debemos ser.

El chico debe adquirir ese hábito de preocuparse por los demás, de procurar ser agradable. Cuando la vida se desarrolla sobre esas coordenadas, hacer eso llega a ser algo que sale natural, sin hacer el hipócrita. Ese es el objetivo.

Debe aprender, como nosotros, a esforzarse por ser simpático y afable. Es triste que tantos hombres y mujeres hagan esfuerzos costosísimos por adelgazar unos kilos o mejorar un poco su aspecto externo, y sin embargo no se esfuerzen por ser agradables, pese a que repercute mucho más en la buena imagen (y sobre todo en la felicidad propia y ajena).

Para ser agradable es preciso salir de uno mismo y observar a los demás.

El chico no lo aprenderá a base de grandes declaraciones nuestras, sino respirando ese ambiente en la propia casa. Viendo que se habla bien de la gente, que se escucha con paciencia, que se eligen los temas de conversación que gustan a los demás, etc.

Tiempo libre, aficiones, deporte y televisión

Para el niño, gran parte de su vivir es jugar. Y el juego puede tener un gran valor educativo y una influencia considerable sobre su formación. Además, es una edad crucial para el desarrollo de las aficiones.

Un juego organizado, por ejemplo, como es el caso de cualquier deporte, desarrolla facultades importantes como la atención, resistencia, disciplina, dominio de sí, razonamiento especulativo, etc.

Existen muchos juegos educativos, que los padres deben procurar conocer y fomentar en la familia, sin dejar que se impongan otros de dudosa conveniencia.

—¿Y qué tipo de juegos y ocupaciones son buenas?

Es difícil de concretar. Hemos dicho que es positivo que hagan bastante deporte, excursiones, que estén con sus amigos y que los traigan a casa, que vean algún buen programa de televisión, que se aficionen a leer —empezando por cosas sencillas—, que practiquen juegos que impliquen creatividad.

—¿Y son buenos los competitivos?

El chico tiene una inclinación natural a la competitividad. Quiere sobresalir y vencer. Eso puede y debe ser algo positivo, si se encauza bien. Por eso conviene cuidar que ese afán de emulación no se convierta en una excesiva rivalidad. Procura inculcar en tu hijo una clara aversión hacia el fanatismo y la obsesión por la victoria a cualquier precio. Hazle ver lo negativo y lo ridículo de esas actitudes.

Debe aprender el arte de ganar y el arte de perder. Tiene que adquirir ese espíritu deportivo, por ejemplo felicitando al vencedor y aceptando la derrota, o llevando con elegancia la victoria.

Resultará positivo todo juego que implique sujetarse a unas normas, respetar el derecho ajeno o entrar en una sana competencia que ayude a relacionar la situación del juego con la realidad de la vida misma.

—¿Y otras ocupaciones positivas?

Es una gran cosa que aprenda a tocar un instrumento musical, o que se aficione al dibujo o a la pintura. A otro nivel, son positivos los juegos de construcciones o mecano, que haga maquetas, o que se aficione a coleccionar. O juegos que enseñan a pensar, como el ajedrez. No son muy adecuados los de naipes cuando su éxito se basa en la simulación, como el *póker* o el *mus*.

—¿Y los juegos de mesa?

En principio son buenos, y el niño suele darse a ellos con todas sus fuerzas si captan su interés. Son educativos, pero debe usarse de ellos con moderación, de modo que no le cautiven excesivamente. En todo caso, siempre serán mejores que otros entretenimientos más pasivos, como por ejemplo pasarse las horas viendo la televisión.

Los juegos y el deporte deben ser una escuela de virtudes como la lealtad, el compañerismo, pensar en los demás, reciedumbre, etc. Deben por tanto desecharse desde el principio los enfados y las trampas.

Debe también comprender pronto que el mejor medio para divertirse es hacer que los demás se diviertan.

—Oye, antes hablabas de la televisión... ¿No te parece que absorbe demasiado a los chicos?

Es realmente grande la capacidad que tiene la televisión de polarizar la atención. Según un reciente estudio estadístico, un chico de la edad que nos ocupa dedica una media de 214 minutos diarios a ver la televisión: más de tres horas y media al día. Otras fuentes han lanzado una cifra promedio de 13.000 horas de televisión a lo largo de toda su etapa escolar. Con esto puede deducirse que la actividad predominante de ocupación del tiempo no dedicado a dormir, comer o ir al colegio, es ver la televisión. Y esto es algo casi universal, desgraciadamente.

El efecto más negativo de este medio audiovisual en el chico de esta edad es el hábito de pereza que crea, por lo pasivo que es, y por lo que dificulta que aprenda a divertirse con ingenio.

Ver la televisión a *granel*, sin que medie una selección y búsqueda de espacios determinados que despierten interés, tragándose todo, de un canal a otro, toda la tarde, lo que salga..., eso es llenar una masa de vacío que no se sabe cómo llenar de diversión, una medida del aburrimiento en el que se puede estar inmerso.

La televisión no es mala, evidentemente. Pero su uso indiscriminado, abusivo y sin ser enjuiciado críticamente puede ser bastante negativo. Como hay tantas emisiones que son perjudiciales para ellos, lo más prudente es ceñirse a una programación convenientemente supervisada por los padres. Esto no es desconfianza. Es velar por su bien, igual que cierras bien la puerta de la calle y que no invitas a cualquiera a tu sala de estar. Si no, es la televisión quien educa, en vez de los padres.

—Bueno, tampoco será para tanto...

Cuando son tres o más las horas que un niño pasa ante el receptor cada día, cabe preguntarse ¿y cuántas horas pasará hablando con sus padres...? A lo que desgraciadamente pocos podrían responder siquiera que diez minutos. Entonces se explica cómo realmente esos hijos están más educados por la televisión que por quienes les dieron la vida y tienen la responsabilidad de formarles.

*No dejes que sea la televisión quien eduque a tu hijo.
La televisión entretiene e informa, pero solo a veces
forma.*

Ante las tradicionales quejas de «¿Pero quién te ha enseñado a ti a...?» (en los puntos suspensivos pueden ponerse las barbaridades que hace, o las que dice, o esos planteamientos extraños que tanto nos sorprenden), cabría comparar cuánto tiempo se dedica al diálogo familiar y cuánto a la televisión y el vídeo.

*Recuerda que todo lo que sale de su corazón lo ha
almacenado antes en el subconsciente.*

Es un error grave que el chico tenga un televisor en su dormitorio. Facilita que aumenten las horas de *hipnosis televisiva*, ya encerrados cada uno en su entorno individual. Las distancias en la familia aumentan. Ya nadie tiene que ceder los propios gustos en favor de otro. Cada uno tiene su apetencia que sacia solitariamente en su cuarto. Los chicos no tienen dificultad en ver programas que sus padres desaprobaban: «mamá nunca se entera de lo que veo», afirmará luego en clase con una sonrisa maliciosa.

El que ve demasiada televisión se habitúa a un régimen de diversión tan pasivo que luego no tiene fuerzas para entretenerse fácilmente de otra manera. Si en una de esas casas tuvieran que prescindir durante una semana de la televisión, se inundaría de aburrimiento, tendrían que hacer un gran esfuerzo para llenar el tiempo, y eso es síntoma de que falla algo importante, que faltan ideas.

—Entonces, ¿qué aconsejarías en concreto a una familia sobre el uso de la televisión?

Es difícil dar reglas generales, pero algunas recomendaciones prácticas podrían ser:

- tener un solo aparato en la casa;
- acostumbrar a los hijos a que pidan permiso para conectar la televisión;
- programar en familia el uso que se va a hacer de la televisión;
- prever unos tiempos en los que habitualmente no se pone la televisión, para respetar el silencio necesario para estudiar o charlar; por ejemplo, durante las comidas y al menos un par de horas cada tarde.

¿Quién entra hasta tu sala de estar?

Viene de antiguo la denuncia del *intrusionismo* de los medios de comunicación en los hogares. Dejarles paso sin control alguno es como dejar abierta la puerta de la calle a cualquier desconocido.

Hemos hablado antes sobre los peligros del exceso de horas de televisión. Ahora, aun a riesgo de parecer obsesionado con el tema, quisiera hablar de lo que muchas veces se ha llamado *televisión basura*. Me refiero a esos programas que buscan revolver las conciencias de los telespectadores, provocando directamente sus instintos y sentimientos más bajos. El sexo, la violencia descarnada y el sensacionalismo son sus pilares fundamentales.

Muchos padres quizá no se dan cuenta de que la violencia y el sexo son cosas contagiosas. El niño, ante el espectáculo erótico o violento, se impregna de tesis a las que no se adheriría de forma voluntaria. Los profesionales de la televisión saben que a los chicos les gusta lo que es fuerte. Cuanto más impresione al chico, más deseará volverlo a ver.

Según otros recientes estudios estadísticos, las cadenas de televisión de los países occidentales muestran en la pantalla una media –según los países– de entre 4 y 10 actos de violencia por hora de emisión. Un chico, al cumplir 18 años, puede haber presenciado de este modo unos 100.000 actos violentos.

En muchas revistas o cadenas de televisión, el dolor humano sirve –con el pretexto del derecho a informar– como reclamo comercial. Gusta mostrar imágenes de cadáveres calientes, entrevistar a personajes morbosos y adentrarse en intimidades vergonzantes. Prima la fuerza de las imágenes sobre la ponderación y la profundidad de los comentarios que las acompañan. Este enfoque hiperrealista fácilmente insensibiliza al niño frente al dolor ajeno o la injusticia, o hace apología de posturas aberrantes ante la vida.

Por su parte, la pornografía es algo degradante, que usa como materia prima a seres humanos. Es degradante para la persona –más frecuentemente para la mujer–, y bastante más deformador para el chico de lo que muchos padres sospechan.

Ese mismo estudio sobre los contenidos televisivos que llegaban a los niños, señalaba una media de entre 3 y 5 actos de violencia sexual o relaciones íntimas descarnadas y fuera de contexto, también por hora de emisión. A la edad que nos ocupa, el chico puede haber presenciado en la pantalla, aparte de los varios miles de asesinatos de rigor, bastantes cientos de conductas sexuales nada educativas.

—Oye, pero si *cortas* la televisión cuando salen estas cosas le estás *cerrando los ojos a algo que sus amigos le comentan luego en el colegio...*, y puede ser peor.

Verdaderamente es un problema eso que dices. Por eso no basta con cambiar de canal, sino que además debemos dar al chico una explicación sensata, para que no se sienta *censurado* o *acomplejado* por no ver esas cosas.

Pero hay que dejar de verlo. Porque son cosas pegajosas, y no basta con desaprobarlo con las palabras pero aprobarlo luego con la conducta, continuando ante la pantalla.

Nadie debe sentir complejo por privarse de algo que es degradante o perjudicial. Y con más razón si sabe que así evita entrar en el juego de los grandes negocios de quienes comercian con la dignidad humana.

De todas formas, hay algo mejor aún que dejar de verlo. Es no llegar a verlo porque se ha hecho la adecuada selección de lo que se quiere ver. Con una inteligente orientación se puede disfrutar mejor de la televisión, aprovechar mejor el tiempo y evitarse situaciones desedificantes.

CAPÍTULO 6

*El hombre inteligente
habla con autoridad
cuando dirige su propia vida.*

Platón

Educación de la voluntad y del carácter

El carácter y la falta de carácter

Cada chico tiene su personalidad, una forma de ser que le es propia, que configura su carácter. Afortunadamente las personas no somos todas iguales, sino que hay aspectos que nos distinguen a unos de otros, cualidades, aptitudes y rasgos que componen nuestra personalidad, de la que podemos y debemos estar orgullosos.

Hay aspectos del carácter que siempre serán positivos. Y pensando en los hijos, siempre queremos que se eduquen siendo sinceros, leales, decididos, generosos, emprendedores, responsables, laboriosos, amigos de la libertad, sin miedos, sin timideces, sin temores, sin escrúpulos tontos.

Pero hay otros aspectos, sin embargo, que no pueden considerarse positivos. Podríamos decir, por tanto, que no son particularidades del carácter, sino más bien de la falta de carácter. Si un chico es perezoso, o patológicamente curioso, o un egoísta redomado, eso no puede considerarse positivo. Tampoco, por ejemplo, que sea arrogante o envidioso. Son defectos, y como tales han de procurar superarlos.

Y en esto también importa mucho llegar a tiempo. Decíamos al principio que el carácter no es solo cuestión de herencia genética, sino que precisa un esfuerzo continuado por mejorarse.

—Pero el tiempo es sabio, dicen, y atempera el carácter...

El tiempo arregla a los que se esfuerzan por mejorar, pero estropea a los que se dejan llevar por su falta de carácter.

El mero transcurso del tiempo, sin más factores, no hace cambiar el sentido de una evolución, sino que la confirma. Si no se hace nada, el tiempo pasa y el chico seguirá en su misma tónica de siempre, o empeorará.

Por eso hay que enfrentarse al problema del carácter antes de que sea tarde y haya cristalizado en defectos difíciles de remover. Es una pena ver a personas que por su edad debieran estar a otro nivel, y que se reconocen impotentes ante su cobardía, o sus arranques de mal genio, o su apatía permanente..., cuando ya, a esas alturas, el arreglo es muy fatigoso.

—Pero..., ¿no te parece un poco antinatural esa lucha? Cada uno es como es, ¿no?

Si has llegado a leer hasta aquí es porque deseas que tus hijos mejoren y no estás aún satisfecho. El proceso de mejora del carácter es algo que requiere esfuerzo. Exige una lucha personal, que no ha de ser crispada ni angustiada, sino alegre y optimista. Pero una lucha, ineludiblemente.

Y esa lucha es más eficaz y gratificante si se plantea conjuntamente en la familia, yendo por delante con el ejemplo.

Fortaleza interior: valentía, reciedumbre, etc.

Es curioso ver cómo lo que a unos les irrita hasta extremos sorprendentes, a otros les llena y les satisface.

En una ventanilla, o en la barra de un bar, o conduciendo un autobús, puedes encontrarte a una persona que te trata con afabilidad y simpatía, y a otra –con el mismo tipo y modo de trabajo– que está amargada y parece que incluso se esmera en fastidiar.

Lo que a unos les realiza, a otros les sumerge en la infelicidad.

—**¿Y piensas que es un problema de educación?**

En buena parte sí. Hay toda una serie de virtudes que influyen bastante en el talante habitual que manifiesta una persona. Veamos algunos ejemplos aplicados a un chico de diez o doce años.

Reciedumbre. No puede ser que el chico vaya *dando el espectáculo* porque no se atreve a meterse en la piscina porque está un poco fría. O que su drama sea levantarse de la cama a la hora que debe. O que le sea casi imposible aguantar una hora y media seguida estudiando, o comer de algo que le gusta menos. O que no consiga mantener siquiera unos días unos pequeños propósitos de mejorar en algo.

¿Cómo será el futuro de alguien así? ¿Qué fundamento tendrá su carácter, para cuando haya de tomar decisiones costosas? El chico ha de ir aprendiendo a amordazar un poco sus propias quejas frente al sacrificio que hacer determinadas cosas comporta. ¿Cómo? Ayudándole a mejorar insistiendo en detalles diversos. Por ejemplo:

- enseñarle a no quejarse;
- pedirle pequeños sacrificios necesarios para la buena marcha de la casa;
- exigirle que sea perseverante y tenaz en las cosas que comience;
- elogiar su resistencia ante contrariedades o molestias físicas (dolor por un golpe o una enfermedad, sed o cansancio en un viaje o una excursión, etc.).

Ser acometedor. Todo lo que es valioso resulta difícil de alcanzar. Con razón decía Séneca que no es que nos falte valor para emprender las cosas porque sean difíciles, sino que son difíciles precisamente porque nos falta valor para emprenderlas.

Para todo hace falta vencer dificultades, superar obstáculos, tener decisión, ser constante. Ocúpate de fomentarlo.

Valentía. Es fácil que haya circunstancias –a veces muy tontas– que produzcan miedo al chico, y quizá sea ya demasiado mayor como para eso. Los padres deben forzar un poco para que lo supere pronto, para que vaya venciendo esos temores que a veces son simplezas, como por ejemplo:

- el miedo a quedarse solo;
- el miedo a la oscuridad;
- la timidez para conversar con un pariente que está de visita;
- la vergüenza para hablar de un problema escolar con su profesor;
- el temor a *dar la cara* defendiendo a un amigo, o a su hermano;
- el miedo a resistirse a colaborar en algo malo que hacen otros y en lo que quieren involucrarle;
- el temor que le incita a mentir o a no reconocer su culpa;

- el miedo al «qué dirán»; etc.

Audacia. Es preciso también que no se deje llevar por un desmedido afán de seguridad, y esto suele ser culpa casi siempre de los padres. Piensa si tu hijo no ha de superar un miedo exagerado al fracaso, a comprometerse en empresas que merecen la pena, si no ha de superar el exagerado sentido del ridículo propio de muchos ambientes.

La vida es un juego maravilloso en el que hace falta apostar por las cosas en las que creemos y por las personas a las que amamos, con valentía e invirtiendo con generosidad los propios bienes y talentos. Que no resulte que el chico es *buenecito* pero apocado, de esos que se acobardan ante el ambiente contrario y se dejan influir demasiado por él.

La audacia enriquece enormemente el carácter.

Señores de sí mismos

Combatir contra uno mismo es la batalla más difícil y, junto a ello, vencerse a sí mismo es la victoria más importante. A la inteligencia corresponde regir la conducta humana, y esto constituye una pelea diaria contra todo lo que en nuestra vida debe mejorar. Una batalla contra lo que nos aleja de los objetivos que nos hemos marcado.

—**¿Pero no es antinatural eso de marcarse objetivos *contra* uno mismo...?**

Ya hablamos de eso antes, a propósito del carácter. Lo antinatural en el hombre es abandonarse a sus defectos y no querer mejorar.

Sin dar a ese empeño una excesiva formalidad, pero sin tampoco relegarlo, tanto nosotros como el chico debemos procurar conocernos y saber cuáles son nuestros defectos dominantes, para así ver cómo superarlos.

Debemos otorgar, en definitiva, a la inteligencia y a la voluntad ese señorío sobre los actos todos de nuestra vida. Repasemos, como antes, unos cuantos detalles prácticos sobre ese señorío personal, aplicables al chico de esta edad.

Serenidad y equilibrio. Tiene múltiples manifestaciones en la vida diaria. Que sepa mantener la atención en varios frentes sin aturdirse. Que sea capaz de tener dos cosas a la vez en la cabeza. Que no se enfade y patalee cuando no le salen las cosas, o si sufre un pequeño contratiempo. Que no pierda la cabeza por cualquier tontería.

Paciencia. Que aprenda a esperar, a dar tiempo al tiempo. Como siempre, además, suelen ser precisamente los más impacientes y los que más exigen a los demás, quienes luego más transigen consigo mismo y con más facilidad justifican todo lo que hacen, incluso aquello que verían mal si lo hicieran otros.

Elegancia ante el fracaso o el triunfo. Que no sea de esos que se les suben a la cabeza los primeros éxitos, y se hunden luego al mínimo contratiempo. Si se viene abajo lo que está haciendo, que vuelva a empezar sin nerviosismos. Que conserve la calma cuando todo va mal y los demás pierden los papeles.

Nobleza. Lealtad. Señorío ante el agravio. Que sea leal con sus amigos. Que mantenga su palabra. Que no recurra al insulto o a la venganza ante lo que le afrenta. Que aprenda a defenderse del agresor sin entrar en su juego de injurias y de mentiras. Ha de evitar la murmuración, que tiene unos efectos demoledores en cualquier ambiente, y más en el familiar.

Acostumbrarse a hablar bien de los demás, en cambio, es una costumbre muy recomendable. Todavía recuerdo con emoción el funeral de aquel viejo amigo, excelente profesional fallecido en accidente de tráfico; al terminar, uno de sus compañeros comentó: «Mira, le tenía una gran estima porque sabía hablar bien de la gente; llevo dieciocho años trabajando a su lado y jamás le he oído murmurar de nadie».

Control de la imaginación. A lo mejor empieza a leer una página y tiene que volver a leerla porque no se entera de lo que dice..., por falta de atención. Quizá, ante algo con lo que sueña, muestra una inquietud grande, que raya en la ansiedad. O es distraído y fantasioso, o con tendencia al desánimo.

Todos son posibles síntomas de falta de un sano control de la propia imaginación. Una difícil batalla personal contra esa potencia nuestra que a veces se convierte en un enemigo íntimo que nos hace daño.

A todo el mundo le llegan momentos más o menos largos de desánimo o de pesimismo, y el chico debe saber que él no es una excepción. En muchos casos esas crisis provienen de un excesivo dar vueltas alrededor de sí mismo con la imaginación. Y desaparecerían con un poco de disciplina mental, sabiendo orientar –como un guardia de circulación– esos pensamientos inútiles que a veces tanto estorban.

Ese sano control de la fantasía y de la memoria le llevará a ser más abierto, y será también una protección ante los peligros del pesimismo, la tristeza y la vanidad.

Rechazo de la envidia. A muchos chicos les viene la tristeza por las rendijas de la envidia, porque se alegran de los fracasos de los demás y no sufren con sus dolores o preocupaciones. No les sucedería así si cortaran de raíz sus sentimientos espontáneos de desazón o de celos por esta causa. Hay que alentar en ellos un espíritu noble y generoso que les lleve a gozarse de las alegrías ajenas.

Borrar el resentimiento. Otro de los peligros de ese mundo interior enrarecido de que hablamos es que sirve de caldo de cultivo de agravios y rencores de todo tipo. Se crea así un ambiente cerrado donde a veces solo se mantiene el recuerdo de las afrentas y de los desplantes. Hay que enseñarle a perdonar y a olvidar, que son llaves de entrada a esa preciada paz interior.

No rehuir el compromiso. A veces la falta de valor para comprometerse es consecuencia de la mentalidad desconfiada o excesivamente calculadora de los padres, que impide que arraiguen en el chico ideas que impliquen aventurarse generosamente en algo.

Esa actitud es caldo de cultivo para un fenómeno que ha dado en llamarse el escapismo, en el que el chico busca vías de escape frente a los problemas. No los resuelve, se evade. Esquiva la incomodidad a toda costa e ignora sus consecuencias futuras. Si el problema no desaparece, será él quien desaparezca.

«A mí no me gusta comprometerme con nada ni con nadie», escuché una vez a un chico de doce años, con frase lapidaria, impropia de esa edad y seguro que no original suya. Y en otra ocasión: «no sé si está bien o mal, pero me gusta y lo hago». Son estilos aprendidos, ejemplos de chicos que han sido víctimas de algo que bien podría llamarse *maltrato moral*, porque no se les ha maltratado atándolos con una cadena, pero se les ha

esclavizado sumergiéndoles en un mundo ajeno a la responsabilidad. Y al final acaban comprometidos con su propia debilidad, que será la que en el futuro lleve las riendas de su vida, y contra la que luego le costará una enormidad luchar.

—Me han parecido, como ideas, muy interesantes, pero, claro, el problema es lograr que el chico las lleve a la práctica..., que no es nada fácil.

Estoy de acuerdo en que no es nada fácil, pero el proceso educativo siempre empieza por las ideas.

- Se empieza por proponer esas ideas como objetivos de comportamiento en la familia.
- Luego, los padres han de dar ejemplo de esfuerzo por mejorar en ellas.
- Es útil también hablar sobre esas virtudes, presentando ejemplos y argumentos asequibles a su edad.
- Deben irse corrigiendo las manifestaciones de carácter que sean contrarias a esas metas.
- Y, sobre todo, prestigiar esas virtudes con los diversos modos de motivación.

El niño consentido. Educación en la sobriedad

Es bastante llamativa la despreocupación con que van por la vida algunos chicos de esta edad.

A uno no le importa perder sus zapatillas de deporte en el vestuario. Casi lo prefiere, porque entonces le comprarán otras nuevas.

A otro le da igual llegar a casa y dejar todo tirado por donde pasa, porque sabe que su madre —con mayor o menor queja— irá detrás de él recogéndolo todo.

Otro quizá llegue a clase y diga que le falta un determinado libro, o el compás, «porque mi madre no me lo ha puesto en la cartera».

Y si un día sale de excursión, será igualmente su madre quien le prepare la mochila, y papá quien se encargue de ir a comprar, cual fiel vasallo, todo lo que el niño precise, mientras él reposa cómodamente.

Son ejemplos de chicos consentidos. Aparentemente, por cariño. Pero es un falso cariño, pues el daño que ese cariño mal entendido produce es enorme.

Nada impide que un chico de esta edad, por ejemplo:

- se haga él mismo la cama;
- se ocupe él mismo de mantener ordenada y limpia su propia habitación;
- ayude a poner la mesa o a hacer algunas compras o trabajos en la casa;
- se cepille sus zapatos;
- coma de (casi) todo;
- se acostumbre a no comer *entre comidas*;
- prepare las cosas para ir al colegio, o la mochila cuando va de excursión;
- ponga cada cosa en su sitio después de usarla;
- deje la ropa plegada por la noche;
- recoja algo que se ha caído si pasa por delante y lo ve;
- explique un problema de matemáticas a su hermana pequeña; etc.

—Eso me parece muy bien; pero repito que no es nada fácil de conseguir...

Son costumbres que *se respiran*. El chico tiene una gran capacidad de imitación de costumbres. Es cuestión de ir por delante, y de un poco de autoridad.

Te pongo un ejemplo. Normalmente no hará falta explicarle que debe tratar bien a las personas que nos hacen cualquier servicio. Lo ve, no hay que decírselo. Si los padres se dirigen al dependiente de un comercio, o a la chica de la ventanilla, o a la empleada del hogar, o al agente de tráfico, con la debida consideración, como corresponde, de ordinario no será preciso explicar más.

A lo largo de estos años dedicado a la enseñanza he visto episodios asombrosos de dependencia paterna o materna, y de comodonería consentida. Por ejemplo:

- madres que bañan y visten a sus hijos hasta edades que prefiero no consignar;
- o que les llevan el desayuno a la cama «porque ha vuelto muy cansado de la excursión de ayer»;
- o que hacen cola en la ventanilla de la secretaría del colegio porque el niño de doce años está muy ocupado en el recreo y no puede ir;
- o padres que pasan noches en vela haciendo láminas de dibujo que el niño no consigue hacer bien «porque el profesor es desproporcionadamente exigente»;
- y un largo etcétera que el lector podría incrementar sin mucho esfuerzo.

Ojo con el exagerado miedo a que el niño se resfríe, o que se canse, o que se separe de papá y mamá..., porque queriendo proteger tanto al «pobre hijo», le hacemos un inútil, le haremos sufrir mucho en el futuro.

*Ojo con mimarle, que es egoísmo de los padres.
Porque el mimo no es amor; en el amor te das, en el
mimo te buscas a ti mismo.*

El mimo suele encubrir egoísmo. No le llenes de comodidades. No quieras evitarle toda clase de imprevistos y dificultades. Bajo el pretexto de protección le niegas hasta las más pequeñas ocasiones de adquirir experiencia.

La palabra no también la pronuncia el amor.

Con tantos mimos, carantoñas, caricias y besuqueos... a estas alturas..., no le haces ningún bien.

*La vida resultará muy difícil a quien haya tenido una
infancia sofocantemente cómoda.*

Otro tema importante es el uso del dinero. Cuando se habla de dinero enseguida se pasa a la casuística. ¿Cómo se sabe qué es capricho y qué es necesidad? ¿Cuánto dinero debe tener? ¿Qué gastos costea él y cuáles los padres?

Sería demasiado aventurado proponer un sistema concreto. Depende mucho del estilo de cada familia.

Lo que sí parece siempre recomendable es hacer que el niño no disponga de demasiado dinero y no se acostumbre a despilfarrarlo en tonterías o caprichos. Ojo a los

refrescos, las chucherías, las máquinas tragaperras. Ojo a la acumulación de cosas que no necesita.

Es positivo que vaya administrando pronto las pequeñas cantidades que va recibiendo de sus padres, familiares, o pequeños trabajos extraordinarios en la casa. Y que aprenda a ahorrar, sin tacañerías, y conozca el valor de las cosas. Que no acabe sucediendo que *sepa el precio de todo pero no conozca el valor de nada*. Administrar el propio dinero es una escuela de enseñanzas importantes para la vida.

Pero hay algo que conviene tener en cuenta. Los recados y trabajos ordinarios en la familia son obligación de todos, sin necesidad de que medie el dinero. Premiar o castigar con dinero hace que los hijos se materialicen y acabe siendo necesario incentivar económicamente todo, y esto no es propio de una familia.

CAPÍTULO 7

*El hombre se descubre
cuando se mide con el obstáculo.*

Antoine de Saint-Exupéry

Sus estudios

Que aprenda a organizarse. Educar en la laboriosidad

Recuerdo a unos padres que organizaban las horas de estudio de su hijo hasta el detalle, le racionaban el tiempo libre con criterios muy estrictos –aunque sacaba buenas notas–, venían a ver a los profesores con inusitada frecuencia, e intervenían en todo lo que el chico pudiera hacer o decir.

Eran como sus portavoces, anulaban su personalidad. Con esa pretensión de control absoluto y de superprotección hacían pasar una notable vergüenza al chico, molesto por el riguroso cerco al que estaba sometido.

Le llevaban en coche al fútbol, porque no iban a dejarle ir solo, con la bolsa de deporte, «tal como está el mundo». Le insistían en que se abrigara, le corregían continuamente, le planificaban el descanso, le recordaban todo. Era todo un intento de meter a presión en un molde su forma de ser y sus aficiones.

Con planteamientos así no se puede pretender que el chico llegue a ser alguien responsable. Hay que educar en libertad, con una vigilancia atenta, pero que mantenga un poco las distancias. Si no, le será difícil llegar a entender –y es importante– que él mismo es quien debe estar interesado en estudiar, y encontrar el modo de hacerlo lo mejor posible.

No es difícil sustituir ese cerco de controles por motivaciones más positivas. En vez de prohibirle la televisión, por ejemplo, acordar con él un resultado concreto en el estudio. En vez de privarle de algo, sin más, hacerle ver que debe ser generoso y compartirlo con su hermano. En vez de afear tanto su mala conducta, elogiar sus buenas acciones –que las habrá– y decirle que estamos seguros de que puede ser así siempre.

Interesa dejar un amplio margen a su iniciativa personal. No podemos pretender que tenga el mismo modo de organizarse o de estudiar que tuvimos nosotros a su edad. Tiene su modo de hacer las cosas y de entender los problemas. Y a esta edad hay que empezar a respetarlo con bastante tacto, pues el exceso de imposiciones suele producir el efecto contrario: el deseo de libertad puede incluso llevarle a hacer lo que no quisiera, con tal de dejar bien sentada su independencia personal.

Debe tenderse lo más posible a que actúe bajo su propia responsabilidad. Los educadores que dejan huella –y huella de la que se recuerda toda la vida– son aquellos que saben hacer que esté en condiciones de tomar decisiones y elegir caminos cuanto antes.

Es un gran error ser posesivos o impositivos. Es mejor ir haciéndole amistosamente las preguntas oportunas sobre el porqué de sus ideas. Este modo de comportarse tiene otra ventaja: cada día se aprende algo de ellos; por eso, tener la suficiente sensibilidad para lograrlo es una tan preciada cualidad en el educador.

—Oye, que estábamos hablando del estudio.

Sí, pero el estudio es el campo en que quizá más claro puede verse todo esto. Debe aprender a organizar su tiempo y decidir sobre el mejor modo de dar cabida a todo:

estudio, descanso, aficiones, ratos de tertulia familiar, y sus encargos en la casa.

Que razone él mismo (aunque se le puede ayudar) para aplicar un orden de prioridades en las cosas que tiene pendientes. Es mejor pedirle resultados concretos y hacer el papel de observador, con una vigilancia que sea atenta y respetuosa a la vez, serena y afable a la hora de intervenir, sin caer en la tentación de pretender fiscalizarlo todo. Al chico empiezan a molestarle mucho las actitudes excesivamente paternalistas.

A veces resultará más pedagógico dejarle que se equivoque si el asunto no es grave.

Porque esos pequeños golpes son los que más enseñan al niño, ya que son consecuencia del empleo consciente de su libertad. Lo contrario produce inhibición. Si hay un exceso de *dirigismo*, el chico no termina de convencerse de que es bueno lo que le obligan a hacer, porque nunca llega a experimentar el fracaso como consecuencia de una decisión libre suya.

El principal enemigo del *dejar hacer* es la impaciencia. No en vano dice aquel proverbio turco que *la paciencia es la llave del paraíso*, pues aunque costosa, sus frutos son extraordinariamente sabrosos. Hay que aprender a esperar, cosa nada fácil, y contar con el tiempo para que mejore, sin exigir resultados milagrosos, como no los obtuvieron con nosotros nuestros padres.

Ir a las causas, sin quedarse solo en lo académico

Muchas veces queremos *curar el sarampión granito a granito*, y no puede ser. Es preciso ir a las causas. Un niño sano, a esta edad, en un ambiente normal, debe querer estudiar. Lo contrario indica alguna anormalidad.

Cuando un niño de esta edad no estudia, debe pensarse que tiene un problema, y es preciso descubrirlo cuanto antes.

Estando en contacto con su tutor o sus profesores, no es difícil saber qué es lo que pasa. Lo que no se puede es querer arreglarlo a base de remedios superficiales.

No podemos pretender arreglarlo resolviéndole los problemas de matemáticas, dictándole la redacción o haciéndole la lámina de dibujo. Ni tampoco con la comodidad de poner un profesor particular, si el problema es que no le da la gana esforzarse por atender en clase.

Las causas del bajo rendimiento escolar suelen tener mucho que ver con la falta de virtudes básicas: laboriosidad, orden, reciedumbre, fortaleza, optimismo, castidad, etc.

—¿Has dicho castidad?

Sí. Es algo que influye más de lo que parece. Son edades propicias para obsesionarse un poco con cuestiones de carácter sexual, que dificultan bastante la concentración en clase o en el estudio, crean conflictos interiores y producen turbulencias en su imaginación y en su capacidad de fijar la atención. Pero ya lo trataremos en el capítulo noveno.

Hay que enseñarles a estudiar y, sobre todo, hacer lo posible por detectar los errores educativos y actuar sobre el verdadero problema de fondo, para consolidar aquellas virtudes básicas que echemos más en falta.

—Pon algunos ejemplos más concretos, por favor.

Puedo poner ejemplos de contradicciones educativas. Seguro que algunos nos resultarán familiares a todos.

- Si resulta que come siempre lo que le da la gana, fuera de hora, y a su capricho..., luego no te quejes de que sea tan blandito que no aguante ni quince minutos estudiando.
- Si se pasa la tarde en casa en pijama, estudia tumbado en la cama, y cuando se sienta en el sofá adopta siempre posturas *hiperperezosas*..., luego no te extrañe que no sea capaz de vencer la pereza para hacer esas tareas de clase o preparar aquel examen.

Hazle luchar contra la pereza en todo; recuerda aquello de que «la pereza seduce, el trabajo satisface».

- Si se pasa el día con la cabeza en otro mundo, distraído, viendo horas y horas de televisión, escuchando música a todo volumen o absorto con sus auriculares hasta altas horas de la noche, sin exigirle que participe en el ambiente familiar..., luego no te maravilles de que sea bohemio, esté lleno de fantasías y que no logre concentrarse ni cinco minutos seguidos en clase, en el estudio, o en la lectura de ese libro que le han mandado para un trabajo del colegio.
- Si se ha pasado la vida sin guardar ningún orden, dejando tiradas su ropa y sus cosas del colegio, sin sujetarse a un horario..., bien pueden ser esas las causas de su actual descuido y desorden integral en los estudios.

Ante el fracaso escolar hay que volver la vista hacia el conjunto de la educación del chico, no solo hacia los libros, las horas de estudio y los profesores.

Es un error grave preocuparse solo de las notas. Hay padres que, cuando van al colegio, solo preguntan por el boletín de notas, las recuperaciones y el profesor de matemáticas. Piensan en la carrera que *hará* su hijo, pero no en el tipo de persona que *será*. Y no les importa si su hijo es buen compañero, o leal y sincero con los amigos.

Como padre, o como madre, debes preocuparte de saberlo. Entérate, por ejemplo, de si ya ha aprendido a dejar el bolígrafo, o los rotuladores, o la calculadora a sus compañeros de clase. Preocúpate por saber si lleva ya al colegio, para jugar con sus amigos, aquel balón que le han regalado en su último cumpleaños. No vaya a resultar que se está convirtiendo en un egoísta avaro de sus libros, sus rotuladores o su balón.

Porque las notas suelen ser muchas veces consecuencia de lo demás. Y, aunque no fuera así, ¿de qué serviría tener un hijo que es un premio Nobel si luego es un egoísta, está lleno de orgullo o es un envidioso impresentable?

—Pero no todos los problemas son siempre de falta de voluntad o de virtudes...

Cierto. Hay también, aunque con menor frecuencia, problemas de aprendizaje. Pueden ser dificultades de lectoescritura, comprensión, memoria, atención, etc., que quizá se

agudizan a estas edades. A veces se ponen de manifiesto coincidiendo con el año en que en el colegio pasan al sistema de un profesor por asignatura. Es cuestión de acudir entonces a un gabinete psicopedagógico de confianza.

Castigar es fácil; motivar es difícil

Vuelvo a insistir brevemente en la motivación y en el castigo, porque en los estudios de los chicos suelen tener bastante protagonismo.

Si se tiene verdadera autoridad, raramente será necesario castigar.

Un simple detalle, una mirada o un sencillo comentario más severo que muestre que ha actuado mal, suele ser suficiente si le hemos educado bien y con cariño. El recurso al castigo es casi siempre la solución más cómoda y socorrida, la menos inteligente.

De todas formas, si honradamente no se te ocurre mejor solución, castiga. Pero que sepas que es porque *antes* no supiste hacerlo mejor; y que *aún ahora* existen otras soluciones. Pero no lo dejes pasar si crees que hay que actuar.

Cuando uses del castigo, el chico ha de quedar siempre con la sensación de que ha habido justicia, como si hubiera perdido en un juego con unas reglas muy claras y sin trampas. La reprensión y el castigo deben ser como el eco del reproche que el niño se haga a sí mismo en el interior de su conciencia. Si no se consigue esto, su eficacia es muy dudosa.

También conviene que los castigos sean en lo posible *educativos*, relacionados con la falta cometida. E incluso *productivos*, si es posible, porque así al cumplirlo no se añade la carga de sentir que se está haciendo algo absurdo o inútil.

Por eso, si tiene desordenado el armario, se le puede decir que lo ordene antes de salir. Si llega tarde a comer, puede recoger la mesa o hacer algún otro trabajo doméstico, y descargar así de trabajo a otros. Y si las notas no han sido buenas, habrá que marcarle unos mínimos exigentes en su estudio, y deberá cumplirlos.

Motivar no equivale a premiar. Es más. Es infundir un deseo de actuar de un modo determinado: de estudiar, de ayudar a los demás, de saber, de conocer.

La clave está en lograr despertar esos buenos deseos que hay en toda persona, porque detrás de esos deseos, la educación viene sola.

Sería un error entender el premio como la mejor motivación, y más aún si fuera recompensa siempre material. Alguna vez puede ser solución, pero es grande el riesgo de entrar en la espiral de los caprichos, los regalos y las concesiones. Cualquier intento de *comprarle* en vez de *educarle* suele llevar a resultados tan malos como desafortunado y degradante es el sistema.

Multiplicar los regalos lleva a que no se valoren, y a sumergir al chico en un creciente consumismo. Usarlos como continuo cebo para obtener cualquier objetivo lleva a que necesite de ellos a cada paso. *Premiar el no ser malo no es educar motivando.*

Un chico bien educado prefiere muchas otras cosas antes que un regalo.

Valora mucho más encontrar en el momento adecuado una sonrisa, un pequeño elogio, un estímulo inteligente, unas palabras de ánimo, un sincero interesarse por lo que ha hecho. Es bueno que saboree la alegría de haber vencido las dificultades.

Cuando ha hecho esfuerzos y progresos debe saber que lo habéis visto y que estáis contentos de él.

Con los regalos no se puede sustituir lo insustituible: el trato humano, la alegría del hijo por la satisfacción de los padres al contemplar su buen hacer, y la satisfacción propia: aquello a lo que se refería Séneca cuando dijo que *el premio de la buena obra es haberla realizado*.

Diversos modos de equivocarse

La *materialización* de la motivación lleva a la insaciabilidad, o la saturación, por falta de ingenio para disfrutar de la vida sin necesidad de nuevas y costosas aportaciones.

Pronto se echa de menos una autoridad limpia que no tenga su fundamento en atender el capricho. En un colegio pueden verse numerosos casos de chicos que han sufrido este triste proceso, por desgracia demasiado frecuente.

Recuerdo unos padres que me explicaban cómo habían prometido a su hijo – medianamente listo, pero que no había dado ni golpe en todo el curso– comprarle una moto para el verano si solo suspendía *cuatro o menos* asignaturas en junio. Me sorprendía eso de *cuatro o menos*, porque no parecía una meta muy elevada, y les pregunté. «Es que –me dijeron– con *cuatro* suspensos todavía había posibilidades de que en septiembre pase curso...». Con tal sistema de motivación, el resultado fue proporcionado a la genialidad del plan. Aprobó todas menos cuatro (qué menos en un chico así), le compraron la moto (con gran sacrificio económico, y además, no una moto cualquiera, para que el chico no quedara avergonzado ante sus amigos), hizo numerosas amistades en un ambiente que no correspondía a su edad, no tocó un libro y suspendió de nuevo a la vuelta de las vacaciones las famosas cuatro asignaturas, con la consiguiente pérdida del curso. La anécdota no necesita glosa.

Recuerdo otro sucedido similar, que se refiere al remedio motivador que el ingenio de una madre vino a idear ante la falta de interés por el estudio de su hijo, también de esa misma edad. Resolvieron comprar a la criatura un pequeño aparato de televisión para su habitación, eso sí, con la promesa formal del chico de que a cambio estudiaría en adelante muchísimo más. El efecto fue inmediato y demoledor. El muchacho, con poca fuerza de voluntad, y que hasta entonces estudiaba poco, claudicó inevitablemente ante la cercana, continua y facilitada tentación televisiva, descendiendo enormemente su rendimiento escolar.

Otro error frecuente es el que podríamos denominar *incontinencia castigadora*. Unos padres contrariados porque su hijo, siempre brillante en los estudios, tiene un mal resultado académico, y vuelven a casa con el boletín de notas, envalentonados tras una

enardecida conversación con su profesor en el colegio. Nada más llegar, dan al chico una solemne explicación de lo que va a ser el castigo que ha merecido. Disertación que por lo grandilocuente no desentonaría nada en una intervención parlamentaria. Le explican que no se va a mover de casa para nada, que se acabó la televisión, que no habrá cine ni salidas con sus amigos, que se queda sin *paga* semanal, y que se despida de la prometida bicicleta para el verano. Y que además, el castigo seguirá así, sin relajación alguna y sin posible remisión, hasta que lleguen las notas de junio, dentro de cuatro meses.

Después de un episodio semejante, lo más probable es que se produzca una de las dos siguientes situaciones.

La primera y más corriente es que efectivamente haya una relajación del castigo y se vayan sucediendo las escenas de *hacer la vista gorda*: la abuela cede por un lado, mamá por otro, un *secretito* de papá (cuántas veces muestran menos fortaleza los padres que las madres), y el niño, que no es tonto, acaba por superar, una por una, todas las barreras impuestas. De este modo se va erosionando el prestigio de los padres, que con los años acabarán teniendo que batirse en defensa numantina de las ruinas de una autoridad prácticamente destruida. Podríamos definir este efecto como *inconstancia sancionadora*.

La segunda posibilidad, propia de padres más tenaces, es que la larga duración del castigo –que al chico se le antojará interminable–, así como la imposibilidad de su remisión, corten radicalmente su esperanza. Este segundo efecto podría llamarse *irrevocabilidad sancionadora*. Con ella suele perderse el efecto pedagógico que debe buscarse en todo castigo, y acaba siendo contraproducente.

La enseñanza de este sucedido es clara: hay que dar posibilidad de remisión del castigo, basada en exigencias concretas de mejora personal; que no sea demasiado prolongado en el tiempo; y que de verdad estemos dispuestos a hacerlo cumplir. O, mejor aún, no castigar la primera vez, tener una conversación exigente y animante –examinando las causas del tropiezo–, y confiar en que mejorará, puesto que era un buen estudiante.

Un último ejemplo referido a los castigos físicos. Recuerdo la vergüenza ajena con que vi en una ocasión a una madre en la triste situación de correr detrás del hijo que huía del castigo corporal. Aparte de un espectáculo penoso, es muestra muy sintomática de una autoridad ya casi perdida. No se debe pegar, y quienes tengan que llegar a hacerlo habrán de ser conscientes de que es consecuencia de una larga acumulación de errores en la educación del chico y en la autoridad de los padres. Suele ser consecuencia de la irritación y de la pérdida del dominio de sí mismo.

—¿Por qué no resumes algunos consejos sobre los estudios?

Sin pretender ser exhaustivo ni descalificar otros criterios, propongo los siguientes:

- que aprenda a organizarse: que prepare sus libros para ir a clase, tenga ordenadas sus cosas, vea como distribuir su tiempo y se haga su horario;
- no pretendas fiscalizarlo todo, que es peor; haz lo posible para que comprenda que él es el interesado en ser un buen estudiante;

- si no estudia, investiga las causas, sin reduccionismos simplistas; hálalo detenidamente con su tutor y sus profesores;
- investiga un poco también sobre sus amigos y su integración en la clase;
- si tiene detalles de falta de reciedumbre o de capricho, no se los consientas;
- ojo con la televisión (o con los videojuegos, o con internet), y que no tenga receptor en su habitación;
- nada de aprobados a cambio de bicis o motos;
- usa lo menos posible del castigo; y, si tienes que hacerlo, que no sean castigos absurdos; que los cumpla y que sepa el modo de conseguir el perdón.

**PARA PENSAR
PARA ACTUAR...**

Para recordar...

Hazle comprender que
los grandes enemigos de la felicidad
son el egoísmo y la soberbia.
Que sepa buscar la felicidad de los demás,
que es, además,
el camino más directo
para lograr la propia.

Si lleva una vida
sofocantemente cómoda,
luego será difícil exigirle.
Acostúmbrale a convivir
con un cierto nivel de dificultad.

Para pensar...

No dejes que la televisión,
los videojuegos o internet
sean quienes «eduquen» a tu hijo.

La palabra «no»
también la pronuncia el amor.

Para leer...

Gerardo Castillo, Los estudios y la familia,
Col. Hacer Familia, nº 9. Ed. Palabra.

Teresa Artola, Situaciones cotidianas de tus hijos de 6 a 12 años, Col. Hacer Familia, nº
53. Ed. Palabra.

Para hablar...

Charlar de modo distendido con cada hijo, sobre cómo emplea el tiempo libre, y ver cómo estimularle a sacar más partido a su talento.

Plantear una conversación entre los padres sobre el nivel de autodominio de cada hijo, y cómo ayudarle..

Para actuar...

SITUACIÓN:

Susana es viuda desde hace siete años. Su marido falleció en un accidente de tráfico, y de la noche a la mañana se encontró sola con sus tres hijos pequeños (que ahora tienen ya nueve, once y trece años). Estos años le han hecho saber bien lo que cuesta sacar una familia adelante. Las cosas le han ido bien, dentro de todo, pero está preocupada porque sus hijos empiezan a fallar en su rendimiento académico. Se ve que hasta entonces la exigencia escolar era menor, pero ahora, al avanzar los cursos, empiezan los problemas.

OBJETIVO:

Ganar en laboriosidad.

MEDIOS:

Mejorar la organización en los estudios.

MOTIVACIÓN:

Aquel día, durante la cena, sacó este tema, con un talante todo lo positivo que pudo. Les habló de la ilusión de ser profesionales brillantes, de ser personas muy competentes para prestar un buen servicio a la sociedad y sacar adelante con desahogo a sus futuras familias, de ilusión por tener una cultura amplia, por saber de tantas cosas tan interesantes que nos rodean. Le sorprendió que le escuchaban con más interés de lo que ella esperaba.

HISTORIA

Al terminar, en un rato de sobremesa muy animado, acordaron varias cosas. La primera es que tenían que respetar todos un horario que permitiera el silencio necesario para estudiar bien: por lo menos, las dos horas siguientes a la merienda (lo cual suponía que a esas horas no se ponía música ni televisión). También quedaron en ayudarse entre ellos siempre que pudieran. La madre se mostró dispuesta a refrescar viejos conocimientos de sus años escolares y a ayudarles a seguir la buena marcha de sus tareas.

No tardaron en descubrir que una cosa es proponerse algo, y otra muy distinta llevarlo a la práctica. Fallaron algunos días, y tuvieron que proponérselo de nuevo. La madre se dio cuenta de que era la que más tenía que esforzarse, pues notaba que a ella le costaba más no ceder que a sus hijos perseverar en el estudio.

RESULTADO

Los frutos llegaron en pocas semanas. Se ponían a estudiar a hora fija. La madre les preguntaba en voz baja a cada uno, y a veces les explicaba alguna cosa. Esas explicaciones las hacía en otra habitación, para no distraer a los demás, y a raíz de eso

siempre salían conversaciones interesantes, en las que sus hijos le contaban cosas de su clase, de sus amigos, e iban saliendo cosas más personales, de mayor confianza. Fue así cómo se dio cuenta de que los chicos son los que más ganas tienen de sacar buenas notas, de llevar los estudios con soltura, de saber muchas cosas. Cuando los estudios no van bien es por algo, y hay que descubrirlo. Por ejemplo, se dio cuenta que uno de ellos no tenía bien graduada la vista y no veía bien la pizarra, y que otro estaba atemorizado por un compañero que le pegaba. También advirtió que tenían una gran capacidad de ilusionarse cuando las cosas empezaban a ir mejor: una buena nota después de una racha de malas notas es mucho mejor estímulo que cualquier regalo o castigo. Con este plan, la familia estaba más unida, las notas eran mejores, y a todos les parecía que conseguían estudiar mucho más que antes y, sorprendentemente, cansarse mucho menos.

CAPÍTULO 8

*Trata a un hombre tal como es,
y seguirá siendo lo que es;
trátalo como puede y debe ser,
y se convertirá en lo que puede y debe ser.*

Goethe

Educación de la afectividad

Un equilibrio adecuado. El caso de Mario

Recuerdo una anécdota que se desarrolló durante el segundo plato de la comida de un caluroso día de campamento.

El muchacho que tenía a mi izquierda –Mario– prefirió no servirse carne, pero lo compensó poniéndose prácticamente todas las patatas fritas que había en la fuente, que no eran pocas. Al instante, comenzaron las protestas de los chicos que aún no se habían servido, al ver que con toda probabilidad se iban a quedar sin patatas fritas.

No habría pasado de ser un sencillo conflicto infantil inmediatamente olvidado, si no fuera por el diálogo que siguió. Ante la leve llamada de atención que hice a su actitud, Mario, con gran naturalidad y un tono un tanto ingenuo, contestó: «es que no me gusta la carne».

Intenté explicarle que, independientemente de que no le gustara la carne, pensara que iba a dejar sin patatas fritas al menos a dos de sus compañeros de tienda, y que debía pensar en los demás. Me miró como si yo fuera un extraterrestre y, con bastante candidez y extrañeza, objetó: «¿No querrás que coma carne si no me gusta, no?».

El pobre chico estaba desconcertado: ni se le pasaba por la cabeza la posibilidad de hacer algo opuesto a sus gustos, independientemente de cuales fueran las consecuencias para los demás.

El caso es que Mario era un buen muchacho. Su problema era que había recibido una educación que casi le incapacitaba para hacer algo contrario a lo que le apeteciera. *No es que le costara mucho; es que ni se le pasaba por la cabeza.*

Hay muchos chicos de diez o doce años que son como Mario, víctimas de ese sentimentalismo infantil tan egoísta y de tan poco calado. Suele quedar caracterizado por frases como «es que no me apetece», o «eso me aburre, es un rollo», dichas con sorprendente frecuencia y, sobre todo, de manera que con eso se consideran sobradamente justificados para no cumplir su deber.

Cuando el chico solo actúa a remolque de satisfacciones materiales, entra en una dinámica de gran dependencia de los estados de ánimo. Se dan respuestas cambiantes ante los diversos estímulos. Falla la voluntad. Aparece como un ingenuo deseo de prolongar indefinidamente las diversiones y la falta de responsabilidad de la infancia.

Es decisivo infundir en el chico fuerza de voluntad y deseos de superar ese sentimentalismo. De lo contrario, irá sustituyendo el uso de la razón por esa brumosa multitud de sensaciones que acaba por asfixiar la propia libertad, pues la incapacidad de controlarse a sí mismo es la peor de las tiranías.

Los educadores solemos percibir enseguida este problema, y muchas veces la primera reacción es intentar proteger las mentes de los chicos frente a los sentimientos, en vez de frente al sentimentalismo.

Sin embargo, «por cada alumno que necesita ser protegido de un frágil exceso de sensibilidad –señala C. S. Lewis–, hay tres que necesitan ser despertados del letargo de

la fría mediocridad. La correcta precaución contra el sentimentalismo es la de inculcar sentimientos adecuados». Porque un corazón duro no es protección infalible. Sin la ayuda de los sentimientos, bien orientados, su intelecto es débil frente al ambiente.

Ahora aprenderán impulsados por motivos más afectivos; después, sabrán hacerlo porque es su deber.

La conclusión es, pues, inculcar sentimientos adecuados, más que hacerles voluntaristas, rígidos o espartanos. Hay muchos sentimientos positivos que inculcar: lealtad, respeto a la verdad, honradez, solidaridad, compasión, proteger o ayudar al más débil, tener buen corazón, superar la mediocridad, tener deseos de buena emulación, respetar la naturaleza, etc. Muchos han salido ya. Otros los veremos luego con más detalle.

Que tengan corazón. Lección de una madre

«Un día, al poco de llegar a Burgos, sería en octubre del treinta y seis, salíamos Alejandro y yo del hotel, camino del colegio, y contemplamos una escena que no se me olvidará nunca».

La narración es un recuerdo autobiográfico de Juan Antonio Vallejo-Nájera, y podemos sacar de él una enseñanza interesante.

«Caía una lluvia copiosa y fría, y dos niños, de unos doce y seis años, se refugiaban debajo de un paraguas. Iban de luto. Pantalones cortos negros, camisa, calcetines, jerseys y abrigos del mismo color. Estaban rodeados por otros cuatro chicos y uno de ellos, mayor, les insultaba en voz queda, pero con un odio que yo no había tenido ocasión de detectar antes. Los enlutados se estrechaban contra la pared y el más pequeño, asustado, lloraba. El mayor de los agresores les golpeaba y el del paraguas procuraba defenderse con él. El hermano pequeño se agarraba a su cinturón, gimiendo. Le desgarraron la tela del paraguas, le rompieron la mitad de las varillas y el chico que lo llevaba comenzó a emplearlo, como espada, embistiendo al matón al tiempo que le gritaba: “Hijo de ...”. Yo nunca había oído esa expresión y contemplaba la escena sobrecogido. A su vez, mi hermano Alejandro se agarraba a mi mano y vi que le corrían las lágrimas. Por fin pudieron zafarse y el matón, cuando huían, les gritó: “Lo tenía bien merecido tu padre, por rojo y por...”. Luego supe que esos chicos enlutados eran hijos de un fusilado al principio de la guerra.

»Al regreso del colegio se lo conté a mi madre, una rubita insignificante y provinciana... en apariencia. “Deben de ser de los malos”, le comenté como resumen. “Mira, Juan Antonio –me dijo–, esos niños no tienen la culpa de nada, y no olvides que las tragedias son tragedias para todos, buenos y malos. Y cuando veas sufrir a alguien, sea quien sea, procura ayudarle”. Mi madre, según me decía esto, tenía que contener las lágrimas. No he olvidado ni el llanto reprimido ni el consejo».

Estas lecciones de madre recibidas desde muy joven no se olvidan. Son testimonios personales insustituibles con los que un padre o una madre transmiten esos sentimientos de persona de buen corazón.

El chico ha de sentirse afectado por el sufrimiento de los demás, ha de desear ayudar a quien lo necesita, consolar al que está triste, acompañar al que ha sido despreciado, perdonar a quien le ofendió, querer a todos.

Lo aprenderá con ejemplos en la propia vida de los padres, que son los ejemplos que dejan huella más profunda.

No es infrecuente encontrar, en un chico de esta edad, sentimientos sorprendentes de falta de buen corazón, que suelen tener su raíz en una inadecuada formación. Pueden advertirse en:

- la saña con que se pelea con su hermano o con un compañero;
- en la dureza con que habla de un profesor o un amigo;
- en su falta de compasión ante la desgracia ajena;
- en los deseos de venganza, o en el resentimiento ante ofensas reales o supuestas;
- en la indiferencia manifiesta ante el dolor de otros; etc.

Debe afearse esa conducta, sin dejar pasar la ocasión, cuando afloren estas actitudes o reacciones inconvenientes.

—A veces se les ve un deseo de acaparar cosas, de guardar pequeños tesoros bajo llave, o un cierto celo en que nadie curioseee su armario...

Puede ser positivo, porque aprende así a cuidar sus cosas, y porque se desarrolla su intimidad. Pero hay que estar atento para que no anide en él la estrechez o la roñosería. Debe fomentarse que preste sus juguetes, regale a otros algo que quizá ya no necesita, colabore con sus ahorros a un regalo familiar, etc.

Será bueno también que tome contacto con el sufrimiento ajeno —con la debida prudencia y sin impactos excesivamente fuertes—, pues es positivo que sepa que hay gente que no tiene lo que él sí tiene, que hay gente que sufre por falta de atención, que vive en soledad, que apenas recibe cariño.

Los padres han de hacerle reflexionar sobre ello, pero sin caer en el extremo contrario de una saturación que le insensibilice y pase a considerarlo como algo normal ante lo que nada puede hacerse.

Es muy positivo que vea la preocupación de sus padres ante la mendicidad o la pobreza, y que note su generosidad en detalles bien concretos: una limosna significativa en la iglesia o a una labor benéfica es toda una escuela de formación para el chico.

Será oportuno que los padres comenten con acierto —sin agobiarle— las desgracias de personas cercanas, para que sepa valorar lo que él tiene y preocuparse más de los demás. A veces convendrá sugerirle que se prive de algo propio —de parte de sus propios ahorros, por ejemplo— para remediar en algo la indigencia ajena. Como decíamos antes, por cada uno muy sensible al que no hay que agobiar, hay al menos tres insensibles a los que conviene despertar.

Así descubrirá, porque lo ve hecho vida en sus padres, la alegría de dar y de compartir, la felicidad que nace de una generosidad que no entiende de intereses, la satisfacción de prestar sus cosas sin llevar cuenta estrecha, y tantos otros valores que

deben ir prendiendo en su carácter y en su modo de ver la vida. Es preciso inculcar en el chico esos buenos sentimientos. Porque, si no, luego nos quejamos sin razón. «Extirpamos el órgano –vuelvo a citar a C. S. Lewis– y exigimos la función. Hacemos hombres sin corazón y esperamos de ellos virtud e iniciativa. Nos reímos del honor y nos extrañamos de ver traidores entre nosotros. Castramos y exigimos a los castrados que sean fecundos».

Habrà que ir puliendo –con razones que se dirijan a un tiempo al corazón y a la cabeza– la dureza de sus afirmaciones, su tendencia a juzgar precipitada y apasionadamente, su radicalidad y su incipiente fanatismo, su carácter excesivamente impulsivo, y tantas otras cosas.

Enseñar a perdonar. Otra madre ejemplar

«Soy la madre del “nuevo muchacho muerto en la Castellana” y te aseguro que él no “se estampó con su moto contra un automóvil”».

Es una carta de una madre –publicada en un diario madrileño–, que se dirige a un periodista que trató con poca fortuna una noticia muy dolorosa para ella.

«Agustín iba tranquilo por su carril cuando un BMW conducido por un extranjero borracho le adelantó por la derecha girando delante de él. Naturalmente que mi hijo se estampó contra su coche y al caer al suelo el vehículo le pasó sobre las piernas y el brazo. En la foto se puede ver. Los clientes de Castellana 8 lo querían linchar cuando metió la marcha atrás para huir. Yo no estaba ahí. Me lo han contando los testigos presenciales. Agustín es efectivamente un cadáver hoy, pero no porque se jugara alegremente la vida. Creo que hay que tratar con más respeto el dolor inmenso de unos padres, hermanos y amigos del mundo entero –repito, del mundo entero–.

»Infórmate con seriedad y responsabilidad de este “muchacho muerto en la Castellana”. Me alegro de que me hayas dado la ocasión de expresar públicamente que no tengo que perdonar a las personas que me han arrebatado a mi hijo porque no tuve, gracias a Dios, ni un minuto de odio. A esta joya de hijo lo he considerado un regalo que me prestó Dios durante treinta y un años y que llegó el momento de devolvérselo».

Todo un testimonio de una mujer con entrañas de misericordia y que con toda seguridad había enseñado a sus hijos a perdonar como ella lo hacía ahora.

El chico sabrá perdonar si nos ve perdonar. Y para educarle bien ha de aprender a perdonar, entre otras razones porque tendrá que perdonarnos muchas cosas.

Será necesario promover en la familia toda una dinámica que haga del perdón algo natural. Tan natural que no sea necesario explicar a los hijos por qué se debe perdonar.

La facilidad para perdonar es algo que se respira en una casa. Y la resistencia a hacerlo, más todavía. Tu hijo lo nota, porque te observa continuamente. Revisa tu forma de actuar.

Debes decidirte a perdonar, pero al tiempo debes decidir olvidar. Hay quien dice que perdona, pero no olvida, pero quizá eso no sea perdonar. Depende de qué se entienda por

«no olvidar». Ha de desaparecer el resentimiento, sin esperar a que suceda espontáneamente, porque no siempre sentiremos el instinto natural de perdonar.

La ofensa es como una herida, y el perdón es el primer paso en el camino hacia su curación, que puede ser larga. El perdón no es un atajo para alcanzar la felicidad, sino una larga senda que hay que recorrer.

Si alguna tensión familiar, o profesional, o con los vecinos, nos preocupa y nos molesta, hemos de resolverla. Y si el chico es consciente de ella, tiene que ver que busquemos la reconciliación y evitamos el desafuero y los enfados. No es que no te puedas desahogar, es que debes ser prudente en esos momentos.

Hay que saber perdonar y comprender, y también saber entenderse. Muchas cosas se resuelven simplemente con hablarlas con calma y sobre todo –no es una simpleza decir esto– con deseo de que se arreglen.

El problema otras veces no está en el enojo momentáneo, sino en el resentimiento y en la amargura que fraguan por dentro y que rehusan el perdón.

A lo mejor un amigo te ofende, y desechas su amistad en vez de buscar remedio a ese suceso. O tu hijo te dice algo poco oportuno en un momento de enfado, y le retiras el saludo toda la semana, en vez de perdonar su inoportunidad, que a lo mejor no ha sido culpable. O tu marido no te ayuda en determinadas tareas, y en vez de decírselo –quizá lo hiciera de mil amores– andas furiosa de un lado para otro.

Así no se puede pretender arreglar las cosas. Has de buscar una salida.

Reconocer los errores consolida la autoridad

En la década de los noventa, la empresa *Toyota* lanzó al mercado norteamericano su modelo *Lexus LS400*, un sedán de lujo destinado a competir directamente con *Mercedes* y *BMW*.

Pues bien, cuando solo habían pasado tres meses desde el lanzamiento del vehículo, la empresa reclamó todas las unidades que había vendido hasta entonces, para repararlas por un defecto en la luz del freno y en el mecanismo del cambio de marchas.

En una acción sin precedentes, los 8.000 vehículos vendidos en Estados Unidos fueron recogidos en los domicilios de sus dueños, reparados, lavados y devueltos a sus propietarios. Para ello fue preciso hacer costosos desplazamientos de equipos de mecánicos, alquilar o habilitar talleres, y hacer un esfuerzo de buena atención, aunque fueran pocas las unidades vendidas en esa zona, como por ejemplo en *Grans Rapids* para solo 10 clientes.

«Vimos esto como una oportunidad de cimentar nuestra relación con el cliente ya desde el principio», dijo Dave Illinworth, director general de Lexus en USA. Los resultados no pudieron ser mejores. Lo que en principio parecía el mayor desastre comercial en la historia del automóvil se convirtió en una de las campañas de imagen más eficaces de cuantas se han llevado a cabo.

Esta anécdota puede servir para mostrarnos también las ventajas de reconocer a tiempo los errores y apresurarse a ponerles remedio. Y esto es válido para el chico igual que para los padres.

La firmeza al mandar no debe entenderse como rigidez inapelable. A veces somos rígidos porque estamos inseguros.

Tenemos que saber hacer excepciones en su momento, para no transformar la vida familiar en algo deshumano. Acostumbrarnos a variar una orden cuando sea preciso. O admitir que no teníamos una información suficiente y que un nuevo dato nos ha hecho cambiar de opinión.

No debe olvidarse que reconocer los errores consolida la autoridad.

Porque, como bien dice el refrán, *de sabios es rectificar*, y así se contribuye a incrementar ante los hijos el prestigio de ecuanimidad de los padres.

Pierde el miedo a pronunciar frases como: «pues tenías razón»; «efectivamente, no lo había pensado»; «ahora que lo dices, me parece buena idea»; etc. Prueba a practicarlas.

Es una gran cualidad saber escuchar el consejo o la amable corrección del amigo leal. No ser de esos a quienes no se les puede hacer ninguna observación porque siempre lo toman a mal. El hombre sensato admite esa ayuda, y guarda un especial afecto y estima a las personas que han tenido el valor necesario para advertirle de algo que en él no iba bien.

Enseñar a pedir perdón. El caso de David

Hace ya un tiempo, en una de las primeras conversaciones de tutoría, David, un muchacho rubio de doce años, me explicaba con vehemencia cómo su padre no le comprendía en absoluto, no había vez que no le llevara la contraria, parecía empeñado en humillarle siempre, no le escuchaba...

Era un relato desolador. Continuaba contando cómo su padre, con el que antes jugaba al tenis cada semana, ahora nunca le llevaba con él. Cada frase iba describiendo con más crudeza una imagen más desgraciada de su vida en medio de un tremendo infierno familiar. Era algo que clamaba al cielo. ¿Cómo era posible que hubiera padres así?

Aquella misma tarde hablé con su padre. No parecía tan terrorífico como lo describió David. Mantenía en mi memoria los duros juicios del chico y pensé hablarle de ello directamente, pero la experiencia y la intuición me recomendaron escuchar primero, que siempre es más prudente. Empezamos a hablar y entramos enseguida en materia.

El relato de aquel hombre coincidía bastante con el de su hijo, pero... ¡era también en primera persona! Algo realmente asombroso. Se quejaba con amargura de que David ya apenas le hablaba, que antes le escuchaba todas las historias que él contaba pero que ahora no mostraba el menor interés, que le contestaba siempre mal, que «incluso, fíjate –decía–, ya no quiere jugar al tenis conmigo...».

Cuando le dije que David se quejaba de algo parecido, y que quizá sus quejas tendrían algún fundamento, no cedió ni un milímetro.

La realidad es que ambos eran muy parecidos. Me vino a la cabeza aquello de que *de tal palo, tal astilla*. Ambos eran orgullosos, con ese orgullo poco agresivo pero muy

refinado e inflexible. Ambos se atribuían radicalmente la razón sin mezcla alguna de culpa. Ninguno quería rectificar, porque ninguno de los dos se sentía culpable en nada. Esperaban que fuera el otro quien tomara la iniciativa y se disculpara, ya que ninguno era capaz de reconocer culpa de nada.

Este tipo de problemas son algo corriente, pero con esa terquedad, ya no tanto. Era un callejón sin salida. Con el tiempo las cosas se arreglaron un poco, pero difícilmente David y su padre llegarán a ser personas que se traten con confianza, ni se podrá hablar de éxito en la educación.

Cuando alguien tiende a pensar que tiene *toda la razón*, sin sombra alguna de culpa, y que lo que le han hecho es absolutamente intolerable..., entonces, precisamente entonces, es fácil que no tenga ninguna razón. La soberbia es así.

Casi siempre, la mejor solución es pedir perdón, aunque cueste hacerlo y se tenga un alto convencimiento de la propia inocencia.

Hay que ejercitarse en darle entrada en la cabeza, con sinceridad y valentía, a esta pregunta: ¿no tendré yo también bastante culpa?

Es fácil que el chico piense que tiene la razón, y probablemente le corresponderá una parte de ella, quizá una buena parte. El mundo no se divide en buenos y malos, ni en culpables e inocentes absolutos. Las culpas suelen estar bastante repartidas. A nosotros nos corresponde siempre algo de culpa. Quizá pensamos que poca, pero a lo mejor no es tan poca.

Siempre que he visto al que tiene menos culpa adelantarse a pedir perdón, he comprobado cómo el más culpable quedaba desarmado y reconocía la culpa como suya.

Por eso, cuando una situación parece que no se va a resolver nunca, porque tanto él como tú creéis tener toda la razón, tienes que ser lo suficientemente humilde e inteligente como para reconocer ese poco de culpa, e incluso pedir perdón por ello, y adelantarte, tender la mano y perdonar.

Educar para el amor, ahora

Tu hijo está entrando tímidamente en un período cronológico de interés por los grandes proyectos. Empieza a salir mucho más de sí mismo. Dentro de poco barruntará el amor, sentirá deseos de entregarse a ideales elevados, de arreglar el mundo, de ser pionero de grandes iniciativas.

Son ideales que, a los ojos de los adultos, muchas veces parecen ensoñación juvenil, pero que constituyen el empuje de las nuevas generaciones, y que dan esa altura de horizontes y esa magnanimidad propia de la gente joven que ha recibido una buena formación.

El adolescente tiende a *entregarse*, a vivir apasionadamente todo. En los años previos es preciso prepararle para que esos deseos de entrega y de amor no se perviertan en ninguna de sus facetas.

—**¿A qué cosas te refieres, por ejemplo?**

Por ejemplo, a prepararle para el amor matrimonial.

—**¿Y no es muy pronto para pensar en esas cosas, cuando el chico tiene solo diez o doce años?**

No creas que es tan pronto. La razón es la misma de siempre: aunque es algo que concierne de modo más directo a edades superiores, un tratamiento excesivamente tardío o ingenuo de estas cuestiones tiene luego difícil arreglo.

Debe acertar a captar ahora, cuando todavía no está despierto en él con toda su fuerza el instinto sexual, la naturaleza de ese amor humano.

Para lograrlo debe prestarse una gran atención a la educación de la afectividad. Una educación en la que el chico pueda ya intuir cómo dos seres humanos dan y reciben amor. En la que comprenda que el sexo pertenece a la intimidad humana y que debe ejercerse en el marco de una donación personal.

No olvides que tu hijo está expuesto a toda una corriente de planteamientos inadecuados en relación con el amor y la sexualidad, en los que todo esto se difumina. Es testigo constante de formas de vivir presididas por una fuerte *sexualización del amor*. Se le presentan con frecuencia estilos de vida en los que hay mucho de sexo y poco de amor, en los que el contacto sexual fácilmente acaba siendo una simple búsqueda de placer, un intercambio de sexualidad, un sucedáneo del amor alejado del verdadero amor.

Puede este planteamiento parecer una exageración, pero la experiencia muestra que no lo es. La relación sexual fuera de su contexto natural acaba desnaturalizando la afectividad y haciendo que el amor quede diluido en un dar vueltas alrededor de uno mismo buscando la propia satisfacción. Se trivializa el amor, se rebaja al nivel más vulgar. El ansia de sexo acaba presidiendo esas relaciones, impidiendo profundizar, ocultando muchas de las posibilidades de un noviazgo bien planteado.

—**Oye, que tiene doce años y no tiene novia..., ni creo que esté en edad de tenerla.**

Estamos de acuerdo en que sería demasiado pronto, pero tiene que irse preparando. Porque si entiende el amor al estilo de muchas de las series de televisión de mayor audiencia, puede acabar viendo a la mujer como un instrumento de placer o, cuando menos, imbuirse en un mundo irreal donde hay un modelo de vida en el que todo es fiesta, risa y novelilla rosa, donde «lo importante es que te lo montes bien caiga quien caiga», y donde quien no funcione así «es que no sabe vivir y es un amargado». Todo eso acaba por formar en el chico una idea del amor frívola y superficial.

—**Bien, supongamos que lo entiende ahora, a los doce años. Pero luego, cuando llegue la crisis de la adolescencia no le será tan fácil verlo así.**

No cabe duda que no le será fácil. Y esa es precisamente una de las mejores razones para esmerarse en la preparación previa. La tendencia sexual es fuerte. A los once o doce años aún suele estar latente, pero puede surgir con mucha intensidad en cualquier momento, y ha de estar preparado y con la idea clara de que la dignidad afectiva humana debe hacer que el sexo quede subordinado al amor maduro y a los valores de la persona. También en esas lides irá templando su personalidad.

El éxito del chico en su futura singladura matrimonial depende en mucho de esa correcta educación sexual de ahora, y de su fortaleza por mantener unos principios firmes ante las actuales facilidades para consumir sexo. Lo trataremos más despacio en el próximo capítulo.

—**¿Y ves tanta relación con el futuro en lo que sucede ahora, tan pequeño?**

Es algo constatable. Los efectos de estos errores no tardan muchos años en aparecer, en forma de defraudamiento sentimental a causa del sexo, desequilibrios afectivos, conductas sexuales patológicas, embarazos inesperados, matrimonios inestables, etc. Son situaciones reales propiciadas por planteamientos de partida equivocados. Confirman eso de que *todo espíritu apartado de su orden natural vendrá a ser su propio tormento*.

—**Pues no parece que sea algo tan claro, si hay tantos que no lo entienden así.**

Es una de las muchas cosas que son quizá corrientes, pero no normales. Ya sabes que es distinto ser normal que hacer las cosas simplemente porque las hacen muchos.

Como consecuencia de la intensa exposición a mensajes y reclamos relacionados con el sexo, es fácil que una persona normal se sienta anormalmente acosada y le sea difícil entender y desarrollar de forma correcta su vida sexual.

Esto es lo que le puede suceder a tu hijo, y tu obligación —por la importancia que el tema tiene para su felicidad próxima y futura— es hacerle tomar conciencia de la importancia de autoeducarse correctamente en esta materia. Aunque sea poco corriente, eso es lo normal. Ser minoría no importa, porque la fuerza está en la verdad, no en el número.

Esta toma de conciencia personal (que a estas edades puede llevarle ya a una no pequeña exigencia propia ante los frecuentes reclamos de la lujuria), precisa del auxilio de los padres, que deben lograr no exponerle ingenuamente a tentaciones que serían una temeridad.

Los frutos que produce el haber entendido bien esta realidad, aunque difíciles, compensan con creces el esfuerzo. La castidad es posible y hace posibles muchas cosas, por muy desprestigiada que pueda estar ante quienes no alcanzan a apreciar un sentido más alto de la sexualidad.

Se descubren valores hasta entonces desconocidos, se profundiza en el sentido de la fidelidad y del amor limpio, se eleva la mirada por encima de la inmediatez del placer y de la atadura de la pasión mal dominada. Una senda no siempre muy transitada, pero que es la adecuada a la naturaleza humana y conduce a la felicidad.

Para que tu hijo entienda lo que debe ser el amor, nada tan eficaz como que lo vea encarnado en sus padres. Que aprenda lo que es la fidelidad, perseverar en el amor, el

sentido de comprometerse para toda la vida, el amor como entrega y sacrificio, viéndolo hecho realidad en casa cada día.

PARTE TERCERA “C”

*El hombre se autorrealiza
en la misma medida
en que se compromete al cumplimiento
del sentido de su vida.*

Viktor Frankl

EDUCACIÓN DE LOS AFECTOS Y LOS VALORES TRASCENDENTES

CAPÍTULO 9

*El amor solo se da
entre personas virtuosas.*

Aristóteles.

Educación sexual

¿Cómo se logra la naturalidad?

La educación sexual es algo que debe darse fundamentalmente en casa, que compete en primer lugar a los padres. Una tarea de la que no debes desentenderte. No digas que es cosa de ella; ni tú, que de él.

—Pero yo no sé explicarme bien. Es un tema muy delicado y será mejor dejarlo en manos de alguien experto...

No importa que no seas un gran orador ni un gran experto. Eres su padre, o su madre, y eso es lo importante, porque a los padres corresponde abordar estos temas y dar una respuesta oportuna y clara a las cuestiones que el chico plantee.

Además, no es tan difícil. En este libro aprenderás un poco, pero hay muchas más formas de aprender. Te saldrá mejor de lo que imaginas. Será fácil si has sabido ganarte la amistad de tu hijo.

—Es que, mira, precisamente ese es uno de los problemas...

Pues ésta es una buena forma de empezar a resolverlo, porque hablándole de cosas serias, que le interesan, aumentará tu confianza con él. Puede ser un paso importante en ese afianzamiento de vuestra amistad.

—Pues yo creo que cuando hable con mi hijo de estas cosas, le va dar bastante apuro expresarse con naturalidad...

A lo mejor tienes tú más apuro que él, y quizá seas tú quien se encuentre un poco incómodo si no tienes costumbre de hablar de estos temas con naturalidad. Los niños muestran curiosidad desde pequeños por las cosas relacionadas con el origen de la vida, y hacen preguntas en ese sentido. Son los mayores quienes proyectan lo turbio de su propia sexualidad en la pregunta del niño, en la que normalmente no hay sino curiosidad sencilla, pasmo, sorpresa o, como mucho, una ligera picardía.

Si los mayores no obran con naturalidad, el chico caza al vuelo que en su pregunta hay algo raro, que no se le contesta de la misma manera que otras veces, e incluso que a veces no se le contesta. Entonces la curiosidad aumenta, y como sabe que en sus padres no va a encontrar respuesta adecuada, pregunta por otro sitio. Y le llega el descubrimiento a través de otras personas que, casi siempre, lo hacen de forma maliciosa, o ruda, causándole una impresión que será difícil borrar y que, en muchos casos, puede influir negativamente en su vida afectiva y moral.

Hay que saber ponerse a su nivel, contestar a todas sus preguntas, y facilitarle que hable con confianza.

A esta edad está muy receptivo ante estos temas, y muy interesado. No rehuirá —al contrario— una conversación orientadora. La táctica del silencio es siempre deplorable.

Te recomiendo también que, como es algo tan vinculado al mundo afectivo de cada persona, lo trates de modo individual. Y cuando hay que entrar en más detalle, nadie mejor que papá para explicar todo al chico, con palabras que entienda, y mamá a la chica. De modo personal, a la edad adecuada y con naturalidad.

—**¿Y cuándo?**

Aprovecha las ocasiones más favorables.

Y las ocasiones más favorables de ordinario se presentan cuando el niño hace preguntas sobre estos temas.

A lo largo de este capítulo irán saliendo ejemplos. Si tienes dudas, trata el tema con el preceptor o tutor del chico, o con otra persona sensata y de buen criterio que le conozca. Si esa persona tiene ascendiente sobre él, te podrá ayudar a completar esa conversación...; pero solo *completar*, no quieras desentenderte de esa responsabilidad como padre o como madre.

No seas ingenuo: es mayor de lo que parece

Es curioso observar con qué facilidad algunos padres olvidan los problemas sexuales de su propia infancia y ven a sus hijos como almas cándidas e inocentes, libres de todo peligro o tropiezo. Son quizá poco conscientes del desarrollo sexual de sus hijos y de cómo han cambiado las cosas en las últimas décadas.

Se ha pasado de una época en la que quizá se daba poca o ninguna información sexual, al extremo contrario, en el que es raro encontrar un chico de diez o doce años que no haya contemplado numerosas escenas eróticas fuertes que sin duda le habrán impresionado y abierto muchos interrogantes.

Por eso es importante llegar a tiempo y adelantarse a las explicaciones poco recomendables que pueda recabar por otros sitios. Ya hemos dicho que si el chico no obtiene de forma natural, en casa y por boca de sus padres, lo que su curiosidad infantil le plantea, pronto lo comentará con algún compañero algo enteradillo, o acudirá a fuentes de aún mayor riesgo.

—**El problema es que a mí no me pregunta. Alguna vez preguntó a su madre, pero no ha vuelto a sacar el tema. Debe ser muy tímido.**

No estés tan seguro. Adelántate.

—**¿Cómo?**

Busca la ocasión oportuna. El chico siempre hace preguntas que pueden dar lugar a entrar en materia, salvo que le retraigas de hacerlas por culpa de la parquedad de tus respuestas o por el aire de misterio que pones.

—**¿Y si no encuentro ninguna oportunidad?**

Entonces se puede crear la oportunidad. Ojo, no vaya a resultar que el tímido eres tú. Sal con él a la calle, invítale a tomar un helado, y dile que como ya es mayor vais a hablar de cosas serias. Y le explicas todo bien, y le haces preguntar. Si le ves un poco retraído, pregúntale si le da vergüenza hablar de eso; seguro que te dice que no, y se

lanzará. Es importante que pregunte, porque te puedes pasar una hora soltando un discurso y el chico no enterarse de nada.

—**Tampoco soy tan inútil...**

No me refiero a eso. El problema es que puedes emplear palabras que el chico no entienda. Empieza por traducirle el *argot* a términos más correctos, y todo irá mejor. Háblale con precisión, sin evadirte y sin faltar a la verdad.

—**Bueno, a lo mejor algunas preguntas resultan un poco comprometidas y no sé bien cómo explicarme. No tengo mucha práctica.**

Si te atrancas, puedes emplazarle para una conversación posterior, que luego no debe diferirse.

—**¿Y si pregunta algo que corresponde a una edad mayor?**

No sucede. El niño a cada edad siente curiosidad y se plantea preguntas precisamente sobre los temas que es necesario aclararle, no más.

El hecho de que se plantee una cuestión es señal de que está ya en edad de contestarle.

—**¿Y hasta qué detalle hay que descender?**

Háblale con adecuación a su edad, a su capacidad de asimilación y al ambiente en que vive. Debemos orientar su curiosidad y enseñarle a relacionar los hechos y a sacar consecuencias para su comportamiento.

Es cuestión de graduar la profundización en las explicaciones, que aunque deben ser prudentes, han de dejarle satisfecho.

—**¿Y con qué palabras? Con algunos detalles se me hace un poco violento...**

Precisamente ese amor a la verdad del que hablábamos lleva a muchos a procurar emplear desde el principio las palabras que se emplean en anatomía y fisiología para determinar los miembros y actos relacionados con el sexo. Al ser la información progresiva, puede ser positivo que se dé cuenta que desde el principio ha sabido bien las cosas. Cuando lea u oiga hablar de estas cuestiones, le alegrará comprobar que no le han ocultado nada y que ya lo sabía todo, incluso con las mismas palabras. Esto contribuye a evitar curiosidades tontas y a que resuelva sus dudas en casa.

El síndrome de «leerle unas instrucciones»

Hablábamos de informarle con verdad, a fondo, incluso con los términos más exactos que sea posible. Pero no es cuestión solo de explicarle todo de modo aséptico, como si fuera una información técnica, haciendo las veces de una enciclopedia.

Tan grave es el *angelismo* de las explicaciones irreales e ingenuas, como el error opuesto, que se limita a un *biologismo* puramente técnico, como quien hablara de la síntesis de la glucosa en el hígado o de la circulación de la sangre. Es obvio que son temas que requieren un tratamiento distinto.

No podemos reducir la formación afectiva y sexual del chico a una instrucción sobre el comportamiento fisiológico de los órganos sexuales, como si se tratara de una simple información biológica sobre el aparato sexual masculino y femenino y de su funcionamiento, y de cómo se origina el ser humano, o cómo nace. Para eso hace falta poco ingenio. Hay que hacerlo, desde luego, pero quedarse en eso sería olvidarse de la trascendencia de su maduración afectiva, por la que llegará a ser dueño de sí y aprenderá a comportarse correctamente en sus relaciones con los demás. Lo que requiere arte y tiempo es *formar* correctamente, no simplemente *informar*.

—Pero será bueno que reciba una información científica, neutra...

Depende que cómo se le dé. Para empezar, no está claro que exista un enfoque *neutro*. Luego, cabría considerar si esa supuesta neutralidad es positiva, porque sería como reducir la educación sexual a leerle unas instrucciones de manejo de los órganos sexuales.

Vender a la juventud la idea de la sexualidad desligada de la educación en el amor, es un engaño.

—De acuerdo, pero también es que antes había mucho tabú...

Es verdad, pero sería una pena pasar del error del tabú al extremo opuesto, porque es difícil saber qué saldría peor. No hay que olvidar que precisamente en los ambientes de mayor desinhibición sexual es donde aparecen más trastornos o desequilibrios psíquicos y afectivos.

A esos desequilibrios contribuyen algunos textos escolares o libros divulgativos de información sexual que, al presentar cruda y torcidamente la realidad, producen en el chico fuertes impresiones y curiosidades, para las que no está preparado y que fácilmente le conducen a costumbres negativas para su educación sexual.

Por ejemplo, uno de los textos escolares más difundidos a estas edades, facilita a los jóvenes lectores todo género de detalles y recomendaciones sobre las prácticas sodomíticas, defendiendo que «no son de ordinario permanentes ni dañinas». Y los chicos se ven obligados a estudiar y memorizar estos textos, y son evaluadas sus respuestas en los exámenes.

—Bueno, pero en el colegio al que va mi hijo no existen esos textos. Yo no tengo esa preocupación.

Sí, pero eso no quita que debas preocuparte de su educación sexual, porque probablemente reciba muchas otras influencias. Pueden llegarle a través de la televisión, de las revistas que tienes en casa o que le enseñan sus amigos, de internet, o de muchos otros sitios.

Son imágenes y fantasías sexuales que le llegan con frecuencia y que acaban por hacer sentir su peso. A partir de ellas, el chico elabora su patrón de comportamiento sexual, tomando como modelo esas imágenes que ha visto en las películas o cintas de vídeo, en internet, en una revista pornográfica, o a través de lo que recuerda de los personajes de un libro o cómic que ha leído. Hay que proteger un poco al chico del asedio de la

pornografía, porque, como veremos, tiene una relación bastante directa con el comportamiento sexual.

Qué debía haberte preguntado ya. Un breve repaso

Repasemos rápidamente las preguntas sobre el sexo y el origen de la vida que suele hacer un niño desde sus primeros años hasta la edad que estamos tratando.

A los tres o cuatro años el niño ya ha comenzado a reparar en la diferencia de sexo y ha nacido ya en él el sentido del pudor. Se le debe responder sobre estos temas con naturalidad, como al resto de las cien preguntas que puede hacer en un día. Deben ser respuestas que no infundan recelo ni especial misterio sobre el sexo, aunque sí ese cierto pudor natural que deben adquirir.

Quizá entonces preguntó ya por qué engordaba tanto mamá, o esa vecina, o aquella amiga de la familia. Y al tiempo, pidió explicaciones sobre cómo nacía el hermanito, o su primito, o él mismo. Sería un error empezar a hablar de cigüeñas, de que vienen de París o de simplezas por el estilo, que son cobardes estrategias para escapar de las dificultades que lleva consigo la educación sexual. La naturaleza humana aspira a la verdad, y el niño, por pequeño que sea, tiene derecho a ella.

—Hasta que un día pregunta que por donde sale el hermanito...

Puede hacer esa pregunta en el momento más insospechado. Quizá a los cinco o seis años, o antes. Se le puede decir que nace por el mismo sitio por el que el padre sembró su semilla, el semen, para que naciera el hermanito. No suele llamarle excesivamente la atención. De hecho, muchas veces lo olvida y vuelve a preguntarlo al cabo de un tiempo.

Los más despiertos o preguntones empiezan a plantearse cómo se engendra materialmente el hijo, incluso a los seis o siete años. Es más normal que sea hacia los ocho o nueve. ¿De dónde saca papá esa famosa semilla? ¿Cuántas hacen falta para tener un hijo..., o basta con una para toda la vida?

—¿Y si, a pesar de todo, no preguntara nada?

Entonces tendrás que comenzar tú, porque, aunque no pregunte, sigue siendo necesario llegar a tiempo. Márcate una fecha tope. Como muy tarde, antes de los diez años.

Preguntas propias de la edad. ¿No será ya tarde?

Un día puede llegar diciendo: «Oye, papá, ¿qué es un homosexual?». Y otro día, quizá a raíz de una noticia de la televisión, la pregunta puede ser: «Mamá, ¿qué es una violación?»; o «¿qué es un maníaco sexual?»; o «¿qué es una prostituta?».

No conviene eludir esas preguntas, ni dar respuestas evasivas, ni demasiado simples. Son ocasiones excelentes para iniciar una conversación clarificadora, que puede continuarse más adelante, si el momento en que lo plantea no permite entrar en más profundidades.

—Y sobre eso que salía antes de los maníacos, ¿crees que conviene alertar al chico, o es mejor no meterle miedo?

Depende de cómo sea su carácter, y de los posibles riesgos que haya. Habrá que buscar un equilibrio. Puedes decirle que hay hombres pervertidos o enfermos que a veces intentan seducir a los niños, y que es algo antinatural y castigado por las leyes civiles. No está de más prevenirle —de modo realista más que dramático— del peligro de que un desconocido intente encariñarse con él a base de promesas o regalos, o le invite al cine o a cualquier otra cosa. Debe estar advertido de que es mejor no escucharle y alejarse rápidamente.

—Otro día puede venir diciendo, por ejemplo, que por qué no pueden casarse dos hombres, o dos mujeres...

Es una pregunta que parece ingenua, pero que puede hacer simplemente porque, aunque ya se le haya explicado de dónde vienen los hijos, quizá no lo entendió bien, o lo ha olvidado. Habrá que recordarle cómo la mujer guarda en su vientre durante nueve meses al futuro hijo, en una bolsa llamada matriz, y que va creciendo hasta nacer. Si no hay madre, no puede haber hijos. Y sin el semen del padre, tampoco. Tiene que haber un hombre y una mujer. Con una aclaración sencilla se desvanecerán sus dudas, pues suele tener en su cabeza una imagen muy natural de la familia.

—Una vez, con diez años, después de una película en la que una chica soltera estaba embarazada, no lo entendía bien y me preguntó qué era eso de una madre soltera. «¿Cómo va a tener un hijo sin tener padre?», decía.

Hay un momento en que hace el descubrimiento que se puede tener un hijo fuera del matrimonio. Puede que hasta entonces no se lo hubiera planteado o —sin saber por qué— no le pareciera posible. Es una buena ocasión para aclararle bien todo, y quizá para hablarle de lo que debe ser una familia, del sentido de la fidelidad entre los esposos, del derecho de los hijos a nacer en una familia normal y unida, etc.

También cabe darle, además, una explicación más profunda y explicarle cómo lo natural, y lo querido por Dios para todos los seres humanos, es que los hijos nazcan siempre dentro del matrimonio y que este sea monógamo; y cómo el sexo es algo noble y bueno cuyo uso debe reservarse para traer hijos al mundo dentro de una familia legítimamente constituida.

—Otra vez me preguntó qué diferencia había entre un padre verdadero y un padre adoptivo. Eso también es difícil de explicar sin entrar en materia.

Es que *hay que entrar en materia*. No quedará satisfecho si no le explicas en qué consiste realmente la diferencia entre un padre y otro, y que el padre verdadero es el que aporta el semen para el nacimiento del hijo. Puedes, según las circunstancias, explicarlo más o menos a fondo, hablándole de cómo se realiza la unión entre óvulo y espermatozoide. Hazlo con tus palabras, aunque te parezca que no sabes explicarte. Te saldrá bien.

—Sí, pero en esta explicación, tarde o temprano surge la pregunta de: «Oye, papá, no entiendo eso del semen. ¿De dónde se saca?». Como ves, son preguntas que no se pueden eludir fácilmente.

Es que no hay que eludirlas. Es más, una pregunta de ese estilo muestra que las cosas marchan bien. Si no existiera confianza, al chico le daría apuro preguntarlo y se enteraría

por otros medios, siempre peores. Explícaselo de la forma más correcta posible. Te repito que te saldrá bien.

Y como la explicación debe ser cierta y realista, no dejes de hacer alusión a la intervención de Dios en el origen de esa nueva vida.

—Oye, pero yo quisiera dar a mis hijos una explicación más neutra, ya te he dicho, sin tanto nombrar a Dios, que creo que no hace falta. ¿No es ponerse un poco pesado?

Es que hablar de Dios en el origen de una nueva vida no es algo secundario. No se trata de ser pesado ni de aprovechar la ocasión para colocarle un pequeño sermón. Se trata de no cercenar la verdad. Si crees en Dios, sería poco coherente no aludir a su intervención: sería tan poco razonable como decirle que los niños vienen de París. No quieras educar de modo tan *aséptico*, que es peor.

—Bueno, de acuerdo. De todas formas yo me adelanté, como tú dices, y hemos hablado algunas veces de estos temas, pero hace ya dos años que le digo a mi hijo que me pregunte sobre esto..., pero ya no pregunta nada.

No es extraño que no pregunte. Ya dijimos que debías haber tú hablado espontáneamente de esos temas hasta que el chico se sintiera con suficiente confianza y pudierais hablarlo con fluidez. Ten cuidado, porque se te puede hacer tarde.

—Eso es lo que me preocupa. Le he oído cosas que no me gustan nada, y veo cómo se sonríe maliciosamente al contarlas. Ha cambiado los chistes *marrones* por los *verdes*. Lo sé, porque he escuchado por casualidad algunas conversaciones con sus amigos. Cuenta esos chistes con grandilocuencia y entre grandes risas, aunque estoy seguro de que casi ni los entiende. Una vez estuve a punto de interrumpirles y echarles un broncazo, pero me contuve.

Creo que hiciste bien en contenerte. No resolverás este problema a base de broncas, sino hablando con serenidad.

—Algunos amigos me dicen que todo eso es normal en los hijos a esta edad, y que no me preocupe. Otros me dicen que espabile y que, si no, luego no me queje. Un compañero del trabajo me contaba hace poco que ha puesto llave al armario de la televisión después de descubrir que su hijo, de la misma edad que el mío, se levantaba de madrugada a ver películas pornográficas; ahora su mujer es quien *administra* la llave de la televisión, y dice que gracias a eso aprovechan mejor el tiempo y los chicos están menos perezosos.

No me parece mala idea, puesto que buena parte del éxito en educar está en protegerle de algunas influencias perjudiciales. Si no, sería como afanarse en curar una gripe a base de medicación pero siguiendo habitualmente expuesto al frío.

Te recomiendo que no dejes pasar el asunto. Aunque fuera ya algo tarde, si lo retrasas, cada vez lo será más. El éxito ya no es tan fácil como cuando se plantea bien, con más antelación, pero debes buscar la ocasión adecuada para hablar a fondo con él. A lo mejor lo retrasas porque no sabes bien como empezar la conversación, o como llevarla, y vas dando largas al asunto. Tú, que a lo mejor te has mantenido siempre tan digno y distante, quizá ahora te humilla tener que carraspear e intentar captar la atención del

insolente infante de doce años para iniciar una conversación delicada que, en esta situación, puede incluso rehuir. Pero ya verás cómo, una vez comenzada, todo es más fácil de lo que parece.

Atención a la prepubertad. ¿Le afecta o no le afecta?

Explícale ya lo que es la pubertad. Advértele de los próximos cambios que se obrarán en él, para que luego no se extrañe. Háblale de cómo aparecerán transformaciones en su cuerpo: el estirón del crecimiento, la aparición de vello, el cambio de voz, el desarrollo y primera actividad de los órganos genitales.

Puedes hablarle de su primer derrame, que se producirá de forma natural un día, probablemente durante el sueño. Debe ya ir comprendiendo que seguirá creciendo y se convertirá en un hombre, con todas sus consecuencias. En su organismo se desarrollará la capacidad para procrear, es decir, para traer al mundo nuevos seres humanos.

La grandeza de esa realidad le llama poderosamente la atención y es probable que escuche muy atento

Háblale de cómo los chicos y las chicas, sobre todo a partir de cierta edad (se puede decir que en las chicas es un poco antes, a lo mejor a los once o doce años, y en ellos hacia los trece o catorce), experimentan impulsos y deseos hasta entonces desconocidos para ellos. Ellas se sienten atraídas por los chicos y estos se sienten turbados delante de ellas. Se trata de algo natural, puesto por Dios en nuestro interior para formar una familia y perpetuar la especie, y es algo muy bueno siempre que no se pervierta. Poco a poco irá creciendo en ellos el deseo de buscar pareja, de fundar una nueva familia, de tener hijos.

Es una ocasión para referirse de nuevo a la explicación del sentido del matrimonio y la procreación, como antes apuntábamos. La educación de la afectividad cobra aquí una especial importancia. Se le debe explicar con profundidad la naturaleza del amor, tan importante para afrontar con éxito la etapa adolescente.

Cuando llega la temida pubertad, muchos padres que antes apenas habían hablado con sus hijos, posiblemente entonces no consiguen franquear la barrera de su intimidad. Porque entre los sentimientos nuevos que experimentan los adolescentes está el de no querer dejar entrar a nadie fácilmente en ella.

Solo hablarán de sus cosas –y aún con dificultad– si sus padres supieron ganarse antes su confianza, si supieron mostrarse en toda ocasión comprensivos y abiertos al diálogo.

Saca experiencia y actúa, ahora que estás a tiempo, que luego de poco vale lamentarse.

No se puede irrumpir en su intimidad: hay que ganarse la entrada.

Puedes explicarle con un poco de profundidad en qué consiste la transformación sexual. Por ejemplo, que las glándulas que cumplen la función sexual en el varón son los testículos, y que si, por accidente, un niño perdiera esas glándulas, al hacerse mayor no tendría voz varonil, ni le crecería la barba, ni podría tener hijos.

Cuéntale cómo dentro de poco sus glándulas sexuales se desarrollarán y producirán un líquido que se llama semen, que es la semilla de la que brotará algún día una nueva vida.

Al explicarle el acto conyugal, puedes hablarle también de cómo Dios ha querido otorgar un placer (puede que él aún no sepa que existe, ni de qué naturaleza es), que va unido a ese acto, como si fuera una pequeña compensación al sacrificio y la entrega que exige educar y criar los hijos.

Sé positivo en la explicación, pero adviértele de que sería antinatural buscar ese placer egoístamente, aislado de la función generadora humana. Puedes decirle que esos actos – como la masturbación, por ejemplo–, son antinaturales y suponen un daño a uno mismo, además de una ofensa a Dios.

Debes explicárselo bien, para que no vaya a pensar que todo lo relacionado con el sexo es pecaminoso. Pero sí debe comprender que ese mandato de Dios es importante para la felicidad humana.

Debe entender que el desorden en lo relativo al sexo supone un deterioro para la persona, que conlleva un importante daño a uno mismo.

—Pero si mi hijo tiene una cara angelical...; no creo que pase por su cabeza nada parecido.

No olvides que a los doce años, la mayoría de los chicos de esta generación saben sobre el sexo diez veces más que los de la anterior a la misma edad. Recuerdo habérselo oído explicar con mucha gracia a una madre en una reunión de matrimonios, que aseguraba que su hijo de once años sabía ya sobre estos temas más que ella misma cuando se casó.

Si en estos años no has estado atento y el chico no ha recibido una buena orientación, a estas alturas es fácil que tenga, por ejemplo, un vicio arraigado de masturbación.

—Imposible, mi hijo no.

Eso es lo que piensan casi todos los padres. A esta edad, si no tienen una formación sexual adecuada, no será infrecuente que los chicos practiquen la masturbación a solas, o a veces en grupos. En colegios de bajo ambiente moral, es noticia a la orden del día, incluso en presencia de compañeras. Y no son casos aislados. Hace poco me hablaba horrorizado un profesor de un colegio público de cómo había visto a niños y niñas de ocho años *jugar al acto conyugal*.

Es algo que ya pasaba hace años, pero que ahora pasa más. El chico sufre un acoso mucho mayor que antes. Le entra por los ojos. Aparte de lo ya mencionado de la televisión y el cine, piensa, por ejemplo, en lo que ve en muchos quioscos, piscinas, playas, etc.

—Pero es algo a lo que los chicos ya están acostumbrados. Después de contemplar tantos desnudos, apenas les debe afectar.

Eso creo que es también un poco ingenuo por tu parte. Claro que les afecta, como sucede a todo aquel que tenga aún un poco de sensibilidad. Por eso conviene pensar en el tono moral de los lugares a donde vamos.

Si alguien, con la mano en el corazón, asegurara que ya está acostumbrado a esas cosas, y que no afectan a su modo de pensar o de vivir, es probable que se haya sumergido en una peligrosa espiral de permisividad. Muy parecida a la de aquel que piensa que no le afectan tres o cuatro copas, porque para él *son lo normal*, las que toma cada día; y no se da cuenta de que se está alcoholizando, que acabará siendo un enfermo crónico.

El mundo interior. Algunos peligros

La imaginación del niño tiene una prodigiosa capacidad de entrada en su voluntad, pues su inhibición es restringida.

Toda idea que pasa por su cabeza tiende a traducirse en acto.

La excitación desordenada de las pasiones, sin control de la razón, contribuirán a hacer realidad aquel viejo adagio castellano de que «quien las imagina las hace».

El corazón sigue fácilmente a la mirada. Existen, por tanto, poderosas razones que llevan a comprender la necesidad de guardar una cierta disciplina mental. Como ha escrito Antonio Orozco, la mirada puede despertar elevados sentimientos y encender pasiones magníficas; pero también puede embrutecer el alma y disparar las pasiones de un modo sórdido. De ahí la importancia ética de seleccionar en lo posible los objetos del mirar.

En algún momento apropiado, se puede hablar al chico de los peligros de una posible falta de autocontrol sobre lo que se mira y se piensa. Y hacerle ver que hay imágenes y recuerdos que pueden llegar a tomar gran protagonismo en su memoria y obsesionarle. Si se lo sabes explicar bien (por ejemplo, con ocasión de dejar de ver una película que resulta ser inmoral, o al evitar un lugar poco recomendable), el chico entenderá lo sensato que es no entretenerse mirando determinadas cosas.

Si ha aprendido a esforzarse por hacer lo que entiende que debe hacer, y no tiene el *me apetece* como norma de vida, comprenderá la necesidad de luchar contra la tentación y de acostumbrarse a decir que no a lo que no le conviene. Así se curtirá y vencerá los impulsos desordenados de la pasión. Si no aprendiera a controlarlos, se desequilibraría su vida afectiva y eso le llevaría también a ser menos libre.

No se trata de hablarles obsesivamente de los peligros de *mujeres malas*, ni de plantearlo como prohibiciones negativas.

Se trata de hacerles vislumbrar la relación entre el sexo y el amor a la mujer que será madre de sus hijos.

Si no domina sus pensamientos, es muy probable que acabe claudicando, porque es evidente que quien se entretiene con pensamientos o deseos inmorales acaba cayendo en actos y episodios inmorales, tarde o temprano.

Otra cuestión sobre la que quizá no pregunte, pero que puede ser interesante tratar, son las erecciones espontáneas. A esta edad se producen con facilidad, muchas veces por

causas extrasexuales desconcertantes para él. Quizá al trepar por una cuerda o practicar un deporte que le supone un esfuerzo físico importante; otras veces, sin aparente motivo externo. En ocasiones responderán directamente a una excitación sexual provocada por una conversación, o por pensamientos o miradas que desencadenan un efecto inmediato. Debe entonces comprender la conveniencia –ya lo hemos dicho– de mantener la imaginación bajo su propio dominio y no dejarse arrastrar por ella.

—Otra cosa. ¿Es verdad que esta edad es propicia para desviaciones de algún tipo?

Es una cuestión extensamente estudiada por psicólogos y psiquiatras. No es incorriente que un chico de esta edad experimente una confusa atracción por ambos sexos. No suele tener importancia. Puede ser incluso una simple curiosidad mal contenida. El peligro está en que esas leves tendencias infantiles cristalicen en algo serio por culpa de su falta de capacidad de corregirlas, cosa que puede suceder si no tiene cierto dominio sobre su propio impulso sexual. «Una prueba más –en palabras del doctor Vallejo-Nájera– de lo sanísimo de la educación de la castidad y de lo que ayuda a superar los problemas de la edad. En cambio, la pretendida libertad sexual, esa sí que llena de pacientes la consulta del psiquiatra».

No solo sabias recomendaciones. ¿Censura?

Casi todos los padres piensan que dan buen ejemplo a sus hijos en esta materia, pero cabría analizar varios detalles en los que puede haber discrepancias entre lo que intentan inculcar al chico y lo que luego el chico ve.

Por ejemplo, ¿qué niño no protesta si se le impide ver una determinada película, mientras sus padres siguen ante el televisor? Es fácil que el chico se enfade, quiera verla terminar, y se organice una pequeña trifulca doméstica.

Algunas de esas películas serán tan inconvenientes para el niño como para los padres; otras, no. Pero, desde luego, si el padre o la madre apagan la televisión o cambian de canal, es seguro que el chico no rechistará y asumirá un criterio moral claro al respecto.

También interesa preguntarse por las revistas y publicaciones que entran en la casa. Hay bastantes de ellas que dedican muchas páginas a reportajes nada recomendables para los chicos, por la inmoralidad, el sensacionalismo y, a veces, la pornografía. Y quizá se compran, y están por la casa, y se leen.

¿Qué pensará el niño, con su agudo y penetrante sentido crítico, sobre nuestras *sabias recomendaciones* sobre el sexo...? «Que son sermones de papá o de mamá, pero que, bueno, no será para tanto; que parece que *lo malo* es solo *malo para los niños*; otra manía más, igual que la de que no les grite y luego ellos me gritan, o de que pida las cosas por favor y luego ellos tampoco lo hacen...; o sea, que ni caso».

Para que haya coherencia en la educación, los padres deben cuidarse de *filtrar* todo lo que entra en la casa y queda al alcance del chico: periódicos, revistas, televisión, vídeo, internet, libros, etc. Y, por supuesto, las películas cuando va al cine.

—Oye, que eso es *censura*.

Sí. ¿Y qué tiene de terrible preservar a la familia de lo que puede hacerle mal? Igual que no dejas las tijeras al alcance del pequeño, o que escondes las medicinas para que no se las tome todas y se intoxique, de modo semejante debes cuidar de que no intoxique su cabeza y su corazón con inmoralidades.

—**¿Y qué dices sobre el pudor?**

En la educación sexual, el pudor es también más importante de lo que parece. Aunque efectivamente a esta edad el instinto sexual no sea aún muy intenso, unas costumbres inadecuadas en este aspecto pueden ser un fuerte lastre para el futuro.

El pudor es un instinto natural, presente de modo universal a lo largo de los siglos, que protege espontáneamente la propia intimidad. Los hijos lo aprenden en el hogar casi sin que los padres se lo propongan. Es cuestión de dar ejemplo, y aprenderán a ser sensibles, a respetar como deben al otro sexo, a ir correctamente vestidos por la casa, a vivir el pudor cuando se bañan o al cambiarse de ropa, etc.

Ese natural recato, protección de la propia intimidad, es importante porque su descuido provoca el estímulo extemporáneo de la pasión genital. El vestido no es una simple exigencia climatológica, sino que es necesario para que las relaciones hombre-mujer sean propiamente humanas y personales. De lo contrario, normalmente despertarían pasiones inoportunas o inadecuadas.

Ya lo sabe todo. ¿Es suficiente?

Es esta una pregunta que el lector quizá se haga al ir avanzando este capítulo. No quisiera dejar la idea de que con explicar al niño todo lo relativo al sexo queda el problema resuelto. No es así de simple. La formación sexual es una parte de la educación integral de la persona, y está unida a todos los demás aspectos. Como cuando se sacan cerezas de un cesto, que nunca suele salir una sola.

Llenar su corazón de afectos adecuados y fortalecer su voluntad, son dos aspectos decisivos para una correcta educación de la sexualidad.

Hay una estrecha relación entre una acertada educación sexual y el avance en las virtudes, y más concretamente con las virtudes de la fortaleza y la templanza.

Ya hemos dicho que informar correctamente no es difícil. Lo difícil e importante es crear en los hijos hábitos que les fortalezcan personalmente para actuar de modo correcto. Hay multitud de chicos que lo sabían todo muy bien a través de sus padres desde temprana edad, pero que, después,

- por haber descuidado la educación de sus sentimientos;
- por no haber fortalecido su voluntad;
- por no haber desarrollado en ellos las virtudes necesarias;
- por no haberse acostumbrado a luchar;

adquirieron hábitos viciosos y sus vidas fueron un desastre.

A un chico que ha logrado un buen nivel de autodominio, que ha consolidado las virtudes de la fortaleza y la templanza, no le costará mucho comprender que es él quien debe tomar las riendas de su impulso sexual, y no al revés. Y no sentirá envidia de quienes están dominados por el sexo y se consideran por eso más hombres.

Comprenderá que la falta de dominio sobre ellos mismos es lo que hace que esas personas realicen, como consecuencia de su débil voluntad, actos sexuales como puede hacerlos cualquier insensato o cualquier animal. Solo las personas de mayor calidad humana, de mayor fortaleza, de mayor autodominio, es decir, los hombres y mujeres sensatos y fuertes, llevan de verdad las riendas de su vida, en este aspecto como en tantos otros.

Es preciso dar una visión positiva, fortalecer el espíritu, dar un alto concepto de la dignidad humana y de la realidad sexual.

CAPÍTULO 10

*Allá donde la moral y la religión
son reducidas al ámbito exclusivamente privado,
faltan las fuerzas que puedan
formar una comunidad y mantenerla unida.*

Joseph Ratzinger

Educación en la fe

Viejos tópicos. ¿Que pruebe un poco de todo?

—Oye, a veces pienso si no sería mejor no entrometerse tanto en estas cosas y dejarle un poco más *suelto*, no forzarle, contar más con él. Lo piensa mucha gente; mi cuñado, por ejemplo, ha preferido incluso que sea el mismo muchacho quien vaya viendo, y que elija si quiere o no religión, y cuál, cuando sea mayor.

En lo de no ser pesados ni pasarse de impositivos, estoy totalmente de acuerdo. Pero en lo de esperar a que sea mayor para elegir religión, no. Es un tópico muy manido y, además, un contrasentido.

—¿Contrasentido, por qué?

Has traído a tu hijo al mundo sin contar con él. Sin contar con él decidiste el idioma que hablaría, la alimentación que iba a recibir, las reglas de comportamiento que tenía que respetar en casa, el tipo de educación..., en fin, todo. Decidiste, por ejemplo, en qué colegio estudiaría, y le has hecho durante años ir a clase, quisiera él o no.

Y estás en tu derecho de hacerlo, no es que te lo reproche. Más bien, incluso es tu deber. Lo que no tendría sentido, después de todo esto, es venir con esa historia de que, en lo relativo a la religión, que se eduque él solo, y cuando tenga dieciocho años, «porque es cosa suya».

—Bien, de acuerdo. Además, yo no soy de esos padres planificadores y posesivos, pero tampoco les puedo obligar por la fuerza a rezar y a ir a Misa...

No me has entendido. Lo planteo de otra manera. Tú tienes una forma de entender la vida que te llevará a hacer un proyecto sobre la educación de tu hijo que englobe todos los aspectos, también la religión que tú sigues y que debes querer transmitirle si de verdad tienes fe (porque si no crees que tu fe es la verdadera, entonces no tienes fe).

Si educas a tu hijo comunicándole esa creencia, por ello no le privas de su libertad. Es más, le privarías de libertad si le abandonarás y le dejaras a merced de las circunstancias sin educación religiosa ninguna.

—¿Por qué?

Por ejemplo, sin consultar tu hijo, le enseñas a caminar, quiera o no quiera. ¿Por qué? Porque aprender a caminar es algo bueno, mejor que su contrario, independientemente de que más tarde quiera ejercitar o no esa habilidad, camine de una manera o de otra, vaya a un sitio o a otro, más rápido o más lento. En cambio, si no le enseñaras a caminar, su futuro estaría condicionado por ese *handicap*. Y a partir de determinada edad, llegaría incluso a ser una función difícilmente recuperable, y siempre más costosa y difícil que si hubiera aprendido a caminar a su debido tiempo.

Para educar en la libertad hay que optar por el aprendizaje. Porque si se opta por no enseñar a caminar, pensando que es la opción que deja mayor margen de libertad, se opta

en la práctica –bajo la bandera de la libertad– por la más lamentable pérdida de libertad. Y con la religión sucede algo muy parecido.

Por eso te digo que es mejor no entrar en disquisiciones sobre lo que es obligatorio o voluntario. El chico de esta edad asume con total naturalidad toda una serie de cosas – creencias, oraciones, devociones, normas morales–, sobre las que no se plantea problema ninguno. No los plantees tú.

—¿Pero no decías antes que había que hacerle pensar? Te estás contradiciendo.

Lo decía e insisto en ello.

Conviene hacerle pensar, pero eso es compatible con no darle facilidades para tomar decisiones cómodas.

Sería una ingenuidad dar facilidades al chico para abandonar su fe. Tan equivocado es intentar inculcar la religión a base de severidad, como echarla a perder por llevarle tontamente por el camino de la *facilonería*.

A los doce años, la fe del niño suele ser viva y sincera, y cuando se aleja de ella es casi siempre por simple comodidad. Hay que hacerle pensar, sí, pero *concediéndole capacidad de decisión a medida que vayamos viendo que crece su responsabilidad*.

No se puede tratar a todos de la misma manera. Si el chico no tiene aún resortes para resolver algo con sensatez, sería un perjuicio para él provocar esa elección.

Si la imposición sistemática es poco eficaz, la indiferencia o el abandono es casi peor. Unos padres sensatos harán todo lo que esté en su mano para que su hijo aprenda a administrar bien su libertad, sin que se deje esclavizar por su propia debilidad. Y a esta edad, las principales esclavitudes serán probablemente la pereza y el egoísmo.

Te pongo otro ejemplo. Su éxito académico –quizá ya lo has comprobado– dependerá mucho de que consigas hacerle pensar que ser buen estudiante es una gran cosa, descubra el atractivo del saber, y vaya adquiriendo afición por los libros. Hacerle razonar sobre eso es compatible con que sepa que a clase debe ir todos los días. Y no le preguntas cada mañana si le apetece ir al colegio o no, ni discutes sobre si es obligatorio o voluntario.

Por eso, igual que un día será ya él quien se plantee qué estudiará y qué rumbo dará a su vida, porque tendrá ya una madurez suficiente para hacerlo, también un día abandonará o continuará su práctica religiosa, pero a los diez o doce años es un error plantear disquisiciones de ese tipo.

No es difícil inculcar en el chico una recia y sincera vida espiritual que le lleve a desear libremente ser un buen cristiano y cumplir con todas sus exigencias. Si le educas bien ahora y logras que nazcan en él ideas y sentimientos adecuados, dará luego un rumbo acertado a su vida. Ese es tu papel de padre y educador.

El problema con la libertad viene cuando no se han logrado hacer nacer esos deseos, o cuando algún agente externo (un mal profesor, unas malas lecturas, una mala amistad...) está erosionando sus convicciones religiosas. Y el chico es aún demasiado joven para decidir abandonar la práctica de su fe, igual que lo sería para abandonar los estudios. Los

padres deben intervenir a tiempo, y sostener su fe —como se pone un soporte a un árbol tierno que se tuerce—, porque a esta edad es aún perfectamente recuperable.

—Pero es bueno que el chico sepa que hay más cosas en la vida y no se críe demasiado resguardado, como en un invernadero..., ¿no?

Sí, pero no olvides que probablemente tu hijo tiene ya numerosas *facilidades para el mal*, gracias al poco recomendable ambiente que se ve obligado a respirar con frecuencia en la calle, en el colegio o a través de algunos medios de comunicación.

No caigamos en el extremo de obsesionarnos con que sepa que existe lo bueno y lo malo y que luego él decida, porque el experimento puede salir muy mal.

No nos obsesionemos con que *salgan de él* todas las buenas iniciativas. Vamos a darle *alguna facilidad* para el bien, sin forzar en exceso, pero sin ser ingenuos.

Si el chico fuera mayor, el planteamiento sería distinto. En cualquier caso, la habilidad de los padres encontrará una solución que no demuestre desconfianza, y al mismo tiempo no suponga —como decíamos— facilitar ingenuamente al chico abandonar la práctica religiosa. A hacer el bien también se aprende, y, por tanto, hay que enseñarlo.

—Eso no es nada fácil.

Evidentemente. Lograr ese equilibrio constituye, como tantos otros aspectos de la educación, un auténtico arte que los padres deben aprender. Como decía Ruyter, *un arte es simplemente hacer bien algo difícil*.

La Misa y la Confesión

El chico tiene que ver que se da importancia a la Misa dominical, por ejemplo. Desde luego, si los padres faltaran habitualmente a Misa y su hijo acaba teniendo una buena educación en la fe, habrá sido con poco concurso de ellos. Y si faltan de vez en cuando sin mediar un motivo suficiente, dará a los preceptos de su fe la importancia que ve que le conceden sus padres: o sea, poca.

Si por ejemplo, la familia sale un domingo y, por no levantarse antes, no cumplen el precepto dominical, el chico pensará que esa obligación cristiana no tiene suficiente importancia como para madrugar o para organizarse mejor e ir el sábado por la tarde.

O si otro domingo están de visita en casa de los tíos, que nunca van a Misa, y ve que entonces sus padres tampoco van, pensará que se trata de una mera costumbre sin más trascendencia que puede ceder ante cualquier otra cosa.

También ha de ver la Confesión como una práctica natural y frecuente en toda la familia, acudiendo al Sacramento de la Penitencia al menos una o dos veces al mes.

—A lo mejor con una frecuencia tan alta conseguimos aburrirle...

A esta edad suele resultarle grato confesarse, aunque al principio tenga que vencer una pequeña inercia. Se puede ver de forma clara en las familias, parroquias y colegios donde se les facilita hacerlo. Acuden con gran ilusión y absoluta naturalidad.

Después, a partir de los catorce años, quizá les cueste un poco, por vergüenza más que por otra cosa, pero salen encantados. Es un error privarles de la Confesión por pensar

que no tienen malicia todavía, puesto que no hace falta malicia para ofender a Dios. Pueden ofenderle, como pasa casi siempre en la mayoría de las personas, sencillamente por debilidad. Y la ayuda –psicológica y espiritual– que reciben con la Confesión es fundamental.

Explícaselo bien. Haz que vayan a confesarse, aunque alguna vez haya que forzar un poco, de modo amable, como tienes que hacer tantas veces para que estudien más, o para que ayuden en casa, o para que sean más ordenados.

Si las cosas se han llevado mínimamente bien, a esta edad el chico no suele plantear problemas, ni con la Misa ni con la Confesión. Pero puede empezar a haberlos y habría que actuar con rapidez, aunque con prudencia.

—Sí. Por ejemplo, ahora va a jugar al baloncesto cuando nosotros vamos a Misa y tiene que ir luego él solo a otra hora. No sé si controlar esto un poco, no vaya a estar engañándose...

Mejor aún sería, si es posible, acomodar el horario para poder seguir asistiendo a Misa todos juntos, que a lo mejor no es tan difícil. Podéis ir antes, o después, o el sábado por la tarde.

Es muy positivo que ir a Misa sea una costumbre con tradición familiar, que puede ir acompañada de algún pequeño extraordinario que le dé un cierto atractivo. Muchas familias dan luego un paseo, compran unos churros, organizan un desayuno más de fiesta, o lo que sea. Eso no es *comprarles*, sino darle un natural y lógico aire festivo.

¿Tiene conciencia del mal?

Hemos hablado de la Confesión, y quizá venga bien extenderse un poco sobre la conciencia del mal y sobre el perdón. Es algo que tiene mucho que ver con el ambiente familiar. Ha de haber un clima que aleje las reacciones de orgullo y engreimiento, una dinámica que haga fácil y natural pedir perdón.

Hay que perder el miedo a hacerlo, rechazar la suficiencia que nos paraliza a la hora de decir: «Oye, perdona, de verdad que siento aquello», o «no quería ofenderte, lo siento...», y enseñar a los hijos a hacerlo con normalidad.

Además de pedir perdón a la persona ofendida, el chico ha de saber que Dios queda también ofendido, y que espera también que se le pida perdón. Lógicamente, la ofensa será mayor cuanto más grande sea la bondad y categoría personal del ofendido, y en el caso de Dios es infinita.

Que vaya comprendiendo el gran desafecto para con Dios que hay en el pecado, sin agobiarle, pero explicándole que debe pedir perdón. Y se pide perdón al Señor haciendo un acto de contrición. Luego, debe acordarse de contarle cuando vaya a confesarse, y hay cosas que son graves y requieren confesarse con presteza porque han supuesto dejar de estar en gracia de Dios.

—Hablas de ofensas y de pecados como si fuera un bandolero..., y no es más que un niño.

A los diez o doce años –y antes, ya lo hemos dicho–, un chico tiene perfecta conciencia de que hace cosas mal. Aunque tenga un aspecto ingenuo y angelical. Pero la

ingenuidad sería nuestra si no lo advirtiéramos.

No es ningún dechado de perversidad, es cierto, pero a su nivel, reconoce y valora con suficiente claridad el bien y el mal.

Si comprende esto, y se acostumbra a examinar su conciencia y a pedir perdón por lo que hace mal, eso no le va a crear ningún trauma, sino que le hará un gran bien.

Desde su uso de razón –hace ya unos años– distingue, y quizá mucho mejor de lo que nos parece, entre el bien y el mal. Es cierto que sus malas acciones suelen ser cosas que a nosotros nos parecen de poca entidad, pero para él sí tienen importancia.

Son malas acciones a su nivel, pero malas acciones. Nos jugamos la formación de su conciencia.

Aunque no sean crímenes, son cosas malas, y hay que hacerle escuchar y obedecer la voz de su conciencia. Y formarla bien, claro.

Tu hijo tiene experiencia –igual que tú y que yo– sobre lo que es hacer el mal y ofender a Dios. No permitas que nadie le disuada de sentirse mal consigo mismo respecto al pecado. Es la voz –que debiera ser amistosa– de su conciencia, que le reprocha algo que ha hecho mal, como nos pasa a ti y a mí.

Ponle ejemplos, pónelos tú. Al aceptar en una compra más cambio del debido, has actuado mal. ¿Ha valido la pena, por unas monedas de más? O aquella mentira..., ¿por qué? O al mostrarte egoísta con aquél que te pidió ayuda...; o aquel otro que te molestó sin querer, y te enfadaste..., ¿ha valido la pena?, ¿no estás ya arrepentido de haberlo hecho? Son ejemplos de cosas pequeñas, pero las hay más graves.

Tenemos que saber que ofendemos mucho, a los demás y a Dios. Que se acostumbre, que nos acostumbremos, a confesarnos. Es desnudar el alma ante Dios por mediación del sacerdote. Es algo que puede costar, pero después de recibir la absolución, te hallas más cerca de Dios, le has complacido. Dios te ha perdonado, te da fuerza para enfrentarte con la tentación y superarla.

A esta edad –repito– sabe perfectamente lo que es el acoso de la tentación, y lo que es vencer o sucumbir ante ella. También decíamos que no le suele costar confesarse si se le facilita hacerlo. Lo mejor es ir con él y que nos vea confesarnos a nosotros también. Sería un error insistirle en ello y que luego a nosotros nos diera pereza ir por delante con el ejemplo.

El chico mantiene así limpia su alma, y esa es una gran defensa contra el acoso de las pasiones que quizá se desaten en el futuro. No le privemos de esa ayuda, y menos para esos momentos.

¿Por qué luego pierden la fe?

—Lo que no quiero es que con este me pase como con el mayor... que, al principio, bien; con las primeras crisis de la adolescencia empezó a enfriarse y, ahora, a los veinte años, es agnóstico por completo.

¿Y has pensado sobre las causas de ese abandono progresivo?

—**Por supuesto. Lo hemos hablado con algunos matrimonios amigos nuestros, y no somos los únicos a quienes nos pasa. Es bastante corriente. Siempre acabamos concluyendo que esas crisis de fe de la adolescencia se deben a que no hemos acertado en algo durante los años anteriores.**

¿Has pensado si el problema no será que le falta consolidar las virtudes básicas para poder vivir las exigencias de la moral cristiana?

—**¿Has dicho exigencias morales... a los diez o doce años?**

Acabamos de hablar de que a esas edades el chico tiene una conciencia suficientemente clara de lo que hace mal. Y la fe puede perderse por muchas causas, pero tal vez la que ejerce una influencia más fuerte sea el propio desorden moral. Si falla el comportamiento moral, es fácil que la voluntad se oriente al mal y la fe acabe por resentirse. Por eso la fe está en cierta manera condicionada por las disposiciones morales.

Y por eso no basta con que conozca a fondo la fe, sino que ha de consolidar las virtudes personales.

De lo contrario, aprende la teoría pero no tiene luego resortes i fuerza para llevarla a la práctica, y acaba por rechazar la teoría. Si no vive como piensa, acabará pensando como vive.

Esto es importante, porque a veces su futuro problema de fe no será problema propiamente de fe, sino, a lo mejor, de:

- pereza;
- o de un arraigado egoísmo de fondo;
- o de una inconstancia grande que no se esfuerza por vencer;
- o de frecuentes manifestaciones de envidia, o de soberbia;
- o quizá de una consentida y habitual falta de responsabilidad.

Cuando un chico que ha recibido una buena formación doctrinal pierde la fe y no se encuentran razones directas claras, habría que examinar si esa fe estaba fundamentada en virtudes humanas firmes: generosidad, fortaleza, sinceridad, lealtad, templanza, orden, laboriosidad, constancia, etc.

Un testimonio de vida. Ejemplos de cómo dar ejemplo

En todas las familias cristianas se sabe, por experiencia, qué buenos resultados da la coherencia de una iniciación a la fe en el calor del hogar. El niño aprende así a colocar a Dios entre sus primeros y más fundamentales afectos. Aprende a rezar, siguiendo el ejemplo de sus padres, que logran así transmitir a su hijo una fe profunda, que prende con facilidad en él cuando la contempla hecha vida sincera en sus padres.

La educación de la fe no es mera enseñanza, sino transmisión de un mensaje de vida.

Los niños tienen necesidad de aprender y de ver que sus padres se aman, que respetan a Dios, que saben explicar las primeras verdades de la fe, que saben exponer el contenido de la fe cristiana en la perseverancia de una vida de todos los días construida según el Evangelio.

Ese testimonio es fundamental. La palabra de Dios es eficaz en sí misma, pero adquiere una fuerza mucho mayor cuando se encarna en la persona que la anuncia. Esto vale de manera particular para los niños, que apenas distinguen entre la verdad anunciada y la vida de quien la anuncia. Como ha escrito Juan Pablo II, «para el niño apenas hay distinción entre la madre que reza y la oración; más aún, la oración tiene valor especial porque reza la madre».

Lo primero es demostrar, con nuestro modo de hablar de lo sobrenatural, que la fe es fuente de alegría, de dicha y de entusiasmo.

Sería muy negativo tener un aire hastiado y desagradable cuando se habla de Dios.

Nuestra actitud al recitar unas oraciones, nuestro modo de hacer la señal de la cruz, el respeto y recogimiento con que nos acercamos a comulgar, son detalles que, sin darnos cuenta, tienen más influencia sobre los hijos que los más encendidos discursos.

Estás educando su vida de fe siempre, no solo cuando le hablas de ello.

Educar en la fe no es dar sabias lecciones teóricas. No son clases magistrales. Mejor, es como una clase práctica que empieza cuando tu hijo aún no sabe casi andar, y que no termina nunca.

—Vas a conseguir agobiarme con esto de dar ejemplo. ¿Por qué no concretas en ejemplos de cómo dar ejemplo?

Está bien, pero luego no te quejes si te sientes aludido.

Por ejemplo, si tu hijo viera que sueles ir *a lo tuyo*, le será difícil incorporar ideas tan relacionadas con las exigencias de la fe como son la preocupación por los demás, el sacrificio y la renuncia en favor de otros, la misericordia o el sentido de la generosidad.

O si resulta que con frecuencia no cumples lo que prometes, o te ve recurrir —siempre acaba dándose cuenta— a la mentira o la media verdad para salir al paso de algún problema, no pretendas luego que entienda tus encendidos discursos sobre las excelencias de la sinceridad, de la veracidad, o de *dar la cara como un hombre*.

El chico tiene que ver que te preocupa realmente el dolor ajeno, que muestras con tu vida lo connatural que debe resultar al hombre vivir volcado hacia los demás, que le explicas la fealdad de la simulación y de la mentira, o cualquiera de las otras ideas cristianas que quieras transmitirle.

Hay todo un estilo cristiano de ver las cosas y de interpretar los acontecimientos de la vida, y ha de *respirarlo* en casa. Lo captará, por ejemplo, viendo el modo en que aceptas una contrariedad. O al advertir cómo reaccionas ante un vecino cargante o inoportuno. O

viendo cómo papá cede en sus preferencias, o mamá sigue trabajando aunque esté cansada.

Y el chico se irá empapando de ideas de fondo que tejerán todo un vigoroso entramado de virtudes cristianas. Aprenderá a respetar la verdad, a mantener la palabra dada, a no encerrarse en su egoísmo, a ser sensible a la injusticia o al dolor ajeno, a templar su carácter, etc.

Siempre surgen multitud de ocasiones de hacer una consideración sobrenatural sencilla, sin excesiva afectación ni excesiva frecuencia.

Se trata de que el niño vea cómo la fe se traduce en obras concretas y que no son formalidades exteriores vacías e inconexas.

En la casa se ha de hablar de Dios, y de nuestro deseo de agradecerle, y de evitar las ocasiones de ofenderle, y del premio que recibiremos en esta vida y en la eterna. Y todo ello con toda naturalidad, sin afectación y sin simplezas. Cuando algunos pedagogos ingenuos de la religión presentan la fe como una sociología tonta e insípida, separada de la realidad de la vida, lo que logran es dejar vacío el corazón de los chicos y privarles de toda esa fuerza y esa guía moral tan necesaria en el camino de su vida.

Una fe profunda y bien arraigada será siempre un recio soporte para toda persona en momentos de crisis. Algo que vendrá a ser en su interior como el giróscopo para un barco en medio de un mar embravecido. Algo que a lo largo de su vida le permitirá mantenerse firme aun en los instantes de mayor dolor o amargura.

Hacerle discurrir

El chico debe captar desde muy pequeño lo razonable de la fe. Habrá advertido hace ya tiempo que existe una fe natural, y observará que la empleamos todos los hombres todos los días muchas veces. La mayoría de las cosas que hacemos vienen marcadas por nuestra aceptación de un testigo, aceptación que es un acto de fe, un acto de la voluntad. Se le puede explicar de modo sencillo con algunos ejemplos.

—Oye, pero..., ¿no querrás que a los doce años le empiece a explicar cosas así?

No hace falta que sea algo muy formal. Pero siempre hay ocasiones en las que tratar con naturalidad temas mínimamente trascendentes.

Todo el mundo cree en multitud de cosas que no se ven ni se sienten. No se ven las ondas de radio, ni los virus, ni la energía, ni la radioactividad, ni muchas otras cosas. Pero todo el mundo habla de ellas y tiene certeza de que existen, porque cree a quienes se lo cuentan y en la explicación que dan a sus supuestos efectos. Los sentidos externos no agotan el conocimiento. Existen cosas que ni se ven ni se sienten. Hay más modos de conocer.

Debes enseñarle a pensar con rigor. Por ejemplo, para que no caiga en ese extendido complejo que podríamos llamar *idolatración de la ciencia experimental*, que constituye un auténtico *culto* hacia aquello que proviene de la órbita de lo empírico, y que lleva a

algunos a la ingenua creencia de que el único modo de conseguir cualquier certeza es el laboratorio.

Debe saber que no hay incompatibilidad alguna entre ciencia y fe, y que la fe nada tiene que temer de los métodos verdaderamente científicos.

La ciencia es una gran cosa, y lo natural es estar muy abiertos al progreso de la técnica y a los avances en todas las especialidades humanas, pero sin dejarse impresionar por ese *dogmatismo* con el que algunos científicos –que quizá no merezcan tal nombre– pretenden imponer sus hipótesis descalificando sin rigor alguno cualquier creencia que no coincida con lo que ellos dicen. Parece como si fueran los únicos mayores de edad y capaces de comprender las realidades de la vida, y además parecen empeñados en *sacarnos de las tinieblas de la ignorancia, y en que nos sacudamos esos mitos religiosos y esas creencias anacrónicas...*

—Oye, pero a los diez o doce años yo creo que ni se plantean cosas así. Casi solo piensan en jugar. Este peligro que dices será más bien para edades posteriores.

Creo que los niños empiezan a pensar antes de lo que parece y más de lo que parece. Aunque den la impresión de que no hacen más que jugar, reflexionan bastante. A lo mejor a raíz de algún comentario de otro chico, de un profesor, o de un programa de televisión...

—Ahora que lo dices, recuerdo una ocasión en que mi hijo, con once años, vio un programa sobre el origen del universo y de la vida humana. Entrevistaron a diversos científicos que expusieron sus teorías y finalmente acabaron por decir que la Biblia era un cuento de niños, que la Iglesia decía muchas cosas absurdas...

Sí, los tópicos de siempre.

—Para el chico supuso una impresión fuerte. Me preguntó si es que lo del Evangelio era como lo de que los Reyes Magos son los padres, o como aquello de la cigüeña...

Otra vez la cigüeña... ¿ves cómo son un desastre las historietas de ese estilo?

—Pues estoy seguro de que si el chico no llega a preguntar, y no hubiera sabido yo un poco del tema y le aclaro unas cuantas ideas, ese programa habría supuesto bastante daño para su fe.

Es curioso comprobar lo convincente que resulta para tanta gente ver en una entrevista en televisión a un personaje extranjero, con aspecto de sabio científico, una bata, un laboratorio de fondo y un doblaje de las respuestas. Parece ya que todo lo que dice es dogma de fe y que por ser un científico nadie puede llevarle la contraria. Dirá que está *científicamente comprobado*, y todos a callar.

La manida frase de que «es un hecho científicamente demostrado que...» se ha convertido en la *entradilla mágica* para imponer opiniones muy discutibles y muy poco científicas. Es como una especie de *catecismo laico* al que acuden algunos, casi sin darse cuenta, repitiendo sumisamente –con su actitud– que «el científico es una autoridad que todo lo sabe y que no puede engañarse ni engañarnos».

—Y lo que se comprueba es que cada pocos años cae una teoría y viene otra, o resulta que una es un caso particular desenfocado de otra más general, o se encuentran multitud de contraejemplos.

Por supuesto. Por eso los científicos sensatos nunca dan categoría de dogma a sus hipótesis.

Si los padres están atentos y tienen un mínimo de formación básica, conseguirán que la fe que con tanto esfuerzo están intentando transmitir a su hijo no se pierda luego tontamente ante ese tipo de cosas. Hay que advertir que, siendo el chico tan pequeño, no tiene un sentido crítico suficientemente desarrollado, y carece de criterio para discernir entre un buen documental científico de divulgación y un panfleto tendencioso.

La realidad de la muerte. Un caso difícil

En el capítulo anterior se trató con detenimiento el modo de desvelar al chico los secretos de la vida. Otra oportunidad de hacerle discurrir aparece con los de la muerte.

—¿Y no crees que es un poco de mal gusto eso de hablarle de la muerte?

No creas, porque las preguntas sobre la muerte surgen bastante temprano en el niño. La realidad de la muerte es imposible de ocultar a su observación. Es algo que le inquieta y le plantea grandes interrogantes. Y que le lleva a Dios. Enseguida piensa que si no hubiera nada después, sería algo cruel e injusto.

No se puede contestar eludiendo el tema, o diciendo que no se sabe bien, o callando, esperando no se sabe a qué.

Si no se tiene fe, es difícil hablar de la muerte a los niños, pero teniéndola es fácil.

Recuerdo una anécdota que sucedió una lluviosa tarde de febrero en la que un padre vino a verme al colegio muy preocupado. Su hijo de once años se había criado en íntima amistad con un vecino suyo de la misma edad a quien acababan de diagnosticar una enfermedad rápida e incurable. Le quedaban tan solo unas semanas de vida.

La familia mantenía celosa ante el chico el secreto de la cercana muerte de su amigo. Pero los días pasaban y el problema se hacía cada vez más acuciante. ¿Qué hacer? ¿Hasta cuándo se podía seguir así? «Hablarle de eso es demasiado duro —me decía— para esa edad». El muchacho notaba ya algo raro, y preguntaba qué pasaba, pero no obtenía respuesta.

Para quienes no tienen fe, es realmente una respuesta difícil. Para quienes la tenemos, no lo es tanto. Es una despedida, a un tiempo dolorosa y alegre. Un cambio de casa, de esta de la Tierra a la del Cielo. Una realidad que está permanentemente presente en la educación de la fe, y que no tiene sentido silenciar.

A todos nos duele despedirnos de un ser querido, y despedirnos por mucho tiempo, hasta que nos reunamos con él a nuestra muerte. Pero si la fe es firme, no habrá tanto miedo a la muerte. Y cuando la muerte llame a la puerta, a la nuestra o a la de alguien cercano, la recibiremos con paz si tenemos la conciencia limpia, pues *pensar en la muerte obliga a pensar en cómo llevamos la vida*. Si en el chico ha arraigado una fe

sólida, comprenderá y aceptará esa realidad, como la han comprendido y aceptado todos los auténticamente cristianos a lo largo de los siglos.

Le animé a que afrontara esa conversación, pero se resistía a hacerlo. «Es algo –se lamentaba– para lo que había que haberle preparado con mucho más tiempo. Le va a suponer un golpe muy fuerte. No sabes lo amigos que son. No pueden hacer nada el uno sin el otro. No sé cómo Dios permite esto...».

«Es una realidad –le dije– que debes afrontar. Tú primero, y él después. No pretendas dar lecciones a Dios sobre cómo debe organizar el mundo, que sabe más que tú y que yo. No tiene por qué haber problemas. Háblale de que pronto estará en el Cielo».

No veía claro lo de hablar del Cielo y el Infierno a los chicos. «Eso es algo muy duro y que no termino de entender», decía.

Estaba claro que el problema estaba en el padre. Se llamaba a sí mismo cristiano, pero todo lo quería interpretar de forma blanda y acomodada. Era de los que quería «ser bueno y no hacer mal a nadie», pero sin poner esfuerzo, sin exigencia personal, sin pecado, sin Infierno y sin principios morales objetivos. La muerte –para él– era algo que prefería ignorar poniéndola entre paréntesis. Y los resultados familiares eran tan lacios y desmadejados como sus ideas.

La existencia del pecado y del perdón, de un Dios remunerador, que premia a los buenos y castiga a los malos, es algo que entienden los niños perfectamente. Lo que les inquietaría es pensar que las injusticias se mantienen a perpetuidad, por la falta de un ser superior que gobernara sapientísimamente el mundo. O que después de la muerte no hay más que un vacío, lleno... de nada.

Tendrá miedo a la muerte quien espere su llegada con las manos vacías, después de una vida igualmente vacía. No tengas miedo a hablar de que hay otra vida después de esta, y de cómo hemos de estar preparados para recibir la muerte sin dramatismos.

No ser pesados. Práctica de la fe en la familia

No es necesario hablarles constantemente de Dios. Si hay fe, los hijos irán creciendo en ese ambiente y comprenderán bien las realidades sobrenaturales. Y eso es lo importante: que el hogar esté vivo y que los padres hablen de Dios a los chicos con su propia vida.

La instrucción religiosa ha de discurrir por caminos positivos. No quieras resolver los pequeños problemas domésticos diciendo al chico: «te va a castigar Dios», o «te irás al Infierno», o «eso que has hecho es un pecado gravísimo», porque por esas trastadas infantiles no se va la gente al Infierno. Ya dijimos que había que hablarles del pecado, pero sin atosigarles con la falsa y tonta idea de que todo es pecado.

Tampoco se puede poner el demonio a la altura de las brujas, duendes o fantasmas. El Infierno es una realidad seria que, sin dramatismos tontos, los chicos deben conocer.

Igual sucede con el Cielo, que a veces los chicos –cuando no se explica bien– pueden asimilar a algo estático y aburrido. Algunos padres identifican la bondad con la quietud, y ese «estate quieto, sé bueno» aburre soberanamente a sus hijos, que, afortunadamente, están llenos de vitalidad. El «estate quieto, sé bueno», me contaban en una ocasión,

cansaba tanto a aquel muchacho, que terminó por preguntar: «Mamá, ¿y en el Cielo..., también tendremos que ser buenos?».

*Debemos hablarles de Dios de modo grato y atractivo,
no reiterativo y tedioso.*

No se puede usar de Dios según nuestro mezquino interés. No se puede invocar el nombre de Dios para que el niño se tome la sopa o para que baje a hacernos un recado. La realidad de Dios es algo que conviene hacerle descubrir y querer, *no un instrumento con el que golpearle en la cabeza a nuestro antojo*. Actuar así llevaría a deformar su conciencia y sembrar de sal el fértil campo de su fe infantil.

No se trata de atosigarle con lecciones profundas e incesantes. La mente del niño se ha comparado al cuello de una botella. Si se intenta meter gran cantidad de líquido en poco tiempo, se desborda y se derrama. En cambio, gota a gota, despacio, pero con constancia, pronto se llena de sabiduría.

—¿Y qué prácticas cristianas puede hacer a esta edad?

No es fácil dar normas fijas. Puedo darte algunas ideas con la exclusiva finalidad de sugerirte algo de lo muy diverso que se puede hacer. Es bueno que las devociones sean pocas, pero serias y constantes.

- Esas tres Avemarías de rodillas junto a la cama, antes de acostarse.
- Aquella otra oración de ofrecimiento del día a Dios, cuando se levanta.
- Bendecir la mesa.
- Ir juntos –y elegantes– a Misa, y rezar algunas oraciones de acción de gracias después.
- Quizá rezar el Rosario en familia, y si son demasiado pequeños solo un misterio, y en las fiestas de la Virgen algo más.
- O retomar aquellas viejas devociones del mes de Mayo, la novena a la Inmaculada, el escapulario del Carmen... No muchas, pero bien vividas.

Las familias cristianas no deben olvidar que los padres son los primeros educadores en la fe y que, por tanto, es necesaria una *catequesis familiar* en la que, con una periodicidad establecida –semanal, por ejemplo–, los padres vayan cumpliendo con esa obligación, que no deben abandonar en manos únicamente del colegio o la parroquia.

Cuando el problema está en los padres

Algunos padres, cuando en los libros o charlas de orientación familiar oyen hablar de Dios, o les hacen alguna consideración sobrenatural, *cambian de sintonía y desconectan por completo*. Reaccionan como si dijeran: «Vamos a ser prácticos, por favor. No me vengas ahora con sermones como si yo fuera un infeliz en busca de resignación. Quiero soluciones».

Quizá no comprenden lo que es el alma. Que el hombre no es un simple animal extraordinariamente desarrollado en el que educar es simplemente encauzar unos instintos. Que tiene un alma espiritual e inmortal que el educador no puede ni debe ignorar.

Hay que saber cómo actúa el alma. A lo mejor esas personas entienden muchísimo sobre cómo funciona el cuerpo, y qué conviene a su salud, y cómo prevenir o curar una enfermedad, o lo que sea, pero no saben una palabra sobre la salud de su alma, siendo como son sus enfermedades mucho más dolorosas.

No olvides que la raíz de muchos problemas está en el alma. La raíz de muchos de los problemas de tu hijo está en su alma. La raíz de muchos de tus problemas está en tu alma.

Muchas veces, cuando la gente nota un vacío grande, y se pregunta qué le falta a su vida, lo que le falta es la rectitud de la fe, el acatamiento de Dios. Ese reconocimiento es lo que hace que la vida esté construida en sabiduría y libertad.

«No veo a Dios por ninguna parte», dicen. O «mi fe se muere», o «mi fe ha muerto...». Y quizá su fe sigue latente, ahogada por costumbres insanas o claudicaciones inconfesables.

«El moderno experimento de vivir sin religión ha fracasado», decía Schumacher. Y las estadísticas –puede comprobarse en los sondeos *Gallup* de las dos últimas décadas– confirman esa afirmación, pues tanto el ateísmo como el agnosticismo están en franca recesión en el mundo occidental, en contra de lo que a veces el ambiente social parece querer mostrar.

La fe es algo personalísimo de lo que no se puede prescindir, y en ella actúa la iniciativa de Dios. Y aunque la iniciativa sea de Dios, nuestra respuesta es decisiva. Y a veces, el griterío de nuestro mundo interior hace imposible oír esa voz, o nuestra falta de fortaleza y de generosidad hace que no queramos o no podamos responder. Son tinieblas muchas veces voluntarias, a las que quizá no se quiere poner remedio porque nuestra conducta interesada ahoga la voz de Dios.

El problema de fe proviene otras veces del desequilibrio en la formación. No es difícil encontrarse cristianos que son brillantes en su profesión, incluso cultos, muy leídos y muy viajados, con grandes experiencias quizá, pero absolutamente ignorantes en lo referente a su fe. Hombres o mujeres que abandonaron el estudio de los fundamentos de sus creencias con el final de sus estudios primarios o con las primeras crisis de la adolescencia, y que conservan una imagen de la teología que bien podría servir para un cuento de hadas, cuando la teología es sin duda la ciencia sobre la que más se ha hablado, escrito, investigado y debatido a lo largo de los siglos. Les falta estudio de su propia fe, que es equilibrio en su formación.

Esa ignorancia es un formidable enemigo de la fe, puesto que la fe en cualquier cosa exige siempre un suficiente conocimiento previo. Y esa fe débil bien puede tener su causa en haber recibido una formación religiosa poco afortunada o impartida por personas que no han sabido mostrar su grandeza.

Por eso hemos de ser consecuentes y dedicar el tiempo que sea preciso para tener un conocimiento de nuestra fe adecuado a nuestro nivel cultural e intelectual. De esta forma, la experiencia de tantos siglos en la vida de tantas personas nos ayudará a vivir esas

exigencias y a superar las dificultades que se nos presenten, que quizá no sean tan nuevas.

—Sin embargo, hay muchos que creen poco, o que no practican, pero sí quieren que sus hijos reciban una buena formación cristiana.

El valor de la formación moral cristiana es algo bastante reconocido, afortunadamente. Y esa preocupación de esos padres es indudablemente loable y positiva.

Pero los padres que quieren que sus hijos crean, y, sin embargo, ellos mismos no practican, suelen fracasar.

Si no tienen la fe como parte esencial de su vida, o si luego desmienten sus palabras con los hechos, es difícil que las cosas salgan bien.

Sin embargo, para muchos otros padres ha sido precisamente la preocupación por educar correctamente a sus hijos y darles un buen ejemplo, lo que les ha llevado por un camino de mayor cercanía a Dios y más profundo conocimiento de la fe, que ha venido a facilitar su propia coherencia y, en cierta manera, su conversión.

CAPÍTULO 11

Una idea puede estar en dos cabezas sin ninguna disminución; más bien es al revés, está mejor en dos cabezas que en una.

Leonardo Polo

En solitario es muy difícil

Actitudes autodidactas. Educar hoy es diferente

Educar a los hijos, ya lo hemos dicho, es toda una ciencia. Se necesitan conocimientos precisos y esfuerzo para adquirirlos. La buena voluntad no basta.

Es cierto que se trata de una ciencia que no se adquiere solo a base de letra impresa. La educación es un proceso continuo de formación, en el que la mayoría de las cosas se aprenden como fruto de la experiencia personal. Sin embargo, sería un error prescindir de toda la sabiduría que hay plasmada en tantos libros, o del enriquecimiento mutuo que producen las conversaciones con personas sensatas y experimentadas, o en cursos de orientación familiar. Sería esperar milagros que vinieran a suplir nuestra dejadez.

Es siempre ilustrativo el intercambio de impresiones con otros matrimonios que tengan hijos en edades parecidas y se hayan preocupado de darles una buena educación. Es algo siempre ameno y esclarecedor, que lleva a reflexionar con hondura, y que da ideas (aunque, lógicamente, la utilidad depende mucho de la capacidad de autocrítica que tengamos sobre nuestro propio modo de educar).

Se trata de recibir nuevas ideas –aunque sean exigentes y a veces difíciles de poner en práctica–, no de buscar a alguien que nos diga que lo hacemos todo muy bien. No vayamos a caer en el síndrome de esos enfermos que van de médico en médico hasta que encuentran uno que les deja hacer lo que les apetece.

Educar a los hijos es algo demasiado importante. Los experimentos, con gaseosa, como recomienda el dicho popular. Es cierto que la responsabilidad corresponde a los padres, pero acometer *solos* esa tarea tiene muchos riesgos.

Para empezar, educar hoy es diferente a como nos educaron a nosotros: basarse solo en nuestra experiencia, hoy, no es suficiente

Y como todos sabemos que equivocarse en esto puede conducir fácilmente a situaciones irreversibles, no es prudente correr los riesgos que llevaría consigo un orgulloso e ingenuo planteamiento excesivamente autodidacta.

Todo buen padre, toda buena madre, debe esforzarse en aprender y adquirir *competencia* en su *oficio* de educador. Y para adquirir esa competencia es preciso reflexionar, leer, estudiar, consultar, hablar..., para así, después, tomar las decisiones oportunas sabiendo adaptarse a cómo son los propios hijos.

Sus amigos. Educación en la amistad y el compañerismo

Hay que acertar en esto de los amigos. Su influencia es muy poderosa, y a estas edades puede empezar a ser ya en algunos casos mayor que la de los padres.

Es un error, de entrada, dificultar que los hijos puedan hacer amigos. No se debe pretender edificar su cariño al hogar sobre los escombros de sus amistades personales. Las celotipias y los exclusivismos son siempre negativos a largo plazo. Los amigos y el

ambiente familiar no son cosas contrapuestas. Es una pena privarle de la gran ayuda que supone el contar con buenas amistades.

Todos los casos que he conocido en los que los padres se enorgullecían de que sus hijos se pasaban la vida en casa, y que no echaban de menos tener amigos porque ya les tenían a ellos, han conducido finalmente a resultados insatisfactorios. A la larga, acaban por convertir al chico en un ser superprotegido y sin relaciones, que un día quedará indefenso y a merced del amigote ocasional o del aprovechado de turno.

Fomenta que tu hijo tenga muchos amigos, y buenos. Para lograrlo habrá que enseñarle a ser buen amigo, a tener detalles de preocupación por ellos, a cultivar la amistad sin instrumentalizarla para su provecho. Habrá que ingeniárselas para conocer a sus amigos y charlar distendidamente con ellos. E incluso, si es posible, con sus padres. Por ejemplo, dando facilidades para que los traiga a casa, o coincidiendo con esas familias con ocasión de cualquier acontecimiento deportivo, fiesta o excursión.

Los buenos amigos son siempre una gran ayuda mutua.

Un buen colegio, pero no solo eso

—Eso que cuentas de los buenos amigos está muy bien, pero el chico no se hace amigo de quienes tú le digas...

Algo siempre se le puede hacer razonar de vez en cuando –sin cargar las tintas ni ser pesados– sobre qué tipo de amigos «le convienen». Tener amigos que apenas estudian, por ejemplo, lleva con facilidad a no estudiar. Y si son un poco golfos, no sería extraño que uno lo acabe siendo también. Aunque, por fortuna, también sucede al revés. Todos los que nos hemos dedicado a la enseñanza conocemos multitud de casos, en los que, por ejemplo, un buen amigo ayuda a ser estudioso a otro.

Se puede hablar con el chico de estas ideas, y puede entenderlo, aunque conviene respetar habitualmente sus preferencias, sin imposiciones directas, salvo casos de claro peligro. Los amigos son suyos, no nuestros, y son ellos quienes han de encontrar simpatía y atractivo entre quienes conocen para brindarles su amistad.

Está claro que no basta solo con decírselo. Pero hay muchos detalles prácticos que sí están al alcance de los padres. El chico tiende de por sí a seleccionar sus amistades, pero debes facilitárselo haciendo que se mueva en un ambiente en el que trate chicos que puedan hacerle bien. Si no, será casi imposible que haga buenos amigos. Los padres deben contar con esto siempre en sus decisiones.

—¿En qué decisiones?

Por ejemplo, a la hora de elegir colegio. El colegio juega un papel fundamental en su educación, puesto que es donde pasa casi todo el día y donde tiene la mayor parte de sus relaciones. Por eso es tan importante escoger bien dónde estudia, aunque suponga un sacrificio económico o un mayor tiempo de transporte. Sería una pena que una despreocupación en este punto echara a perder en las horas escolares lo que con tanto esfuerzo va aprendiendo en el hogar.

Y no solo al decidir a qué colegio va, sino también a la hora de asumir el protagonismo que a los padres corresponde en la vida escolar. Por ejemplo, preocuparse de acudir a las reuniones para padres que allí se celebran, o visitar al tutor o a los profesores cuando sea preciso, aunque nos falte tiempo. Supone seguramente un sacrificio, pequeño o grande, pero merece la pena. Se verá siempre compensado por lo valioso del intercambio de impresiones sobre el chico. Así, la mayoría de los problemas –ya lo hemos dicho– podrán resolverse antes de que lleguen realmente a serlo.

Su entorno en el tiempo libre. Los clubes juveniles

—Sí, pero puedes estar sacrificándote para pagar un buen colegio, y poniendo un gran esfuerzo para mejorar el ambiente familiar, y luego perderse todo por los amigos que hace durante su tiempo libre.

Efectivamente, por eso debes preocuparte también de que tenga un entorno adecuado para el tiempo libre.

—Sí, claro, pero eso... ¿cómo se consigue? Porque, el chico es muy independiente y no acepta tan fácilmente que le digas en qué ambiente se tiene que mover...

Por supuesto, pero hay factores que favorecen que esté en un ambiente adecuado, y pueden estar en tu mano.

Por ejemplo, hay que pensar en estos temas al decidir sobre el lugar en donde se vive. A lo mejor no es lo ideal para el chico trasladarse a vivir a aquella urbanización de *alto standing* pero de ambiente frívolo, que le hace casi imposible continuar con los amigos que tenía, y que le desarraiga de un ambiente que le iba bien.

—Pero si tiene aire puro y espacio abierto para jugar...

Sí, pero educar no es cuestión de zonas verdes y pistas deportivas. Aunque son cosas buenas, eso es casi lo de menos.

Y sucede algo parecido con el lugar donde pasar el verano o el fin de semana. Quizá no sea el sitio más adecuado aquel lugar de dudoso ambiente moral –por mucho que digas que a tu hijo apenas le afectará–, o donde los chicos que hay de su edad no parece que le convengan demasiado. Hay abundante experiencia, además, de cómo un chico empieza un bajón irreversible por un mal verano a estas edades. Busca otra solución mejor, pensando más en tu hijo, aunque para ti sea menos cómodo.

—De acuerdo. Yo soy de los que reconocen que si vamos a esos lugares suele ser por comodidad nuestra, de los padres. De todas formas, aunque fuéramos a sitios mejores, no sé si sería suficiente, porque una buena parte del tiempo libre lo pasará en casa, pero el resto querrá estar con sus amigos, y hemos quedado en que eso es bueno. Y la experiencia demuestra que muchas veces no es fácil conseguir que se relacione con chicos conocidos por los padres, y que sean de familias sanas y tengan costumbres y modos de divertirse sanos.

Es un problema que preocupa a casi todas las familias.

Por eso muchos padres se ponen de acuerdo para promover clubes juveniles donde sus hijos aprendan a

*pasarlo bien de forma sana, aprendan cosas útiles,
hagan amigos en un ambiente favorable y reciban una
ayuda en su formación.*

Son una gran tranquilidad para los padres, pues de esta manera los chicos ocupan bien bastantes de esas horas de después de salir de clase, o del fin de semana, o de una parte de las vacaciones, al tiempo que aprenden cosas interesantes.

Por supuesto –igual que decíamos con el colegio–, tampoco se trata de abandonar la educación del hijo en los preceptores o tutores del club juvenil. Sigue siendo responsabilidad de los padres, aunque por supuesto recibirán una buena ayuda.

También son útiles porque es importante que el chico tenga confianza con personas ajenas a la familia que le merezcan garantía. No olvides que pronto probablemente necesitará de una voz amiga que le oriente cuando su autosuficiencia adolescente quizá le retraiga de consultar con sus padres. Esa función cumplen muchas veces los preceptores o tutores de los colegios y de los clubes juveniles, y son una gran ayuda en la tarea educativa de los padres.

**PARA PENSAR
PARA ACTUAR...**

Para recordar...

Haz que el chico se forme en un clima
donde se sienta interpelado
por el sufrimiento de los demás,
desea ayudar a quien lo necesita
y aprenda a perdonar y pedir perdón.

Debe acertar a captar ahora,
cuando todavía no está despierto
en él con toda su fuerza
el instinto sexual,
la naturaleza del amor humano.

Para pensar...

Valora el decisivo papel
de la amistad.

Enséñale a tener muchas
y buenas amistades.

Los buenos amigos
son una gran ayuda.

Busca ayuda en esta tarea de educar:
un colegio adecuado,
conversaciones con personas experimentadas,
un curso de orientación familiar,
un club juvenil, etc.

Procura que tu hijo se eduque
en un ambiente favorable,
que ya tiene sobradas oportunidades
de conocer lo que no le conviene.

Para ver...

Bailar en la oscuridad (Lars Von Trier).

El hombre sin rostro (Mel Gibson).

El hombre que hacía milagros (Derek W. Hayes y Stanislav Sokolov).

Para leer...

Alfonso Aguiló, *Educación de los sentimientos*,
Col. Hacer Familia, nº 63. Ed. Palabra.

Juan José Javaloyes, *El arte de enseñar a amar*, Col. Hacer Familia, nº 82. Ed. Palabra.

Alfonso Aguiló, *Interrogantes en torno a la fe*, Col. Hacer Familia, nº 58.

Para hablar...

Hay que aprovechar las ocasiones favorables para dar una buena educación sexual, sin reduccionismos. Pero esas ocasiones hay que buscarlas. Plantear una conversación clarificadora con cada uno de los hijos sobre este punto.

Buscar con naturalidad ocasiones para hablar con los hijos sobre sus amigos, y para conocerlos personalmente, a ellos y también a sus familias. Procurar así llevar a la práctica aquello de «que los amigos de mis hijos sean hijos de mis amigos».

Para actuar...

SITUACIÓN:

David y Cristina tienen cuatro hijos. Han procurado educarlos cristianamente, pero lo cierto es que no han concedido demasiada importancia a la educación en la fe. Ahora se dan cuenta, cuando ven que Luis, su hijo mayor, está en plena «edad del pavo» y ha dejado de ir a Misa y de confesarse, y repite unas ideas sobre la religión bastante sorprendentes. «Deben ser esos amigos que se ha echado –comenta su padre–, que no me gustan nada. Lo malo es que a esta edad ya apenas nos escucha».

«Pues lo primero que tenemos que hacer –afirma la madre– es pensar en sus hermanos pequeños y sacar experiencia. Hemos llegado un poco tarde con Luis, y tenemos que hacer todo lo posible por ayudarlo, pero lo mejor sería prevenir esto en los demás».

OBJETIVO:

Educar en la fe con profundidad a los hijos pequeños.

MEDIOS:

Implicarse más toda la familia.

MOTIVACIÓN:

Llegar a tiempo para que su fe sea firme y bien fundamentada cuando empiecen las turbulencias de los años de la adolescencia.

Lo primero que pensaron David y Cristina es que tenían que hacer un cierto ejercicio crítico sobre su forma de educar en la fe. Para sacar ideas, decidieron hablarlo con un matrimonio amigo con el que tenían bastante confianza.

Aquella conversación, a solas los cuatro y con tiempo por delante, fue muy enriquecedora para todos. David y Cristina se dieron cuenta de que tenían que hablar de la fe con un estilo más positivo. A veces hacían unos planteamientos de la práctica religiosa que eran un poco antipáticos y reiterativos, y debían sustituirlos por otros que crearan una imagen de Dios y de la fe más atractiva en la mente de sus hijos.

«Me parece –resumía David– que hemos creado en nuestros hijos la idea de que Dios es un personaje un poco aguafiestas que parece prohibirnos todo lo que nos apetece, y que ser cristiano es una ingrata secuencia de prácticas, obligaciones y renunciaciones. Tenemos que dar la vuelta a eso».

HISTORIA:

A raíz de aquella conversación, ambos se esforzaron en esa línea. Se dieron cuenta de que lo primero era ser más coherentes personalmente. Los hijos tienen que ver cómo la

fe se traduce en obras concretas, y que no son simples formalidades exteriores vacías e inconexas. Pero todo eso no podía quedarse en unas simples ideas, sino traducirse en cosas concretas cada día.

Desde entonces procuraron que sus palabras y sus hechos asociaran la idea de agradar a Dios con la idea de mejorar, estar más pendientes de los demás, ser generosos, trabajadores, sinceros. La alegría, la buena sintonía entre todos, el cariño..., surgen como realidades espontáneas cuando Dios está verdaderamente presente en la vida de una familia.

En cuanto a la formación religiosa, organizaron una simpática catequesis familiar todos los sábados por la mañana, con una especie de concurso con preguntas y respuestas de catecismo. Lo preparaba y dirigía Cristina, dando un tiempo antes para repasar lo que tocaba ese día, y tuvo gran éxito.

Fijaron también algunas sencillas devociones, como bendecir la mesa, leer cada día unos minutos el Evangelio o algún libro espiritual y comentarlo después un poco, rezar los sábados un misterio del Rosario, etc. Pocas cosas y breves, pero bien explicadas y realizadas con esmero y puntualidad.

Pusieron empeño en explicar la necesidad de rezar que tenemos los hombres, y que constatamos cada día cuando vemos que suceden cosas desagradables que no podemos cambiar, o que no hemos cumplido lo que nos habíamos propuesto, o que deberíamos dar gracias por tanto que hemos recibido. En todas esas situaciones hemos de levantar el corazón a Dios, pidiendo ayuda, dando gracias, pidiendo perdón, etc.

También vieron que iban a Misa cada uno por su lado, y que a veces llegaban tarde sin motivo, o pasaban meses sin confesarse, etc. Decidieron que a partir de entonces irían a Misa todos juntos a una hora temprana, y que organizarían después un desayuno más de fiesta. También empezaron a seguir la costumbre de llegar un rato antes a la iglesia y confesarse, pues comprobaron que unos y otros solían retrasarse por simple olvido o pereza, y que así les resultaba mucho más fácil..

RESULTADO:

En unos meses los avances fueron muy grandes. David y Cristina comprobaron cómo la preocupación por educar mejor a los hijos y darles un buen ejemplo les había llevado a mejorar ellos mismos de un modo que de otra manera difícilmente habrían alcanzado. Además, este cambio de actitud de todos hizo que Luis, el hijo mayor, superara en buena parte la crisis de fe que atravesaba.

GUÍA DE TRABAJO INDIVIDUAL N° 29A

TU HIJO DE 10 A 12 AÑOS

Capítulos 1, 2 , 3 y 4

OBJETIVOS:

- *Conocer bien a los hijos.*
- *Educar de modo positivo.*
- *Ejercer bien la autoridad.*

TRABAJO INDIVIDUAL:

- 1º- Una lectura rápida y otra más lenta marcando lo importante.
- 2 - Apuntar las dudas que surjan al leer el texto.
- 3 - Repasar el caso de Óscar (cap. 2) y analizar esas «cuestiones muy reveladoras». Piensa en posibles problemas de tu hijo, escoge uno de ellos y haz un Plan de Acción para mejorar.
- 4 - En «Tendencia a prejuzgar negativamente» (cap. 4) se habla del riesgo de «etiquetar» a los hijos. Repasa la relación de quejas negativas que se enumeran y escribe qué «etiquetas» pones a tus hijos. Haz un Plan de Acción para descubrir a tu hijo haciendo algo bien y alabárselo.
- 5 - Repasa «La reprensión» (cap. 4), y escribe cómo puedes ejercer mejor la autoridad.

TRABAJO EN GRUPO:

- 1º - Comentar y tratar de aclarar las dudas de interpretación que hayan surgido al leer el texto.
- 2º - Hacer una relación de los rasgos característicos de los chicos de 10 a 12 años.
- 3º - Elaborar una relación de dificultades y problemas cotidianos con los hijos de 10 a 12 años.
- 4º - Comentar otros Planes de Acción realizados en el trabajo individual, salvaguardando siempre la intimidad de las personas.
- 5º - Seleccionar los tres mejores Planes de Acción aportados en la sesión.
- 6º - Poner ejemplos de premios y castigos aplicables a esta edad, y de cómo adelantarse con estímulos positivos que motiven lo suficiente para no tener que castigar.
- 7º - Trabajo opcional: analizar «El caso de Óscar» (cap. 2) y comentar los problemas que se plantean y sus causas.

GUÍA DE TRABAJO INDIVIDUAL N° 29 B

TU HIJO DE 10 A 12 AÑOS

Capítulos 5,6 y 7.

OBJETIVOS:

- *Mejorar el ambiente familiar.*
- *Fortalecer la voluntad y el carácter.*
- *Ayudarles a rendir mejor en sus estudios.*

TRABAJO INDIVIDUAL:

- 1º - Una lectura rápida y otra más lenta marcando lo importante.
- 2º - Apuntar las dudas que surjan al leer el texto.
- 3º - Repasar los puntos que se enumeran en «Un equilibrio adecuado. El caso de Mario» (cap. 5), y hacer un Plan de Acción para mejorar el ambiente familiar.
- 4º - Partiendo de lo que se enumera en «Ir a las causas, sin quedarse solo en lo académico» (cap. 7), pensar posibles contradicciones en el modo de educar que tendrán repercusión en los estudios.
- 5º - Releer las dos últimas páginas de «Diversos modos de equivocarse» (cap. 7), y hacer un Plan de Acción para mejorar el rendimiento escolar.

TRABAJO EN GRUPO:

- 1º - Comentar y tratar de aclarar las dudas de interpretación que hayan surgido al leer el texto.
- 2º - Comentar algunos puntos concretos que hayan servido de base para hablar con los hijos de esta edad sobre cómo mejorar el ambiente familiar.
- 3º - Dar ideas positivas para mejorar el rendimiento en los estudios, especialmente en lo relacionado con los puntos 4º y 5º del trabajo individual.
- 4º - Comentar otros Planes de Acción realizados en el trabajo individual, salvaguardando siempre la intimidad de las personas.
- 5º - Seleccionar los tres mejores Planes de Acción aportados en la sesión.
- 6º - Trabajo opcional: repasar el caso relatado al comienzo del cap. 7 y analizar los problemas que se plantean y sus causas. Ofrecer tres soluciones positivas.

GUÍA DE TRABAJO INDIVIDUAL N° 29 C

TU HIJO DE 10 A 12 AÑOS

Capítulo 8,9,10 y 11.

OBJETIVOS:

- *Enseñar a tener buen corazón.*
- *Dar una buena educación sexual.*
- *Fundamentar bien la educación en la fe.*

TRABAJO INDIVIDUAL:

- 1º - Una lectura rápida y otra más lenta marcando lo importante.
- 2º - Apuntar las dudas que surjan al leer el texto.
- 3º - Repasar «Preguntas propias de la edad. ¿No será ya tarde?» (cap. 9). Habla con tu hijo y comprueba si sabe todo, y sobre todo si lo sabe bien.
- 4º - Releer «¿Tiene conciencia del mal?» (cap. 10) y pensar cómo ayudar a formar la conciencia de tu hijo. Del epígrafe anterior puedes sacar ideas para hacer un Plan de Acción.
- 5º - Partiendo de las ideas de «No ser pesados. Práctica de la fe en la familia» (cap. 10), haz un Plan de Acción para mejorar este tema en tu familia.
- 6º - Revisar el cap. 11 y pensar posibles modos de recibir ayuda en la tarea de educar.

TRABAJO EN GRUPO:

- 1º - Comentar y tratar de aclarar las dudas de interpretación que hayan surgido al leer el texto.
- 2º - Exponer cada uno tres objetivos positivos de los señalados en el punto 3º del trabajo individual. Seleccionar los dos mejores del grupo.
- 3º - Aportar experiencias positivas sobre el modo de tratar sobre temas de educación sexual con chicos de estas edades.
- 4º - Comentar otros Planes de Acción realizados en el trabajo individual, salvaguardando siempre la intimidad de las personas.
- 5º - Seleccionar los tres mejores Planes de Acción aportados en la sesión.
- 6º - Aportar las tres mejores ideas surgidas de los puntos 4º, 5º y 6º del trabajo individual.
- 7º - Trabajo opcional: analizar «La realidad de la muerte. Un caso difícil» (cap. 10), y comentar los problemas que se plantean y sus causas.

El autor agradecerá recibir cualquier observación sobre este libro, dirigiéndose directamente (aaguilo@jazzfree.com), o a través de la editorial (hacer-familia@edicionespalabra.es).

Índice

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Introducción](#)

[PARTE PRIMERA “A” - ANTES DE LANZARTE A HABLAR](#)

[Capítulo 1: Lo propio de la edad](#)

[Rasgos de su carácter](#)

[No se puede perder tiempo](#)

[Actitudes e intereses: una época de contrastes](#)

[Vida escolar](#)

[Capítulo 2: ¿Echa una mirada a tu vida?](#)

[La importancia del ejemplo](#)

[Pero... ¿basta con el ejemplo?](#)

[¿Recuerdas cómo eras a los 12 años?](#)

[Llegar a tiempo](#)

[Capítulo 3: Tu actitud](#)

[Educar exige tiempo](#)

[Sin esperar a circunstancias que nunca llegan](#)

[Que noten que les quieres. Ganarse a los hijos](#)

Esta generación

Capítulo 4: Autoridad y libertad

La autoridad se conquista mereciéndola

Aprender a mandar, enseñar a obedecer

El miedo a la libertad. Educación en la confianza

Tendencia a prejuzgar negativamente

La represión

Para pensar, para actuar...

PARTE SEGUNDA “B” - EDUCAR EN VALORES EN LA FAMILIA

Capítulo 5: El ambiente familia

Diálogo y naturalidad. Virtudes familiares

Alegría, optimismo y buen humor. El caso de Raúl

Felicidad y egoísmo. Educación en la generosidad

Tiempo libre, aficiones, deporte y televisión

¿Quién entra hasta tu sala de estar?

Capítulo 6: Educación de la voluntad y del carácter

El carácter y la falta de carácter

Fortaleza interior: valentía, reciedumbre, etc.

Señores de sí mismos

El niño consentido. Educación en la sobriedad

Que aprenda a organizarse. Educar en la laboriosidad

Ir a las causas, sin quedarse solo en lo académico

Castigar es fácil; motivar es difícil

Diversos modos de equivocarse

Para pensar, para actuar...

PARTE TERCERA “C” - EDUCACIÓN DE LOS AFECTOS Y LOS VALORES TRASCENDENTES

Capítulo 8: Educación de la afectividad

Un equilibrio adecuado. El caso de Mario

Que tengan corazón. Lección de una madre

Enseñar a perdonar. Otra madre ejemplar

Reconocer los errores consolida la autoridad

Enseñar a pedir perdón. El caso de David

Educar para el amor, ahora

Capítulo 9: Educación sexual

¿Cómo se logra la naturalidad?

No seas ingenuo: es mayor de lo que parece

El síndrome de «leerle unas instrucciones»

Qué debía haberte preguntado ya. Un breve repaso

Preguntas propias de la edad. ¿No será ya tarde?

Atención a la prepubertad. ¿Le afecta o no le afecta?

El mundo interior. Algunos peligros

No solo sabias recomendaciones. ¿Censura?

Ya lo sabe todo. ¿Es suficiente?

Capítulo 10: - Educación en la fe

Viejos tópicos. ¿Que pruebe un poco de todo?

La Misa y la Confesión

¿Tiene conciencia del mal?

Un testimonio de vida. Ejemplos de cómo dar ejemplo

Hacerle discurrir

La realidad de la muerte. Un caso difícil

No ser pesados. Práctica de la fe en la familia

Cuando el problema está en los padres

Capítulo 11: En solitario es muy difícil

Actitudes autodidactas. Educar hoy es diferente

Sus amigos. Educación en la amistad y el compañerismo

Un buen colegio, pero no solo eso

Su entorno en el tiempo libre. Los clubes juveniles

Para pensar, para actuar...

Guías de trabajo

Índice

Índice

Introducción	3
PARTE PRIMERA “A”	6
ANTES DE LANZARTE A HABLAR	7
CAPÍTULO 1	8
Lo propio de la edad	9
Rasgos de su carácter	9
No se puede perder tiempo	10
Actitudes e intereses: una época de contrastes	12
Vida escolar	14
CAPÍTULO 2	16
¿Echa una mirada a tu vida?	16
La importancia del ejemplo	16
Pero... ¿basta con el ejemplo?	17
El caso de Óscar	17
¿Recuerdas cómo eras a los 12 años?	18
Llegar a tiempo	19
CAPÍTULO 3	21
Tu actitud	22
Educar exige tiempo	22
Sin esperar a circunstancias que nunca llegan	23
Que noten que les quieres. Ganarse a los hijos	24
Esta generación	25
CAPÍTULO 4	27
Autoridad y libertad	28
La autoridad se conquista mereciéndola	28
Aprender a mandar, enseñar a obedecer	28
El miedo a la libertad. Educación en la confianza	29
Tendencia a prejuzgar negativamente	30
La reprensión	32
PARA PENSAR PARA ACTUAR...	36
Para recordar...	37
Para pensar...	38

Para ver...	39
Para leer...	40
Para hablar...	41
Para actuar...	42
PARTE SEGUNDA “B”	44
EDUCAR EN VALORES EN LA FAMILIA	45
CAPÍTULO 5	46
El ambiente familiar	47
Diálogo y naturalidad. Virtudes familiares	47
Alegría, optimismo y buen humor. El caso de Raúl	48
Felicidad y egoísmo. Educación en la generosidad	50
Tiempo libre, aficiones, deporte y televisión	52
¿Quién entra hasta tu sala de estar?	54
CAPÍTULO 6	56
Educación de la voluntad y del carácter	57
El carácter y la falta de carácter	57
Fortaleza interior: valentía, reciedumbre, etc.	58
Señores de sí mismos	59
El niño consentido. Educación en la sobriedad	61
CAPÍTULO 7	64
Sus estudios	65
Que aprenda a organizarse. Educar en la laboriosidad	65
Ir a las causas, sin quedarse solo en lo académico	66
Castigar es fácil; motivar es difícil	68
Diversos modos de equivocarse	69
PARA PENSAR PARA ACTUAR...	72
Para recordar...	73
Para pensar...	74
Para leer...	75
Para hablar...	76
Para actuar...	77
CAPÍTULO 8	79
Educación de la afectividad	80
Un equilibrio adecuado. El caso de Mario	80
Que tengan corazón. Lección de una madre	81

Enseñar a perdonar. Otra madre ejemplar	83
Reconocer los errores consolida la autoridad	84
Enseñar a pedir perdón. El caso de David	85
Educar para el amor, ahora	86
PARTE TERCERA “C”	90
EDUCACIÓN DE LOS AFECTOS Y LOS VALORES TRASCENDENTES	91
CAPÍTULO 9	92
Educación sexual	93
¿Cómo se logra la naturalidad?	93
No seas ingenuo: es mayor de lo que parece	94
El síndrome de «leerle unas instrucciones»	95
Qué debía haberte preguntado ya. Un breve repaso	97
Preguntas propias de la edad. ¿No será ya tarde?	97
Atención a la prepubertad. ¿Le afecta o no le afecta?	100
El mundo interior. Algunos peligros	102
No solo sabías recomendaciones. ¿Censura?	103
Ya lo sabe todo. ¿Es suficiente?	104
CAPÍTULO 10	106
Educación en la fe	107
Viejos tópicos. ¿Que pruebe un poco de todo?	107
La Misa y la Confesión	109
¿Tiene conciencia del mal?	110
¿Por qué luego pierden la fe?	111
Un testimonio de vida. Ejemplos de cómo dar ejemplo	112
Hacerle discurrir	114
La realidad de la muerte. Un caso difícil	116
No ser pesados. Práctica de la fe en la familia	117
Cuando el problema está en los padres	118
CAPÍTULO 11	121
En solitario es muy difícil	122
Actitudes autodidactas. Educar hoy es diferente	122
Sus amigos. Educación en la amistad y el compañerismo	122
Un buen colegio, pero no solo eso	123
Su entorno en el tiempo libre. Los clubes juveniles	124
PARA PENSAR PARA ACTUAR...	126

Para recordar...	127
Para pensar...	128
Para ver...	129
Para leer...	130
Para hablar...	131
Para actuar...	132
GUÍA DE TRABAJO INDIVIDUAL N° 29A	134
TU HIJO DE 10 A 12 AÑOS	134
Capítulos 1, 2 , 3 y 4	135
GUÍA DE TRABAJO INDIVIDUAL N° 29 B	136
TU HIJO DE 10 A 12 AÑOS	136
Capítulos 5,6 y 7.	137
GUÍA DE TRABAJO INDIVIDUAL N° 29 C	138
TU HIJO DE 10 A 12 AÑOS	138
Capítulo 8,9,10 y 11.	139
Índice	140